MICHEL ONIRIX

# URUNGAL

## EL PRECIO DE LA INMORTALIDAD



# URUNGAL

*El maestro de Aethel*

MICHEL ONIRIX

*Onirix Editorial*

# Índice

Prólogo

PARTE I · El abismo
I Los astilleros de Boreas
II Boreas
III El viaje

PARTE II · El mundo mudo
IV La llegada y el primer contacto
V El fallo
VI La nueva fe
VII Anya

PARTE III · Los siglos
VIII La deserción
IX El hombre que no envejecía
X Los siglos del maestro
XI Los que preguntan

PARTE IV · La sombra en el cielo
XII La señal
XIII El descenso de la segunda oleada
XIV Iam
XV El herido

PARTE V · La guerra de los informes
XVI El desfiladero
XVII La encrucijada de los mundos
XVIII El talón de Aquiles temporal
XIX El colapso de los falsos dioses

Epílogo El legado del maestro

# Prólogo

EN UNA REGIÓN CERCANA al centro de la galaxia, donde las estrellas se agolpan como brasas en una hoguera que nadie atiende, dos soles amarillos giraban uno en torno del otro desde mucho antes de que alguien pudiera nombrarlos. Con el tiempo serían Helios Alpha y Helios Beta, y el sistema que formaban recibiría el nombre de Arcadia-Helios. Los separaban abismos inmensos y, sin embargo, junto a cada uno de ellos la materia había hecho lo que hace cuando se le concede tiempo suficiente: se había vuelto mundo.

Alrededor de Helios Alpha orbitaban dos planetas rocosos, Aethel y Velaris, ambos dentro de la zona habitable y ambos envueltos en atmósferas que un pulmón habría podido recorrer. Pero sus destinos divergían de una manera que ninguna astronomía habría predicho. Velaris era un jardín sin jardineros: una biosfera vegetal y animal rudimentaria, inmensa y callada, que seguía su curso sin testigos. Aethel, en cambio, había dado ese paso sin retorno que separa la vida de la conciencia. Bajo sus cielos empenachados de nubes, junto a sus océanos profundos, vivía una especie inteligente repartida en un mosaico de tribus cazadoras y recolectoras, dueñas del fuego y de la lanza, de la memoria y del duelo, y prisioneras de un ciclo de violencia ancestral que nadie recordaba haber comenzado. Eran capaces de preguntarse por las estrellas, pero eran mudas para el cosmos: ninguna de sus voces había aprendido a viajar por el espectro electromagnético, y el universo no tenía motivo alguno para suponer que alguien lo escuchaba.

Alguien, sin embargo, los observaba. Helios Beta, la estrella compañera, alumbraba a Boreas, y en Boreas la inteligencia había madurado hasta alcanzar la cúspide de su técnica y la tentación que suele acompañar a toda cúspide. Su civilización había domesticado la fusión nuclear, la genética y la ingeniería de los cuerpos; había detenido el desgaste de la vejez, y había hecho del orden una virtud moral. Desde sus observatorios, los científicos boreanos estudiaban los mundos de Helios Alpha con fascinación académica y cálculo estratégico a partes iguales, y comprendieron pronto que uno de ellos ofrecía a la vez una inteligencia por descubrir y un territorio que nadie defendía.

Entre ambos mundos se interponía una barrera que ninguna técnica podía abolir. En los años en que transcurre esta historia, la separación entre Boreas y Aethel era de aproximadamente 41.900 millones de kilómetros, y la velocidad de la luz —ese límite impasible que gobierna a los imperios tanto como a las piedras— convertía aquella cifra en un hecho político. Una señal enviada desde el puesto avanzado que no tardarían en establecer en Aethel necesitaba treinta y ocho horas y cuarenta y nueve minutos para llegar al Alto Mando de

Boreas. Una consulta y su respuesta exigían, como mínimo, setenta y siete horas y treinta y ocho minutos de tránsito, sin contar el tiempo del análisis ni el de la deliberación. En aquel rincón de la galaxia, gobernar a distancia significaba gobernar con retraso: dictar órdenes para un mundo que ya había dejado de ser el que describían.

Pero la distancia no era inmutable. Cada trescientos ochenta años, la danza lenta de los dos soles alineaba las órbitas de tal modo que el abismo se estrechaba, y durante esa breve estación astronómica el viaje dejaba de ser una quimera para convertirse en un problema de ingeniería. Los boreanos la llamaban el Gran Encuentro. Para aprovecharla, sus ingenieros concibieron un plan colosal: veinte años de trabajo industrial y cinco de ensamblaje absoluto dieron como fruto una maravilla de la propulsión de fusión, la nave nodriza de Clase Borth. Era una catedral de fibra de carbono, titanio y campos magnéticos, concebida para atravesar el abismo en un viaje de dos años y medio y para transportar víveres, combustible, tropas de asalto y módulos de desembarco.

Lo que comenzó como una ambiciosa expedición científica y de explotación de recursos no tardaría en transformarse en una empresa de dominación. Bajo la fachada de respetar la independencia de los nativos, los boreanos traerían consigo su tecnología, su genética modificada y sus implantes de control neuronal, y sembrarían, sin saberlo, las semillas de una tragedia que habría de sobrevivirlos durante siglos.

Porque en medio de la ocupación, un joven cadete llamado Urungal cometería el error de cruzar la línea invisible que separa el deber militar del amor mortal por una mujer de Aethel. Aquel error encendió la chispa de la resistencia y cambió para siempre el destino de los dos mundos. Esta es la historia de ese error; o, más exactamente, de lo mucho que costó comprender que no lo había sido.

PARTE I

# *El abismo*

CAPÍTULO I

# Los astilleros de Boreas

DURANTE VEINTE AÑOS, EL espacio que rodeaba a Boreas dejó de ser un abismo silencioso para convertirse en una colmena de fuego y metal. Lo que había sido, desde que existían astrónomos, una extensión oscura y paciente se pobló de andamios del tamaño de ciudades, de remolcadores que arrastraban cargas de hielo y de mineral, de grúas y de cables y de talleres que nunca apagaban sus luces. Los habitantes de la capital aprendieron a distinguir, entre las estrellas verdaderas, la constelación artificial del astillero: un racimo de puntos dorados que crecía año tras año, como si el firmamento estuviera siendo reescrito por manos impacientes.

La construcción de la primera nave nodriza de Clase Borth, designada FPV-07, había exigido el esfuerzo combinado de tres lunas y dos estaciones orbitales: minas que alimentaban fundiciones, fundiciones que alimentaban astilleros, astilleros que alimentaban, a su vez, la ambición de una especie entera. Para el cadete Urungal, ver nacer al Borth había dejado de ser una lección de academia. Se había convertido en un recordatorio cotidiano de la voluntad de su pueblo y de lo que esa voluntad era capaz de hacer cuando nadie se le oponía.

Urungal conservaba el grado de cadete, aunque desempeñaba desde hacía años las funciones de oficial técnico en las misiones de reconocimiento: la tradición boreana reservaba el rango de oficial pleno a quienes regresaban de su primera misión, y él todavía no había partido en ninguna. Veinte años no pesaban en un boreano lo que habrían pesado en otros pueblos. Su ingeniería genética había frenado el reloj del cuerpo, la juventud se prolongaba durante décadas y las carreras militares se medían en épocas más que en años; de modo que Urungal, que había llegado a la academia siendo un muchacho, seguía siéndolo a los ojos de sus superiores, aunque hubiera visto crecer, viga a viga, la nave a cuyo bordo esperaba embarcar.

En el cambio de guardia solía subir al mirador de la estación de ensamblaje, una cúpula de cristal blindado suspendida sobre la penumbra del astillero. Desde allí contemplaba cómo los gigantescos brazos robóticos soldaban la viga central de celosía, un mástil de carbono y titanio de doscientos metros, trazado con precisión milimétrica para mantener el módulo habitable a distancia segura del núcleo de propulsión. No se oía estrépito alguno. En el vacío absoluto, la obra más grande de la historia de Boreas se levantaba con un silencio de

catedral, iluminada apenas por los destellos cegadores de los láseres de fusión y por el resplandor dorado de la lejana Helios Beta, que teñía de oro viejo cada superficie.

A los flancos del mástil comenzaban a tomar forma las dos esferas reflectantes del almacenamiento criogénico, los tanques de deuterio y de helio-3, aislados al vacío y envueltos en mantas térmicas multicapa para conservar el combustible a temperaturas vecinas al cero absoluto: dos lunas diminutas y plateadas, destinadas a vaciarse con lentitud durante el viaje. Más hacia la popa, los ingenieros acoplaban el anillo de bobinas superconductoras que formaría la tobera magnética, el corazón de la nave, capaz de expulsar plasma a millones de grados sin que ningún metal tuviera que tocarlo. Y a lo largo del lomo, desplegándose como las escamas de un animal preparado para la batalla térmica, los inmensos paneles radiadores de grafeno empezaban a abrir sus alas, listos para disipar en forma de radiación infrarroja el calor descomunal del reactor.

Urungal los observaba con la atención de quien ama lo que construye y desconfía de aquello a lo que servirá. Había pasado buena parte de su juventud entre planos y simulaciones, y conocía de memoria el peso de cada módulo, la resistencia de cada junta, el margen de cada cálculo. Pero había algo en la proporción de la nave —en su longitud desmedida, en su pureza de lanza— que ninguna cifra explicaba, y que le provocaba a la vez orgullo y un vago desasosiego.

—Es un monumento a nuestra arrogancia, cadete.

La voz, grave y sin prisa, lo alcanzó por la espalda. Urungal se volvió y se cuadró: era el comandante de su escuadrón, un veterano cuyos implantes oculares brillaban con un tenue tono ámbar mientras procesaban la telemetría de los tanques, de modo que parecía mirar al mismo tiempo al hombre y a los números.

—Es ingeniería pura, mi comandante —respondió Urungal, con la formalidad reglamentaria.

—Ambas cosas son ciertas, muchacho. —El veterano se acercó al cristal y señaló, en la proa, el enorme cono del escudo Whipple de wolframio y kevlar, diseñado para fragmentar o desviar las micropartículas contra las que la nave habría de chocar a casi seiscientos kilómetros por segundo—. Mira esa proa. Un escudo capaz de resistir el polvo del vacío a esa velocidad: es una proeza, y lo es. Pero no vamos a cruzar el abismo para estudiar el polvo. Vamos a reclamar un mundo que no nos pertenece, bajo el pretexto de una «cooperación pacífica» que todos, en esta estación, sabemos que es mentira. Cuando lleguemos a Aethel, no verán dioses bajando de las estrellas. Verán una maquinaria de conquista que no admite oposición.

Urungal guardó silencio. Había oído críticas semejantes en los pasillos, susurradas entre dos turnos y desmentidas al amanecer, pero nunca de labios de un oficial de rango ni dichas con tanta calma. Las palabras del comandante resonaron en su mente con un eco inquietante, como una campana que sonara en una habitación vacía. Faltaban cinco años para el acoplamiento final y la partida: cinco años para que el coloso de mil cuatrocientas cincuenta toneladas abriera sus fauces hacia el abismo.

Volvió la vista al mástil y, sin proponérselo, su memoria retrocedió veinte años, hasta el día en que aquella inmensidad no era más que una frase pronunciada en una sala.

. . .

LA SALA DE PROYECCIONES del Alto Mando olía a metal frío y a ozono. Aquel día, como ahora, el cadete Urungal mantenía una postura rígida, con las manos entrelazadas a la espalda, mientras el inmenso holograma táctico teñía su uniforme de tonos azulados y verdes. Sus calificaciones en los simuladores le habían valido un puesto de ordenanza en la sesión: nadie le pedía una opinión, solo que llevara y trajera datos. Frente a él, generales y astrónomos en jefe observaban la telemetría espectrográfica recién decodificada con una reverencia casi religiosa.

Helios Alpha brillaba en el centro de la simulación. Orbitando a su alrededor, Aethel no era más que un punto minúsculo sobre una órbita marcadamente elíptica, pero las hileras de datos que fluían a su lado lo cambiaban todo. Atmósfera densa, de 1,6 bares: setenta y cinco por ciento de nitrógeno, veintiuno de oxígeno. Océanos profundos. Y, lo más importante, las firmas térmicas inconfundibles de biomasa a gran escala.

—Un planeta sin emisiones electromagnéticas detectables —murmuró el Comandante en Jefe, ampliando la imagen—. Desde el punto de vista científico, es extraordinario. Desde el administrativo, es un expediente difícil: no tenemos interlocutores reconocidos, ni cifras fiables de población, ni una evaluación independiente de los recursos.

Urungal vio cómo los oficiales de logística se cruzaban miradas fugaces. Nadie quería ser el primero en decir en voz alta que el proyecto carecía de datos sólidos. Una observación mal formulada podía retrasar la aprobación y dejar a su autor fuera de la siguiente promoción; una reserva redactada con el tono adecuado, en cambio, podía protegerlo si la operación fracasaba. Aethel no era solo un mundo por explotar. Era también una cadena de informes en la que cada firma buscaba sobrevivir a la siguiente auditoría.

—El Gran Encuentro alcanzará su punto máximo dentro de veintisiete años y seis meses —intervino la Astrónoma Principal. Amplió el mapa orbital, y los treinta y seis mil millones de kilómetros que separarían ambos mundos en el instante de mayor cercanía parecieron contraerse hasta caber en un palmo—. Ese día, Aethel estará en su afelio, a unas doscientas cuarenta y una unidades astronómicas de nosotros. Después, a medida que los dos soles continúen su danza, el abismo volverá a ensancharse hasta rondar los cuarenta y dos mil millones. Esa es nuestra ventana. Si comenzamos a construir ahora, llegaremos a tiempo. Si no, la próxima se abrirá dentro de trescientos ochenta años.

El Comandante en Jefe asintió lentamente.

—Se aprueba el proyecto de la nave nodriza de Clase Borth FPV-07. Quiero los planos definitivos sobre mi escritorio antes de que termine el ciclo diurno. Necesitaremos algo inmenso: un leviatán impulsado por fusión, capaz de sostener a su tripulación entera durante dos años y medio de vacío y oscuridad.

Urungal sintió un latido sordo en las sienes. A sus espaldas, a través de los ventanales de la sala, el cielo de Boreas ardía con la luz dorada y previsible de Helios Beta. Toda su vida había transcurrido bajo la promesa de una civilización ordenada y superior, donde cada destino estaba trazado de antemano, y jamás había dudado de esa promesa, porque jamás se le había ocurrido que pudiera haber algo al otro lado. Pero al mirar aquel punto azul y verde que flotaba en el holograma sintió el tirón gravitacional de algo salvaje y desconocido: un

mundo sin informes, sin firmas, sin auditorías; un mundo que no le pedía nada porque no sabía que él existía.

No sabía cómo lo lograría ni qué tendría que sacrificar para conseguirlo. Pero en ese instante el joven cadete tomó la decisión que alteraría la historia de ambos mundos: cuando el leviatán de fibra de carbono y motores magnéticos encendiera su tobera para cruzar el abismo, él estaría a bordo.

. . .

HABÍAN PASADO VEINTE AÑOS. El leviatán tenía ya columna vertebral, corazón y alas, y Urungal seguía en la cúpula del mirador, con las manos a la espalda, como aquel día. El comandante se había marchado sin despedirse, y sobre el cristal solo quedaba el resplandor dorado de Helios Beta.

Pensó en la frase del veterano —una maquinaria de conquista que no admite oposición — y descubrió, con una inquietud que no habría sabido nombrar, que había deseado con todas sus fuerzas ser parte de aquel viaje sin preguntarse una sola vez para qué serviría. No había en él, todavía, la menor intención de desobedecer. Había solo una disonancia pequeña y tenaz, semejante a la nota falsa que un oído atento descubre en una melodía conocida.

Cinco años. Al otro lado del abismo, un mundo mudo seguía girando bajo su luz, sin saber que lo esperaban.

CAPÍTULO II

# Boreas

MIENTRAS LA ESTRUCTURA DEL Borth terminaba de cobrar forma sobre los astilleros de Helios Beta, la superficie de Boreas bullía con una urgencia silenciosa. Era un mundo de leyes estrictas, de clima predecible y de una sociedad hiperorganizada que se creía en la cúspide de la evolución galáctica. Sus ciudades se alzaban en retículas perfectas; sus estaciones llegaban con la puntualidad de un calendario; sus ciudadanos nacían, se educaban, trabajaban y recorrían sus larguísimas vidas según tablas que nadie recordaba haber discutido. Para ellos, la tecnología y el orden no eran herramientas, sino virtudes: obedecer era una forma de inteligencia, y dudar, una forma de torpeza.

La más antigua de sus costumbres era también la más pequeña. Cada noche, antes de dormir, todo boreano confirmaba ante el Registro de su ciudad una sola frase: *sin novedad*. Era un trámite de dos segundos, una pulsación sobre la pantalla de cabecera, y nadie lo recordaba como una obligación, del mismo modo en que nadie recuerda haber aprendido a respirar. Quien tenía una novedad —una disputa, una enfermedad, una duda— debía declararla y explicarla, y las explicaciones se archivaban, se revisaban y se comparaban con otras. De ahí que los boreanos, que no eran un pueblo de mentirosos, hubieran desarrollado un talento notable para no tener novedades.

Bajo aquella fachada de civilización esclarecida operaba, sin embargo, una maquinaria militar implacable. En los cuarteles generales del Alto Mando, la planificación de la misión ya no se limitaba a proyecciones astronómicas ni a balances energéticos: era una estrategia de dominación calculada al milímetro sobre el papel y ensayada en servidores cuánticos que simulaban cada noche millones de variantes de un mismo desenlace. Los documentos que de allí salían habían aprendido a hablar con una suavidad escrupulosa. No decían conquista, sino «incorporación»; no decían nativos, sino «población local»; no decían esclavitud, sino «integración laboral». Una vez que una cosa recibía un nombre administrativo, dejaba de exigir una explicación moral.

A pocos kilómetros de la capital, en una planicie desolada del hemisferio sur conocida como el Sector Cero —un territorio elegido por su semejanza topográfica con los informes preliminares de Aethel—, las fuerzas de ocupación ensayaban su invasión. Escuadrones enteros de soldados de élite practicaban el despliegue rápido desde naves de desembarco, probaban armamento cinético de alta precisión y repetían protocolos de pacificación hasta que la repetición los volvía casi indoloros. Los ingenieros habían levantado, siguiendo las

imágenes orbitales, aldeas completas de adobe y de ramas, pobladas por maniquíes térmicos con la silueta de cazadores y recolectores.

Urungal las recorrió una mañana con su promoción, en una visita de observación, y recordaría siempre el silencio de aquellos caseríos de utilería. Había una fogata apagada en cada plaza, y en torno de cada una, las figuras inmóviles con los brazos extendidos hacia nadie. Los soldados pasaban entre ellas anotando tiempos de reacción. Un instructor explicó que los maniquíes estaban calentados a treinta y siete grados para que los sensores de los fusiles aprendieran a reconocer el calor de un cuerpo vivo, y que la temperatura se había calculado a partir de las mediciones orbitales, con un margen de error de dos décimas. Nadie preguntó si los cuerpos de Aethel eran tan cálidos como se suponía. La cifra estaba escrita, y bastaba con que estuviera escrita.

Para el Alto Mando, Aethel no representaba un hogar habitado por seres con derechos legítimos, sino un recurso estratégico: un vasto territorio virgen donde poner a prueba la superioridad genética y tecnológica de Boreas.

. . .

ESA TARDE, EN LAS aulas de la academia militar, el cadete asistió a las sesiones informativas finales. Los instructores, oficiales de cicatrices cibernéticas y miradas frías, explicaban sin remordimientos la doctrina de la «fase de transición cultural», que descansaba sobre tres salvaguardas. La primera disponía que el personal de ocupación recibiera, antes de la partida, un ajuste genético de fertilidad, presentado como una medida de soberanía: ninguna colonia podía volverse independiente de Boreas por la vía más antigua de todas, la de los hijos. La segunda preveía que los auxiliares nativos fueran provistos de implantes neuronales con un sistema de inhibición conductual, de modo que la cooperación pudiera, llegado el caso, dejar de ser voluntaria. La tercera era la más sencilla: ningún miembro de la expedición permanecería en Aethel más allá de la ventana de regreso.

Urungal advirtió algo que nunca antes había advertido, y que no habría sabido decir si llevaba allí desde siempre: en dos horas de clase, ninguno de los instructores había pronunciado la palabra *personas*. Hablaban de cuadrillas, de contingentes, de unidades de trabajo, de «población local». Era una disciplina del lenguaje tan estricta que resultaba casi elegante.

—Los nativos se organizan en comunidades de cazadores y recolectores —explicaba un comandante frente al mapa holográfico—. Nuestros modelos prevén una resistencia limitada, aunque la falta de datos nos obliga a mantener un margen de incertidumbre. Recomiendo no registrar como definitiva ninguna estimación de mano de obra hasta que los equipos de campo la verifiquen.

Urungal escuchaba en silencio, inmóvil. Había sido educado bajo los mismos dogmas de supremacía y obediencia que sus compañeros, y en los simuladores de combate sus calificaciones eran impecables; su manejo táctico y su comprensión de los sistemas de navegación del Borth lo señalaban como uno de los oficiales más brillantes de su promoción. Pero cada vez que los instructores hablaban de los nativos como de simples variables en una ecuación de recursos, una duda sutil le recorría la mente. No era todavía una objeción, sino algo más

primitivo: la sensación de que una cuenta no cerraba y de que todos los presentes habían decidido no mirar la columna donde faltaba el resto.

Al terminar la sesión, el profesor Valdris lo detuvo en el corredor. Había enseñado astronomía a Urungal durante sus primeros años en la academia y a esa altura enseñaba solo por afecto: era un hombre antiguo aun para los estándares de Boreas, de ojos acuosos y manos moteadas, que conservaba la costumbre de caminar mirando el techo, como si el cielo pudiera adivinarse a través del cemento. Lo llevó, sin decir adónde, hasta la azotea del ala vieja, donde un telescopio de latón y cristal, más antiguo que la academia, seguía apuntando a un cielo que ya nadie consultaba con los ojos.

—Mira —dijo, y le cedió el ocular.

Urungal miró. Helios Alpha era una chispa amarilla en el borde del campo, tan pequeña que parecía una falta de pulcritud en la oscuridad.

—¿Qué viste?

—Una estrella, profesor.

—Una estrella —repitió Valdris, con una sonrisa que no llegó a los ojos—. Voy a decirte lo que te dije el primer día, y que has olvidado, como lo olvidan todos los alumnos brillantes. Nada de lo que miras en el cielo es presente. Esa luz salió de allí cuando tú todavía no habías decidido ser cadete. Y lo que ves de Aethel en el holograma del Alto Mando salió de él hace más de un día, y cuando la nave llegue habrán pasado dos años y medio más. Cada decisión que tomes desde aquí la tomarás sobre un retrato viejo. —Bajó la voz—. Desconfía de quien hable de ese mundo con demasiada seguridad. Está hablando de una fotografía.

—El Alto Mando tiene datos de una precisión...

—El Alto Mando tiene fotografías de una precisión extraordinaria —lo interrumpió el viejo, sin dureza—. Eso es peor. Una fotografía borrosa nos recuerda que es una fotografía.

Urungal asintió sin comprender del todo. La frase, sin embargo, se quedó dentro de él como una semilla que, sin que nadie lo supiera todavía, tardaría siglos en dar fruto.

. . .

AQUEL MUNDO MUDO Y salvaje, bañado por océanos profundos y alejado por el inmenso abismo del espacio, pronto dejaría de ser un punto lejano en las cartas estelares para convertirse en el escenario real de sus vidas. Esa noche, Urungal volvió a su alojamiento por las avenidas rectas de la capital, bajo la luz tranquila de Helios Beta, y por primera vez advirtió que ninguna de las calles de Boreas conducía a otro lugar que a otra calle de Boreas.

La pantalla de cabecera se encendió cuando él se sentó en la cama. Mostraba, como cada noche, una sola línea de texto y una casilla. Había pulsado aquella casilla diez mil veces, con el cansancio, con la prisa o con la distracción de quien cumple un gesto sin pensarlo. Se quedó un rato mirándola. No tenía nada que declarar: no había habido una disputa, ni una enfermedad, ni una falta. Solo había una cuenta que no cerraba y una frase de un viejo sobre la luz, y ninguna de las dos cosas era una novedad en el sentido que el sistema entendía.

Pulsó la casilla. La pantalla le agradeció la jornada y se apagó. El sistema no tenía lugar para lo que acababa de empezar.

CAPÍTULO III

# El viaje

URUNGAL PASÓ LA VÍSPERA de la partida en la enfermería de la estación, en la última de las revisiones del Protocolo de Partida. Un técnico le aplicó el ajuste de fertilidad que figuraba en la tercera página de los formularios; la sensación fue la de un frío breve en el brazo, sin consecuencia alguna visible. Firmó los documentos sin leerlos. Eran el último trámite entre él y la nave, y había aprendido, en veinte años de reglamentos, que los formularios existían para ser firmados. No se le ocurrió que acababa de renunciar a algo.

El despegue de la E.I.S. *Aethelgard*, la primera de la Clase Borth, no produjo sonido alguno. Había habido ceremonias, discursos y fanfarrias en los salones de la capital, pero el instante mismo en que la colosal mole de mil cuatrocientas cincuenta toneladas cobró vida fue mudo, porque en el vacío no hay aire que transmita lo que ocurre. Solo el reactor de fusión D-He3 encendió su núcleo, y en las pantallas de telemetría del puente de mando la tobera magnética comenzó a canalizar plasma a millones de grados, proyectando una columna de luz blanca y azulada que se extendía a lo largo de cientos de metros. El campo superconductor lo contenía y lo dirigía sin que ningún metal tuviera que tocarlo.

La nave aceleraría de forma constante a aproximadamente 0,0075 g durante los primeros tres meses de travesía, hasta alcanzar una velocidad cercana a los seiscientos kilómetros por segundo. Un empuje tan tenue apenas se sentía en el cuerpo: durante aquellos noventa días la tripulación vivió en una ingravidez casi completa, con los objetos flotando despacio por los pasillos y las comidas sujetas con cintas a las mesas. Para el cadete Urungal, que cumplía ahora funciones de oficial de navegación y sistemas de a bordo, la partida marcó el inicio de una transformación profunda. Desde su puesto en el puente observaba cómo Boreas se empequeñecía hasta convertirse en una estrella dorada más entre las del abismo, y comprendía, con una claridad que no sabía a quién confesar, que nunca había salido de casa.

Su superiora en el puente era la jefa de navegación, una mujer de hombros estrechos y gestos económicos llamada Maren, que llevaba treinta años guiando naves por el sistema de Helios Beta y que miraba las pantallas como quien escucha a un viejo conocido. Fue ella quien le enseñó, en las primeras semanas de ingravidez, lo que no figuraba en ningún manual.

—Todos los cadetes creen que lo difícil del vacío es moverse —le dijo una guardia, sin apartar los ojos de los parámetros—. Se equivocan. Moverse es lo más fácil que existe:

basta un empujón. Lo difícil es detenerse. Cada decisión que tomamos aquí, cada corrección de rumbo, se paga en meses. Por eso desconfío de los que se apresuran.

—Y de los que no se mueven.

—Esos son peores —sonrió Maren—, pero no llegan a navegantes.

Urungal guardó la frase, como había guardado la del profesor Valdris, y descubrió que las dos hablaban de lo mismo: de lo que cuesta corregir un error en un mundo donde la información llega tarde.

Durante esa primera fase, la nave entera vibraba con el zumbido sordo del reactor y con el rugir silencioso de los radiadores de grafeno, enormes alas térmicas desplegadas a lo largo del lomo que brillaban con un intenso rojo cereza mientras disipaban el calor residual en el vacío. Los tanques esféricos de deuterio y helio-3, protegidos por su aislamiento reflectante multicapa, se vaciaban con una exactitud milimétrica que Urungal verificaba en cada guardia, como quien cuenta las gotas de un reloj de agua.

Al concluir el tercer mes, el motor principal redujo su empuje hasta apagarse y comenzó el largo periodo de vuelo de costa, que duraría veinticuatro meses. La nave siguió avanzando por inercia, sin ruido y sin esfuerzo, a una velocidad que en aquella inmensidad equivalía a la quietud. Entonces, para evitar la atrofia muscular y la pérdida ósea que la ingravidez prolongada inflige a los cuerpos, la *Aethelgard* ejecutó su protocolo de gravedad artificial. Los dos cilindros toroidales de la proa se extendieron sobre brazos telescópicos de fibra de carbono y titanio y comenzaron a girar en torno al eje central a dos revoluciones por minuto, a unos ciento treinta metros de él, generando una fuerza centrífuga estable de 0,6 g. La primera noche con peso, la tripulación durmió mal: los cuerpos, que habían olvidado cuánto pesaban, descubrieron que dormir también es un acto de gravedad. En el interior de aquellos anillos vivía, trabajaba y dormía la tripulación, y sentía bajo los pies una gravedad prestada mientras el inmenso mástil de celosía de doscientos metros la separaba con total seguridad del blindaje de wolframio de la proa y del calor radiactivo de la popa.

En esa proa, el escudo Whipple de wolframio, kevlar y grafeno recibía sin descanso el polvo del abismo. Nadie oía nada, pero los sensores contaban cada impacto, y a veces, en las guardias nocturnas, Urungal se sorprendía escuchando la telemetría como se escucha la lluvia: un goteo de granos que chocaban a seiscientos kilómetros por segundo y se deshacían contra el blindaje sin dejar más rastro que un número.

. . .

LA VIDA A BORDO se convirtió en una rutina de precisión militar y claustrofobia estelar. Había simulacros, turnos, revisiones de juntas, comidas que sabían a la misma proteína tratada de distintos modos. A bordo, como en tierra, cada noche los tripulantes confirmaban ante el Registro de la nave que no había novedad; el sistema retenía aquellas líneas, que viajarían a Boreas a su debido tiempo, para que alguien las comparara con otras. Urungal descubrió que en el abismo la frase pesaba más. En una nave de casi trescientas personas, una novedad era una grieta en un casco, y los hombres y mujeres que lo habitaban aprendían, en pocas semanas, a convertir cualquier malestar en una circunstancia sin importancia.

Urungal pasaba sus horas libres supervisando los cultivos hidropónicos de los anillos. En uno de aquellos invernaderos —una nave dentro de la nave, de luz violeta y olor a tierra húmeda fabricada— encontró un día al veterano de los ojos ámbar, solo, podando con delicadeza una planta trepadora. No hablaron de la conquista. El veterano se limitó a decirle que las plantas eran lo único a bordo que no pedía informes, y siguió podando. Era una frase menor, dicha sin intención, pero Urungal la recordaría durante muchos siglos.

Entre los archivos de navegación había una grabación de apenas unos segundos, obtenida por una sonda atmosférica que se había estrellado en un valle del sur de Aethel antes de que él entrara en la academia: el ruido de un río, el viento entre las ramas y, al fondo, voces de niños cantando al anochecer. Nadie la había clasificado como relevante. Urungal la escuchó tantas veces durante el vuelo que acabó sabiendo en qué segundo exacto una de aquellas voces se quebraba en una risa. Llegó a conocer la melodía de memoria, y tarareaba el giro final cuando creía que nadie lo oía. Maren lo sorprendió un día.

—¿Qué es eso?

—Nada, jefa. Una grabación de la sonda.

—Eso es lo que decía la última vez que una grabación me quitó el sueño —dijo ella, y no volvió a mencionarlo.

En sus ratos libres, la inmensidad del cosmos lo invitaba a la introspección, y a través de los visores de alta potencia las dos estrellas del sistema binario, Helios Alpha y Helios Beta, comenzaban a atraer las miradas de los oficiales. Allí, en la lejanía, el planeta Aethel aguardaba como un objetivo silencioso; para Urungal, cada vez más, como un lugar donde alguien había cantado.

Al cumplirse quince meses de viaje, la nave alcanzó el punto medio de la travesía. La tripulación lo celebró con una ración extra de la cosecha hidropónica y un brindis de agua tibia. Desde el puente, los sensores mostraban a Aethel creciendo poco a poco en las pantallas: ya no un punto, sino un disco diminuto de bordes velados por la bruma. Faltaban quince meses para la llegada: doce de vuelo de costa y los tres últimos de frenado.

Pasado el mes veintisiete, la *Aethelgard* afrontó la maniobra más delicada del viaje. Se detuvo la rotación de los anillos, se replegaron sus brazos y, con los propulsores RCS de gas frío, la nave giró lentamente ciento ochenta grados sobre su eje hasta dejar la tobera apuntando hacia el destino. Maren seguía el giro con las manos a la espalda, como un cirujano que ya no tiene nada que hacer. Durante tres meses el reactor volvió a encenderse, ahora contra la marcha, y la columna de plasma, proyectada hacia delante, barrió el camino como una antorcha sostenida en la oscuridad. La ingravidez regresó a los pasillos. Los cuerpos, que acababan de aprender a pesar, aprendieron a flotar de nuevo.

Desde el puente, Aethel crecía. Faltaban tres meses, y luego nada: el abismo se estrechaba y, con él, el destino que cambiaría para siempre la vida de Urungal y la de los habitantes de aquel mundo mudo. Esa noche, como todas las noches, confirmó ante el Registro de la nave que no había novedad.

PARTE II

# *El mundo mudo*

CAPÍTULO IV

# La llegada y el primer contacto

TRAS TREINTA MESES DE travesía por el abismo interestelar, la fase de frenado concluyó con un suave estremecimiento que recorrió toda la estructura de la E.I.S. *Aethelgard*. Durante un instante, en el puente, nadie dijo nada. Habían esperado tanto aquel momento que, al llegar, se parecía a una ausencia: el reactor callaba, la nave flotaba sobre el disco azul y blanco de un mundo que hasta entonces había sido un número, y por las pantallas de proa entraba una luz que no era la de Boreas. Helios Alpha bañaba los océanos de Aethel con un oro más pálido que el de Helios Beta.

La nave entró en la región orbital prevista del sistema de Helios Alpha y comenzó a preparar el despliegue de las naves de desembarco. El Comandante dispuso que el puesto de mando principal se instalara en el campamento que se levantaría en tierra, y dejó a bordo una tripulación mínima de diez oficiales para garantizar el soporte vital y la vigilancia de los sistemas. En los hangares de proa, los preparativos para la ocupación se pusieron en marcha con la precisión de una maquinaria bien engrasada. De las doce naves de desembarco disponibles, diez fueron equipadas con tropas de asalto, suministros y tecnología de pacificación, mientras que dos permanecieron ancladas en la nodriza como enlace estratégico.

El descenso fue un recordatorio físico de las diferencias entre los mundos. Los doscientos soldados boreanos, habituados durante dos años y medio a la gravedad artificial de 0,6 g, sintieron el peso implacable de 1,07 g al atravesar la densa atmósfera de 1,6 bares: las rodillas cedieron, los arneses mordieron y las armas parecieron de plomo. Las naves cruzaron cielos empenachados de nubes, sobrevolaron océanos que ningún boreano había visto sino como espectro y descendieron sobre una planicie remota, lo bastante alejada de los asentamientos principales como para establecer un campamento base fortificado sin levantar alarmas prematuras.

Cuando se abrió la escotilla, el primer aire de Aethel entró en los pulmones de Urungal con la espesura de un líquido. Olía a hierba mojada y a algo dulce y desconocido, y traía un coro de sonidos que no pertenecían a ninguna grabación: insectos, vientos, el crujido de una vida que no había sido diseñada para nadie. Se quedó un momento inmóvil en la rampa, con el casco bajo el brazo, hasta que un sargento le recordó que el mundo no iba a esperar su contemplación.

. . .

EL CUARTO DÍA, UN centinela avisó de que había figuras en el lindero del bosque. Eran cinco, y se mantenían a una distancia que parecía calculada: lo bastante cerca para ver el campamento, lo bastante lejos para que una carrera bastara. Urungal, que había recibido la orden de acompañar a la patrulla de enlace, bajó hacia ellos con las manos vacías y abiertas, como indicaba el manual, y con la sensación de haber ensayado aquel momento tantas veces en simulación que ya no estaba seguro de que fuera real.

Eran cazadores, de piel curtida y movimientos sobrios, y uno de ellos, apoyado en los hombros de otros dos, llevaba una pierna abierta de arriba abajo por algo que no era un arma. A su lado, algo más atrás, un muchacho cargaba con un odre de agua casi más grande que él. Ninguno hizo un gesto de ataque. Miraban los uniformes, los fusiles, el casco bajo el brazo de Urungal, con una atención sin miedo, que a él le pareció más inquietante que el miedo.

La voz que le susurraba al oído, su asistente inteligente, llevaba tres días escuchando aquel idioma desde el campamento. Le ofreció tres palabras, sin garantías: *agua*, *herida*, *quién*. Urungal las pronunció en el orden equivocado, y el muchacho del odre se rio. Fue una risa corta, sin malicia, que rompió algo en el aire.

El médico de la patrulla trató al cazador herido sobre una manta, delante de todos: un gel que sellaba, una luz azul que cerraba, un cilindro que inyectaba lo que el cuerpo olvidaba pedir. Cuando el cazador se puso de pie al amanecer del día siguiente, sin cojear, los cinco hombres que lo habían traído se quedaron mirando la pierna, y después a Urungal, y después, muy despacio, se arrodillaron. No fue una reverencia de esclavos; fue la de quienes no tienen otra palabra para lo que acaban de ver.

—¿De dónde bajasteis? —preguntó el muchacho del odre, sin arrodillarse, con los ojos muy abiertos.

El asistente tradujo la frase con una precisión que Urungal no habría querido. *Bajasteis*. Era la palabra que los nativos habían elegido por su cuenta para decir lo que habían visto: gente que baja de arriba. Urungal no supo qué contestar, y el muchacho, que se llamaba Oren, aceptó el silencio con una paciencia que parecía mucho mayor que sus años y se quedó a su lado el resto de la tarde, haciendo preguntas con la mirada.

. . .

EL PLAN ESTRATÉGICO DICTABA una aproximación gradual. Los boreanos sabían que una invasión abierta y brutal desgastaría recursos y generaría una resistencia innecesaria; en su lugar, optaron por el mito. Cuando los exploradores se presentaban ante las tribus locales de cazadores y recolectores —altos, inmunes a la decadencia de la vejez gracias a su ingeniería genética, portadores de implantes neuronales con asistentes inteligentes que les susurraban al oído el idioma de cada valle—, el impacto era absoluto. Para los nativos, aquellos seres bajados de las estrellas no eran simples extranjeros: eran seres severos pero benefactores, dueños de una tecnología que rozaba lo milagroso, capaces de cerrar una herida en una noche o de encender una luz que no se apagaba. Los nativos comenzaron a llamarlos

«maestros» y, con el tiempo, «divinidades». El veterano de los ojos ámbar, que había previsto tantas cosas desde el mirador de los astilleros, no había previsto aquella.

Detrás de la fachada de benevolencia y de respeto formal a la independencia de los pueblos había un mecanismo administrativo diseñado para que la explotación pareciera legal y ordenada. Los responsables del proyecto necesitaban mano de obra para extraer minerales, pero necesitaban también demostrar ante las comisiones de Boreas que la operación cumplía todos los protocolos. Las modificaciones genéticas y las intervenciones cerebrales se registraban con eufemismos técnicos: no se «implantaba», se «calibraba la cooperación»; no se «reclutaba», se «integraba». Algunos oficiales defendían el sistema por convicción; otros lo toleraban porque temían perder su puesto si cuestionaban una política aprobada por sus superiores.

. . .

El cadete Urungal, asignado a tareas de reconocimiento, inteligencia y enlace cultural, supervisaba directamente a los primeros sirvientes nativos integrados en la base. Su asistente le había enseñado la lengua del sur en las primeras semanas del desembarco, y en el campamento resultó ser el único que no necesitaba hablarles a través de un dispositivo. Le encomendaron, por eso, asistir a las primeras «calibraciones». Se realizaban en una tienda médica de paredes blancas, bajo una sedación suave: un técnico colocaba el implante detrás de la oreja, activaba la secuencia y el aetheliano despertaba media hora después, sereno, atento, perfectamente dispuesto. Urungal les hablaba mientras tanto en su propia lengua para que no sintieran miedo, y firmaba al final el formulario de consentimiento, redactado en boreano, que ninguno de ellos podía leer.

Oren fue uno de los primeros. Se había quedado en el campamento después de aquel cuarto día, por iniciativa propia, y cargaba agua para las cocinas con un orgullo extraño, el de quien ha decidido que una tarea es suya. Tenía las manos largas y una curiosidad insaciable, y durante los descansos le hacía preguntas sobre todo: por qué las estrellas del campamento no parpadeaban, de qué estaban hechas las paredes, qué había al otro lado del cielo. Urungal le contestaba con una paciencia que no figuraba en ningún reglamento y le pedía a cambio palabras: los nombres de las hierbas, de los vientos, de las partes del río. Aunque cumplía con sus órdenes, el contacto cotidiano con los aethelianos comenzó a fracturar su lealtad ciega. Veía en sus ojos la misma curiosidad y la misma humanidad que existían en su mundo natal, muy lejos de la visión utilitaria que pregonaba el Alto Mando.

Cuando le llegó el turno a Oren, el muchacho preguntó qué iban a hacerle. Urungal le dijo la verdad que el formulario permitía: que iban a ayudarlo a entender mejor lo que se le pedía. Oren asintió, confiado, y se tendió sobre la camilla.

Después de la calibración, Oren dejó de preguntar. Seguía sonriendo, seguía cargando el agua, seguía respondiendo con cortesía; pero las preguntas habían desaparecido de su boca como si nunca hubieran vivido allí, y Urungal, que había aprendido a distinguir en él al muchacho de las preguntas, echó de menos aquella voz con una intensidad que lo sorprendió. Una tarde, sin embargo, mientras Oren vaciaba los cántaros bajo la lluvia, una gota le cayó

en la nariz y el muchacho soltó, sin motivo alguno, una carcajada breve. Fue un destello, y se extinguió enseguida.

Aquella risa no figuraba en ninguno de los parámetros. Urungal no la anotó en el informe. Esa noche, ante el Registro del campamento, confirmó que no había novedad.

CAPÍTULO V

# El fallo

EL PUNTO DE QUIEBRE ocurrió pocos meses después del establecimiento del campamento. Un fallo imprevisto en el software de los implantes neuronales hizo colapsar, durante una madrugada, el sistema de inhibición conductual de los sirvientes. Los modelos que habían calibrado aquellos dispositivos se habían construido sobre estimaciones neurológicas obtenidas a partir de muestras insuficientes, y nadie, en los laboratorios de Boreas, había querido señalarlo con el énfasis que merecía.

Urungal lo supo por Oren. Lo encontró de pie en mitad del patio de suministros, antes del amanecer, con el cántaro vacío a los pies y los ojos muy abiertos, como un hombre que acaba de despertar de un sueño de años. No parecía asustado. Parecía, más bien, lúcido, con esa claridad dolorosa del que ha recuperado de golpe una facultad que ignoraba haber perdido.

—¿Quién decidió que yo obedeciera? —preguntó en su propia lengua, sin levantar la voz.

Urungal abrió la boca y no encontró nada que decir. Podía recitar los protocolos, las siglas, las fórmulas del consentimiento; ninguna de esas cosas era una respuesta. Recordó la tienda blanca, el formulario en una lengua que Oren no podía leer, su propia firma al pie. A su alrededor, entre las tiendas, otros servidores se habían detenido en medio de sus tareas. Algunos miraban sus propias manos. Otros se acercaban, con timidez al principio y con una insistencia creciente después, a los soldados de guardia, para hacerles la misma pregunta con palabras distintas: por qué debían cargar, por qué no podían marcharse, qué eran aquellas luces detrás de sus orejas.

Los mandos locales no reaccionaron como un bloque uniforme. En la tienda de operaciones, entre mapas y pantallas, algunos pidieron una pausa para evaluar el fallo y proteger la operación; otros exigieron una respuesta inmediata, temerosos de que admitir el problema los hiciera responsables ante el Alto Mando. Urungal, convocado como intérprete, escuchó la discusión desde el fondo. Nadie discutía si lo que se hacía con los aethelianos era justo. Se discutía quién firmaría el informe. La indecisión duró poco.

Cuando empezaron las revueltas —un servidor que se negó a obedecer, otro que arrojó una herramienta, un tumulto en el perímetro oriental—, se impuso la fuerza. Los soldados, con armamento no letal primero y con fusiles después, cerraron el campamento en una noche larga de gritos y destellos. A Urungal le ordenaron traducir una sola frase: «Regresen a

sus puestos». La pronunció en la lengua del sur, con voz firme, y vio cómo aquellas palabras, que él había aprendido a manejar con ternura, se convertían en el arma más eficaz del campamento. Algunos obedecieron. Otros no tuvieron tiempo de decidir.

Al amanecer quedaban humo, silencio y una fila de cuerpos cubiertos junto al perímetro. Urungal los contó dos veces; eran catorce. Una mujer sentada en el suelo, con las manos atadas y la mirada en ninguna parte, repetía en voz baja una serie de sonidos que él tardó en reconocer como nombres. Se arrodilló junto a ella sin que nadie se lo ordenara, y le pidió, en su lengua, que los dijera más despacio. Los aprendió uno por uno, como se aprende un camino, y los repitió esa noche en la oscuridad de su tienda hasta que no pudo olvidarlos. No sabía todavía para qué.

Entre quienes eran conducidos a los módulos de reajuste, Urungal vio a Oren. Sus miradas se cruzaron durante un solo segundo, y fue suficiente. Esa misma noche, cuando los guardias relajaron la vigilancia, el muchacho cortó las correas con una piedra, saltó el perímetro oriental y desapareció entre los árboles. Urungal lo vio correr desde la sombra de una tienda. Tenía un comunicador al cinto y una orden clara en la memoria. No usó ni lo uno ni la otra. Nunca supo qué fue de él.

En los días siguientes, cada parte redactó un informe que protegía a quien lo firmaba. El jefe de operaciones habló de una «anomalía de calibración de alcance limitado»; el responsable médico, de «una reacción adversa localizada en una muestra reducida»; la oficial de seguridad, de «agitación inducida por factores locales». Nadie escribió que los aethelianos habían despertado y habían preguntado, con toda razón, por qué. Urungal redactó el suyo en tres líneas exactas. Ninguna de ellas mencionaba la fuga. Ninguna mencionaba los nombres.

La vulnerabilidad de los implantes y el riesgo de que la verdad llegara a Boreas antes de la ventana de partida plantearon un problema que nadie quería asumir. Una suspensión de la operación podía interpretarse como incompetencia; continuar sin cambios podía provocar una rebelión mayor. Los oficiales superiores optaron por una solución que presentaron como temporal y pragmática: si la ciencia no garantizaba la obediencia, recurrirían a una estructura religiosa que hiciera parecer natural la jerarquía impuesta.

Crearían una religión. Y Urungal, sin saberlo todavía, estaba a punto de convertirse en una pieza clave de esa nueva fe, justo antes de que su propio destino se cruzara de manera irreversible con el de una mujer mortal llamada Anya.

CAPÍTULO VI

# La nueva fe

LA REUNIÓN SE CELEBRÓ en la tienda de operaciones, una noche sin luna, con las pantallas apagadas por consejo de la oficial de seguridad: lo que iba a decirse no debía quedar en ningún registro. Alrededor de la mesa se sentaban el Comandante, los jefes de sección y una mujer de cabello gris y voz pausada a quien nadie había visto sonreír: la Doctrinaria Verelith, oficial de cultura y estabilización, que había viajado en la *Aethelgard* con una carpeta de ciento cuarenta páginas titulada *Programa de Estabilización Espiritual*. Hasta aquella noche, nadie había creído que sería necesario abrirla.

Verelith había dedicado su vida académica a una disciplina que en Boreas se consideraba arqueología: la historia de las religiones de su propio pueblo, extinguidas hacía veintidós siglos, cuando una sociedad ordenada concluyó que ya no las necesitaba. Las conservaba en archivo, con sus ritos, sus calendarios y sus catecismos, como se conserva el mecanismo de un reloj roto: no para repararlo, sino para saber cómo funcionaba.

—Los implantes fallan porque intentan resolver con circuitos un problema que ya fue resuelto con relatos —dijo, sin preámbulos—. Todo pueblo sometido acaba obedeciendo a algo. Si no lo hace por miedo, lo hace por fe, y la fe sale más barata. Una religión es un implante que nadie siente.

Expuso el programa con la frialdad de una cirujana. No se trataba de inventar nada: bastaba con mirar lo que los nativos ya veneraban —el cielo nocturno, los antepasados, los ríos — y ocupar, con cuidado, el lugar vacío que dejaban. Ellos mismos habían puesto el nombre: en cada valle, los exploradores habían oído la misma palabra para designar a los recién llegados, la que significaba *los que bajaron*. Los boreanos serían los Descendidos, seres venidos de las estrellas para enseñar y para gobernar. Sus estatuas presidirían los centros ceremoniales de cada pueblo. El trabajo en las minas sería la Ofrenda, un deber sagrado y no una carga. Un calendario de vigilias, ajustado al ciclo orbital, marcaría la memoria de cada comunidad. Y para dar a todo ello un horizonte, la Promesa del Retorno: los Descendidos se marcharían cuando concluyera su tiempo y volverían, sin falta, en el siguiente Gran Encuentro, a premiar a los fieles y a pedir cuentas a los remisos.

—Una promesa que nos obliga a regresar —observó uno de los jefes de sección.

—A nosotros, o a nuestros sucesores —respondió Verelith—. Dentro de trescientos ochenta años los nativos esperarán exactamente lo mismo que esperan hoy. Es lo más estable que tenemos.

Desde el fondo de la tienda, Urungal —convocado como enlace cultural y a quien nadie había pedido su opinión— tragó saliva antes de hablar.

—¿Y si preguntan? Lo que hemos visto esta semana es que preguntan.

Verelith lo miró por primera vez, con una atención que lo hizo sentirse examinado.

—Una pregunta dentro de una fe se llama teología, cadete —dijo—. Fuera de ella, se llama sedición. Nuestro trabajo consiste en que todas las preguntas ocurran dentro.

Lo eligieron a él. Urungal lo entendió tarde: nadie en el campamento hablaba mejor la lengua del sur, y el gesto contenido que había cultivado durante años para ocultar su duda se leía, desde fuera, como serenidad. Oficialmente, su labor consistiría en realizar tareas de reconocimiento avanzado y recopilación de inteligencia táctica, reportando cada cambio en los patrones de comportamiento de los nativos. En la práctica, sería el primer predicador de la nueva fe: el encargado de sembrar entre los lugareños el mito de los Descendidos para asegurar una sumisión pacífica y voluntaria.

—¿Y yo debo creerlo? —se oyó preguntar.

—Usted debe enseñarlo —respondió Verelith—. Es más útil. Quien cree puede dejar de creer; quien enseña, en cambio, se vuelve responsable de lo que dice, y eso lo sostiene mejor que cualquier convicción.

Aceptó. Pensó en la noche del campamento, en la fila de cuerpos cubiertos junto al perímetro, en la frase que él mismo había traducido, en los catorce nombres que repetía en la oscuridad. Si la alternativa era la fuerza, la fe resultaba menos letal. Un dios que pide ofrendas mata menos que un ejército que exige obediencia: eso se dijo, y le pareció, aquella noche, una verdad suficiente. Años después, cuando la recordara, la llamaría la primera de sus grandes mentiras, la que lo ayudó a aceptar todas las demás.

Se le asignó una tribu asentada en los valles templados del sur de Aethel. Partió al amanecer, en una lanzadera de reconocimiento, con un diccionario de la lengua del sur, un manual de liturgia de ciento cuarenta páginas y una grabación de unos niños cantando al anochecer. De las tres cosas, solo una le parecía verdadera.

CAPÍTULO VII

# Anya

PARA LOS AETHELIANOS DEL valle, Urungal fue desde el primer día una figura imponente pero cercana. Su aspecto inalterable, su agilidad y la sabiduría enciclopédica que destilaba en cada palabra lo convirtieron rápidamente en una de las personas más respetadas del poblado. El valle era ancho y templado, de laderas suaves y un río claro que lo cruzaba de norte a sur, y las casas se repartían a ambas orillas con la desmesura de quienes nunca han tenido que defender un perímetro. Cada atardecer, junto al fuego, él predicaba la liturgia de ciento cuarenta páginas: los Descendidos, la Ofrenda, la Promesa del Retorno. La gente lo escuchaba con respeto, y él, mientras hablaba, oía su propia voz como si perteneciera a otro.

Fue Anya quien lo desarmó. Era la memoriosa del pueblo: la mujer que guardaba en la cabeza las genealogías, los nombres de las corrientes y de los vientos, las canciones que acompañaban cada tarea. Su inteligencia y su lucidez deshicieron uno a uno los prejuicios con los que Urungal había llegado. Ella no se impresionaba con sus conocimientos ni aceptaba sus silencios como señales de superioridad: le hacía preguntas, discutía sus respuestas y se reía cuando él intentaba esconder una emoción detrás de una explicación técnica.

—Si los Descendidos lo saben todo, ¿por qué necesitan que cantemos para ellos? —le preguntó la primera noche, cuando el fuego ya se había reducido a brasas.

Urungal recitó la respuesta del manual, con las palabras exactas y el tono adecuado.

—Eso lo has dicho muy bien —reconoció Anya—. ¿Lo crees?

Él no contestó. Ella sonrió, no con burla, sino con la paciencia de quien sabe esperar una respuesta durante años.

Al cabo de unos días notó que, cuando alguien le hablaba, los ojos de Urungal se iban un instante a un punto lejano, como los de quien escucha otra cosa. Se lo dijo sin rodeos.

—Hay una voz que te habla al oído. ¿Es ella la que me contesta, o eres tú?

Él le explicó que su asistente traducía, corregía y le ofrecía las palabras exactas.

—Entonces no me hables con voz prestada —dijo Anya—. Prefiero que te equivoques tú.

Urungal, que no se había equivocado en una lengua desde la academia, pidió a la asistente que callara cuando estuviera con ella. Los primeros días hablaba como un niño, con la gramática torcida y los verbos en el tiempo equivocado, y Anya lo corregía con una paciencia feroz, disfrutando de cada error. Así aprendió, de verdad, la lengua del sur: no de una voz que se la dictaba, sino de una mujer que se reía.

A las pocas semanas, Urungal descubrió que había empezado a preparar los sermones pensando en las preguntas que ella podría hacer, y no en las respuestas que el manual autorizaba. Las respuestas del manual cerraban en el segundo párrafo; las preguntas de Anya, en cambio, abrían habitaciones que él no sabía que había en su propia cabeza. Una noche le preguntó por qué los Descendidos, que sabían tanto del cielo, no sabían cantar al río. Otra, si en el lugar de donde venía había quien recordara los nombres de los muertos. Él pensó en catorce nombres que repetía en la oscuridad y no dijo nada, pero ella lo miró con una atención que no necesitaba respuesta.

Una tarde, mientras volvía del río, oyó cantar a los niños del poblado. Se detuvo en seco. La melodía era la de su grabación: el mismo giro hacia arriba en la tercera frase, la misma voz que se quebraba, casi al final, en una risa. Tuvo que sentarse sobre una piedra. Anya, que lo había seguido sin que él lo advirtiera, se sentó a su lado y escuchó en silencio cómo él le contaba, con torpeza, de dónde conocía aquella canción.

—Es la canción del río —dijo ella—. La cantan todos los niños del sur. No la ha cantado nunca ningún dios.

Urungal rio por primera vez en Aethel, y fue una risa que lo sorprendió por lo poco que se parecía a las de Boreas.

. . .

EMPEZÓ A BUSCAR CUALQUIER pretexto para volver al poblado. Compartían el trabajo, la comida y largas conversaciones bajo el cielo de Aethel. Ella le enseñaba los nombres que su pueblo daba a las corrientes y a los vientos; él, los de las estrellas, con una torpeza que la divertía. Descubrieron que sus cielos no coincidían: lo que él llamaba una constelación, ella lo llamaba la estación del trigo, y lo que ella llamaba el camino del cazador, él lo había catalogado como un cúmulo abierto. Pasaron una noche entera discutiendo cuál de las dos descripciones era más verdadera. Ganó ella, no por argumentos, sino porque la suya servía para saber cuándo sembrar.

Anya descubrió muy pronto que Urungal era puntual de un modo que en Aethel no tenía precedente. Le dijo que se encontrarían en el vado al caer el sol, y él estaba allí cuando la última luz tocó el agua, de pie, con las manos a la espalda. Ella lo observaba desde los sauces, conteniendo la risa. Lo dejó esperar doce minutos exactos. Cuando por fin salió, él no se había movido ni mostraba la menor impaciencia.

—¿Nunca llegas tarde? —preguntó.

—Nunca me enseñaron a hacerlo.

—Es una pena —dijo Anya—. Lo mejor de la vida ocurre en los minutos que uno no tiene previstos.

Una noche la acompañó a una casa donde acababa de nacer una niña. Había que decir su nombre ante el pueblo, y a Anya le correspondía añadirlo a la cadena. Se puso de pie en medio de la sala, con la criatura en brazos, y comenzó a recitar. Fueron nombres, uno tras otro, de abuela a madre y de madre a hija, hasta que la cuenta se perdió en una época en que el río aún corría por otro cauce; tardó casi una hora, y nadie se movió. Al final dijo el nombre de la niña, lo puso junto al último, y la sala suspiró como si algo hubiera encajado.

Urungal pensó en el Registro de Boreas, en la casilla nocturna que preguntaba si había novedad. Allí se hacía lo contrario: cada vez que nacía alguien se recordaba que no había novedad en absoluto, que la cadena seguía, y que esa era la cosa más grande que podía decirse.

—¿Cuántos nombres sabes tú? —le preguntó Anya después, en voz baja.

Pensó en catorce.

—Pocos —dijo—. Pero me habría gustado saberlos todos.

Hasta que llegó la primera cuota. Una patrulla boreana subió al valle a reclamar la Ofrenda: cuarenta hombres y mujeres para las minas del norte, con la dulzura de procedimiento que los documentos reservaban para estos casos. Urungal, que debía supervisar el acto en su condición de enlace cultural, vio llegar la columna con una sensación que no supo nombrar hasta que vio a Anya de pie, en medio de la plaza, mirándolo.

—¿Tú los llamaste?

—No —dijo él, y era verdad, y era también la peor respuesta posible.

Habló con el sargento durante una hora. Invocó el ciclo agrícola, la proximidad de la siembra, el riesgo de una merma de la cosecha que comprometería el suministro del campamento; escogió cada palabra con la pericia del que sabe lo que el sistema quiere oír, y logró reducir la cuota de cuarenta a once. Era una cifra que podía defender en un informe. Era también, sin embargo, once personas.

Esa noche, Anya no lo miró a la cara hasta que él se sentó frente a ella.

—Esa mentira estuvo bien —dijo al fin—. Es la primera que dices a favor nuestro.

—Once son demasiados.

—Once son once —dijo ella—. Los otros veintinueve tienen nombre. Los conozco a todos.

Aquella noche no durmieron en la misma cama. Él se quedó junto a la puerta, mirando el río, y ella dentro, de cara a la pared. A la hora más oscura, Anya habló sin darse la vuelta.

—Eres un hombre que pide permiso hasta para tener razón.

—No sé hacerlo de otro modo.

—Lo sé. —Hubo un silencio—. Aprende.

Urungal bajó a la orilla. Buscó entre las piedras hasta encontrar una plana, lisa, del tamaño de la palma, y la llevó a la casa sin saber por qué. La dejó sobre la mesa. Por la mañana, la piedra seguía allí, y Anya, sin decir nada, la había puesto junto al cuenco del agua, donde guardaba las cosas que pensaba conservar.

Una noche, después de que la lluvia los obligara a refugiarse en una cabaña junto al río Ilun, Anya apoyó la cabeza en el hombro de Urungal. Él le acarició el cabello y sintió, con una mezcla de dicha y temor, que aquel gesto sencillo le importaba más que cualquier ascenso que hubiera podido alcanzar en Boreas.

—Cuando hablas de tu mundo, siempre dices «nosotros» —dijo Anya—. ¿Todavía te consideras uno de ellos?

Urungal tardó en responder.

—Me educaron para obedecerlos. Me enseñaron a medir el valor de una vida por su utilidad. Pero desde que te conozco, cada vez que repito esas palabras me parecen más falsas.

Anya levantó el rostro para mirarlo.

—No quiero ser la razón por la que odies tu pasado. Quiero saber si me eliges a mí, incluso cuando ya no puedas culpar a nadie por esa elección.

—Te elijo —dijo él. No fue una promesa pronunciada para tranquilizarla; fue la primera orden que se dio a sí mismo sin que nadie se la hubiera dictado.

Anya lo besó con una urgencia que borró por un momento la distancia entre sus mundos. Urungal la estrechó contra sí, consciente de que el tiempo, que para él apenas parecía moverse, ya estaba trabajando en el cuerpo de ella. Aquella conciencia no enfrió su deseo: lo volvió más intenso, porque cada día juntos era irrepetible.

En las semanas siguientes, Urungal empezó a medir los días por cosas que nunca habrían figurado en un informe: el modo en que Anya tarareaba mientras trabajaba, la costumbre de dejarle la parte más dulce de la fruta, la discusión interminable sobre si el Ilun sonaba distinto antes de la lluvia. Él reparaba herramientas y estudiaba los ciclos del agua; ella le enseñaba a escuchar. Por las noches, cuando se quedaban solos, la ternura se volvía deseo sin ceremonia. Urungal descubrió que no quería observar aquella vida desde fuera ni conservarla como un recuerdo: quería estar dentro de ella, con sus tareas, sus desacuerdos y sus mañanas comunes.

. . .

CUANDO LAS ÓRDENES DE evacuación y regreso comenzaron a perfilarse de cara al cierre de la ventana orbital, Urungal dio un paso al frente que conmocionó sus propias convicciones. Solicitó formalmente a sus superiores una extensión de misión, argumentando la necesidad de consolidar el control ideológico en la región sur. El Comandante ni siquiera levantó la vista de la pantalla.

—La ventana no admite excepciones, cadete. Ni siquiera brillantes.

La negativa fue tajante y absoluta. El protocolo de la Clase Borth era inflexible: todo el personal de ocupación debía regresar al planeta de origen para rendir informes detallados ante la superioridad y preparar la siguiente oleada de colonización.

Urungal aceptó la orden en silencio, sin levantar sospechas. No era la primera vez que omitía algo ante Boreas; era la primera vez que mentía, y le salió con una facilidad que lo asustó. Aquella noche, junto al Ilun, contó con los dedos los días que faltaban, y no se atrevió a decirle a Anya cuántos eran.

PARTE III

# *Los siglos*

CAPÍTULO VIII

# La deserción

ANYA LO SUPO ANTES de que él encontrara las palabras. Lo vio contar con los dedos, por segunda noche, junto al Ilun, y le tomó la mano para detenerlo.

—Los dioses no cuentan los días con los dedos —dijo—. Dime cuántos son.

—Nueve.

—Entonces tenemos nueve —respondió ella, como quien acepta un precio—. Tengo muchas preguntas, pero no voy a hacerlas todas.

Urungal le habló esa noche como no le había hablado a nadie: de la orden de evacuación, de la ventana que se cerraba, de la nave que se alejaría de Aethel con la serenidad de un mecanismo y no volvería hasta dentro de trescientos ochenta años. Se lo dijo sin rodeos, y dijo también lo que sentía, con una torpeza que no intentó disimular. Anya lo escuchó sin interrumpirlo, con la mirada fija en el agua oscura.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al fin.

—No voy a subir a la nave.

Ella no lloró. Tardó en hablar, y cuando lo hizo fue para decir lo único que él no esperaba:

—Piénsalo bien. Si te quedas, no podrás volver a ser uno de ellos.

—Es lo que me propongo.

—No me refiero a ellos. —Anya lo miró entonces—. Me refiero a ti. Todo lo que sabes, todo lo que eres, viene de allá. Si te quedas, tendrás que vivir sin que nadie sepa del todo qué eres. Ni siquiera los que te quieran.

—Tú lo sabes.

—Yo lo supe desde la primera noche —dijo ella—. Por eso te pregunté si lo creías.

Idearon el plan juntos, en voz baja, durante las ocho noches siguientes, con una frialdad que a ambos les resultó extraña. Urungal conocía los protocolos mejor que quienes los habían redactado, y por eso sabía también dónde terminaban. Una baja en campaña no era una deserción: era una pérdida, y las pérdidas, en el último día de la ventana, no se investigaban. Una lanzadera de recogida aterrizaría en un claro del sur para llevarse al último enlace cultural; no esperaría más del tiempo reglamentario, porque la ventana orbital no esperaba a nadie. Bastaba con que, al llegar, encontrara pruebas suficientes de que ya no había nadie a quien recoger.

Las pruebas debían ser de un animal. Practicaron las huellas durante tres tardes, en la orilla, con un molde de corteza que Anya había tallado a partir del recuerdo de una criatura que había visto una sola vez, de niña, cruzando el río: un depredador de zarpas anchas, de los que bajan en invierno desde las cumbres. Urungal, que podía calcular una trayectoria orbital con el pulso en calma, no lograba pisar como una bestia.

—Un depredador no camina con cuidado —le decía ella, entre risas, de rodillas en el barro—. Camina como si el suelo le debiera algo.

Al tercer día, la orilla parecía haber sido recorrida por un animal ofendido. Anya la contempló con las manos en la cintura y dijo que estaba bien, y Urungal comprendió que era la primera vez que veía a alguien reírse mientras ayudaba a borrarlo del mundo.

Redactó sus informes de estado con una pulcritud casi insolente. Entregó el equipo que correspondía y conservó el que no figuraba en ningún inventario: una lámpara de mano, de las que se repartían a los exploradores y que a nadie se le ocurría contar. La víspera de la recogida transmitió una última confirmación —«en camino al punto de encuentro, sin novedad»— y la frase, que había escrito diez mil noches, le salió con la misma facilidad de siempre, y eso fue lo que más le dolió.

Subió solo hasta el desfiladero donde el Ilun nacía entre las rocas, con el uniforme puesto por última vez. Allí, sentado sobre una piedra plana, habló con la voz que llevaba dentro de la cabeza.

—Asistente. Desactiva la baliza de localización.

—La acción es irreversible —respondió la voz, con su cortesía de siempre—. La baliza no podrá reactivarse sin mantenimiento desde la nave nodriza, y se perderá también el enlace de comunicaciones. ¿Confirma?

Durante treinta meses de travesía y todo el tiempo de la ocupación, aquella voz había sido su traductora, su memoria auxiliar, su compañía en las guardias. Le había enseñado la lengua del sur en las primeras semanas del desembarco. Había estado presente, sin juzgar, en cada firma que él había estampado sin leer.

—Confirmo.

—Baliza desactivada. Enlace cerrado. —Hubo una pausa de apenas un instante, que Urungal habría jurado que no figuraba en ningún programa—. Hasta el próximo ciclo, cadete.

La voz calló y no volvió a hablar. Fue la primera vez en su vida que Urungal se quedó del todo a solas con sus pensamientos.

Dejó el uniforme doblado al borde del barranco, con las insignias manchadas con la sangre de un ciervo que había cazado esa mañana, y el casco, roto, entre las piedras de la orilla. Las huellas de un gran depredador del valle cruzaban el barro hasta el precipicio. No dejó atrás nada que pudiera contradecir el accidente, y no se llevó más que lo que ningún inventario registraba.

. . .

La lanzadera llegó al atardecer. Urungal la observó desde un bosquecillo de ramas bajas, a doscientos pasos, con Anya inmóvil a su lado. Se abrió la rampa y descendieron dos

soldados y un oficial cuyos implantes oculares brillaban con un tenue tono ámbar. Urungal sintió que el pecho se le detenía: era el veterano.

El oficial se acercó al barranco con paso lento, y sus ojos estudiaron el barro, la sangre, los fragmentos del casco. Pasó mucho más tiempo del necesario. Se agachó junto a una de las huellas y recorrió su borde con el pulgar, como se acaricia un animal dormido.

—Es una huella muy limpia —observó uno de los soldados, mirando el reloj de la ventana.

—Los depredadores del sur son limpios —dijo el oficial, sin levantar la vista.

Una vez alzó la cabeza hacia el bosque —hacia ellos, o eso creyó Urungal— y permaneció así un largo instante, con la mirada ambarina fija en una espesura que no podía decirle nada.

—Accidente —dijo al fin—. Fauna local. Registren la pérdida.

Antes de subir a la rampa se volvió una vez más. Nunca supo Urungal si lo había visto. Tenía en la mano una maceta de resina con una planta trepadora, la misma que había podado en el invernadero de la *Aethelgard*, y la llevaba con el cuidado con que se lleva algo que no se quiere perder.

La lanzadera despegó con un rugido que sacudió las copas de los árboles. Desde la lejanía, entre los matorrales, Urungal vio cómo los destellos de los motores se alejaban hacia el cielo nocturno y se apagaban uno a uno, hasta que no quedó más que la oscuridad y las estrellas de siempre. Sus superiores, incapaces de retrasar el acoplamiento ante el inminente alejamiento de los planetas, dieron por cierta su muerte a manos de la fauna local. La entrada del registro prometía buscar sus restos cuando la flota regresara en el siguiente ciclo del Gran Encuentro. Era la única promesa de Boreas que Urungal tenía intención de ver cumplida.

Anya le tomó la mano. No dijeron nada. El silencio que se instaló entre ellos no era el de la mudez, sino el de dos personas que acaban de cerrar una puerta detrás de la cual no queda nada que les pertenezca.

Aquella noche, por primera vez en su vida, nadie le preguntó si había novedad. Tenía tantas que no habría sabido por dónde empezar.

CAPÍTULO IX

# El hombre que no envejecía

VIVIERON LARGOS AÑOS JUNTO al Ilun, y fueron, sin reservas, felices. Construyeron una casa de piedra y barro a pocos pasos de la orilla, con una ventana orientada hacia el lugar donde el río cambiaba de voz antes de la lluvia. Fue una obra de dos veranos y de media aldea. Los vecinos trajeron piedras del cauce seco y un viejo albañil de manos nudosas dirigió la obra sin dejar de refunfuñar. Urungal aprendió que un muro no se levanta con precisión sino con paciencia, que la piedra pide ser colocada tres veces antes de aceptar su sitio, y descubrió que los cálculos de carga que dominaba en Boreas servían de poco frente a un hombre de ochenta inviernos que golpeaba la pared con los nudillos y decía: «Aguanta». Siempre aguantaba.

El primer invierno, Anya le enseñó a leer el tiempo en el río. No hacía falta instrumento alguno: bastaba escuchar el cambio de timbre cuando el agua subía, mirar el color de la espuma contra las piedras, observar a las garzas, que se iban al sur dos días antes de que llegara el frío. Urungal, que había calculado las condiciones atmosféricas de un mundo a miles de millones de kilómetros, no acertaba un solo pronóstico. Ella no se lo reprochaba. Decía que era una cuestión de oído, y que el suyo era de ciudad.

—En tu mundo, ¿el agua no habla?

—En mi mundo el agua va por tubos —confesó él, y Anya se rio tanto que tuvo que sentarse en el suelo.

Los aethelianos del valle entendieron a su manera lo ocurrido: uno de los Descendidos había renunciado a su cielo por una mujer del pueblo. Nadie lo tomó por herejía. La historia, que podría haber minado la doctrina, la volvió más cálida, y Urungal, que ya no recitaba la liturgia, no hizo nada por desmentirla. Aprendió que los mitos, como los ríos, terminan siempre por encontrar un cauce más cómodo que el que se les traza.

A los niños que se reunían a la puerta de su casa ya no les hablaba de los Descendidos. Les enseñaba a hacer preguntas. Lo hacía sin ceremonia, mientras remendaba redes o pelaba mazorcas, y empezó por la menos teórica de todas: les pidió que le dijeran algo que supieran con certeza. Un niño dijo que el sol saldría al día siguiente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Urungal.

—Porque siempre sale.

—¿Siempre?

El niño tardó. Aquella tarde descubrieron que saber algo y haberlo visto muchas veces no eran lo mismo, y fue el principio de lo que Urungal llamaba, sin ánimo de bautizarlas, las tres preguntas: *¿quién lo dice?*, *¿cómo lo sabe?* y *¿qué pasa si se equivoca?* Se aplicaban a todo: a un proverbio, a un rumor, a un sacerdote, a un dios. También a él.

No todos lo aceptaron con alegría. Maro, que había aprendido de memoria la liturgia de ciento cuarenta páginas y la recitaba cada atardecer en la plaza desde que Urungal dejó de hacerlo, fue a verlo una noche con el gesto de quien ha tardado demasiado en decidirse.

—Eres un Descendido —dijo—. Si tú no enseñas lo que enseñaban ellos, ¿quién me asegura que es verdad?

—Nadie —respondió Urungal—. Por eso conviene preguntarlo.

Maro no lo entendió, y se marchó molesto. Pero siguió escuchando a los niños desde la puerta, noche tras noche, con las manos cruzadas sobre el pecho, y un invierno apareció con una pregunta propia, mal formulada y furiosa. Anya, sin mirar a Urungal, le sirvió una taza de infusión.

. . .

PERO EL TIEMPO, INEXORABLE, comenzó a trazar su abismo entre ambos. Mientras Anya envejecía, sumando arrugas y cansancio a su cuerpo mortal, Urungal permanecía idéntico, protegido por la modificación genética que lo hacía inmune a la degeneración celular y a las enfermedades. Habían deseado hijos desde el primer invierno, y los años pasaron sin que llegaran. Anya, que había visto nacer a casi todos los niños del valle, fue la primera en decir en voz alta lo que ninguno quería pensar. Urungal recordó entonces la tercera página de los formularios, el frío breve en el brazo, la firma sin leer. Los líderes de Boreas habían dispuesto, antes de que partiera, una salvaguarda contra las colonias independientes, y la habían escrito con una limpieza tan administrativa que él no había sabido, ni siquiera al firmarla, que estaba renunciando a algo. Se lo confesó una noche, con la voz quebrada por una vergüenza que no era del todo suya.

—No es una culpa que debas llevar tú —dijo Anya. Estaba tejiendo y no levantó la vista —. Los hijos de este valle son tan nuestros como los de cualquiera. Los he visto crecer; los he visto aprender de ti a preguntar. ¿Quieres saber qué es lo que de verdad se hereda? Eso.

Con los años, Anya aprendió a reconocer la tristeza que él escondía cada vez que alguien comentaba que no había cambiado. Una mañana, al trenzarse el cabello frente a un cuenco de metal pulido, le pidió que se sentara a su lado. Comparó una hebra plateada de la suya con el cabello oscuro de él y sonrió, aunque la sonrisa le tembló apenas. Urungal quiso decir que encontraría una solución, como si toda pérdida pudiera vencerse con suficiente conocimiento. Anya le apoyó dos dedos en los labios: no quería que convirtiera su vida en un problema que debía resolver. Quería que la acompañara mientras todavía podían hacerlo.

Los primeros años fue fácil. Después, los vecinos empezaron a notar cosas que nadie decía en voz alta. Un viajero del norte, que se detuvo una noche en el poblado, miró a Urungal junto al fuego y dijo, con la franqueza de quien no va a volver: «Te pareces a un hombre que conoció mi abuelo. Decía que no había cambiado en veinte años». Anya, sin levantar la vista de la olla, respondió que en el valle había muchos hombres de rostro parecido, que el

agua del Ilun era buena y que más le valía al viajero probar el guiso. El viajero lo probó. Se marchó al amanecer, y Urungal esperó una semana a que la inquietud se le pasara.

Fue entonces cuando propuso lo que llevaba meses pensando: irse. A otro valle, a otra aldea, lejos de quienes habían empezado a contar los años. Anya estaba escogiendo semillas y no dejó de escogerlas.

—No —dijo.

—No es seguro que...

—No es seguro nada. —Levantó la cabeza—. Esta es mi casa. Aquí están los nombres que me tocan y los muertos que me enseñaron a cantar. Puedes irte cuando yo me haya ido. No antes.

Urungal quiso discutir y no encontró un argumento que no fuera cobardía. Se quedó.

Una tarde, mientras descansaban junto a la entrada de la casa, Anya tomó la mano de Urungal y recorrió con el pulgar una cicatriz que él conservaba desde antes de llegar a Aethel, el borde de un panel de grafeno que lo había alcanzado en los astilleros, en una época que ya parecía de otra vida.

—¿Qué harás cuando yo me haya ido? —preguntó. No lo dijo con dramatismo, sino con la franqueza de quien había aprendido a no desperdiciar las preguntas importantes.

Urungal apartó la mirada hacia el valle. Podía describir órbitas, calcular distancias y recordar procedimientos olvidados por generaciones, pero no encontraba una respuesta que no sonara cruel.

—No lo sé. He pasado la vida preparándome para sobrevivir. Nunca me enseñaron qué hacer con la ausencia.

—Entonces no me conviertas en una ausencia antes de tiempo —dijo Anya, apretándole los dedos—. Estoy aquí. Ámame mientras estoy aquí.

Él la besó en la frente y después en los labios, con una ternura que se quebró en deseo. Aquella noche se buscaron sin reservas, como si la pasión pudiera detener el tiempo; ninguno creyó realmente que pudiera hacerlo. Pero por unas horas dejaron de tratar el futuro como una condena y vivieron el presente como algo que les pertenecía.

. . .

ANYA HABÍA ELEGIDO HACÍA tiempo a su heredera: una niña de ojos atentos llamada Tali, a quien enseñaba, noche a noche, las genealogías, los nombres de los vientos y las canciones del pueblo. Cuando comprendió que le quedaba poco, reunió en una sola velada lo más importante.

—Cuando alguien te enseñe algo que quieras creer —le dijo—, pregúntale primero si él lo cree.

—¿Y si no lo sabe? —preguntó Tali.

—Entonces la pregunta ya habrá hecho su trabajo.

A Urungal le pidió menos, y más. Se apagó en otoño, como se apaga una lámpara de aceite, sin sobresalto, con la ventana abierta al río. Pasó sus últimas noches más lúcida que nunca, rodeada de objetos que había tocado durante décadas, y las pasó dando órdenes: que

no contara los días, que no convirtiera su muerte en una doctrina, que enseñara a los niños, dondequiera que fuera, no lo que debían pensar, sino cómo se pregunta.

La última noche le pidió que le contara algo que no supiera. Urungal, que llevaba semanas evitando decir nada que sonara a despedida, eligió lo único que le pareció inofensivo: le habló de un viejo astrónomo que le había enseñado, en un corredor, que todo lo que se mira en el cielo es pasado.

—¿Todo? —preguntó Anya, con los ojos cerrados.

—La luz tarda. Si miras una estrella, la ves como era cuando salió su luz. Quizá ya no exista.

—¿Y a mí? ¿Cómo me ves?

—Casi como eres. Con un retraso de nada.

—Entonces te llegué a tiempo —dijo Anya, y sonrió.

Después le pidió que le cantara la canción del río. Urungal protestó que no sabía cantar. Anya insistió, y él cantó, desafinando en el giro hacia arriba de la tercera frase, y ella se rio hasta toser, y luego hasta llorar, y luego se quedó dormida con una mano abierta sobre la manta.

—Y no te pongas solemne —le dijo la última noche, con una voz que ya era casi aire—. Me da risa.

Cuando Anya murió, Urungal permaneció junto a ella hasta que la última tibieza abandonó sus manos. No hubo batalla que ganar ni decisión táctica que pudiera aplazar lo inevitable. La enterraron junto al Ilun, en el lugar donde el río hablaba más bajo, y Tali cantó la canción del río con una voz que se quebró en el mismo punto exacto donde se quebraba, siglos después, la de todos los niños del sur.

Había desertado para quedarse con ella, y no se arrepintió; pero comprender que había elegido bien no hizo menos insoportable la pérdida. El amor no le había concedido una vida sin dolor: le había dado algo por lo que valía la pena sentirlo.

CAPÍTULO X

# Los siglos del maestro

URUNGAL ABANDONÓ EL VALLE al amanecer siguiente al entierro, sin despedirse de nadie. Dejó la casa de piedra a Tali, con la ventana abierta hacia el lugar donde el río cambiaba de voz, y la niña lo miró partir desde la puerta con la gravedad de quien ya ha aprendido que algunas despedidas se hacen de lejos. Los aethelianos, que lo habían visto llegar como un Descendido, explicaron su partida de la única manera que su fe les permitía: el que había bajado de las estrellas por amor había regresado a ellas cuando el amor terminó. Era una versión hermosa y falsa, y él la dejó circular, porque el único modo de desmentirla era confesar la verdad: que estaba allí, caminando hacia el norte con las manos vacías, y que no tenía adónde volver.

Solo y atrapado en un planeta salvaje, sin medios para comunicarse con los suyos y sabiendo que los boreanos tardarían siglos en regresar —mucho más tiempo del que duraba una vida—, tuvo que reinventarse. Comprendió que no podía revelar su verdadera naturaleza. Era inmune al paso del tiempo y a las enfermedades, pero seguía siendo mortal ante la violencia, y lo aprendió pronto: una flecha en el muslo, durante una disputa entre dos aldeas, le enseñó que el cuerpo cerraba sus heridas con lentitud y que el hierro no preguntaba de dónde venía quien lo recibía. Se curó solo, con hojas y paciencia, y descubrió que la cojera era el mejor de los disfraces: nadie sospecha de un hombre herido. De un palo de fresno que cortó junto a un camino hizo el bastón que lo acompañaría durante siglos.

Para protegerse y encontrar un propósito, comenzó a cambiar de asentamiento cada cierto tiempo, ocultando su identidad bajo la figura de un «maestro». Se mudaba antes de que la gente reparara en que sus años no pesaban sobre él, a los quince o veinte inviernos de haber llegado, con una excusa distinta cada vez y un nombre nuevo, que se ponía y se quitaba como un abrigo. Para disimular, se espolvoreaba ceniza en el cabello, encorvaba la espalda y exageraba la cojera, hasta que aprendió a hacerlo con una naturalidad que lo inquietaba. Se rodeaba de los niños de cada nueva tribu, contándoles historias impregnadas de moralidad, transmitiéndoles fragmentos de ciencia y de conocimiento enciclopédico, y preparándolos sutilmente para un futuro que él conocía mejor que nadie.

Nunca dejaba nada escrito. Había aprendido que un texto sobrevive a su autor y se convierte en reliquia, mientras que una canción cambia con cada voz y por eso no se endurece. Toda lección debía poder cantarse, y toda canción debía poder olvidarse sin que se perdiera lo esencial. Tampoco les entregaba lo que no pudieran entender por sí mismos. Había

aprendido que una máquina regalada se convierte en un ídolo, mientras que un principio descubierto se convierte en una herramienta. En lugar de poleas les daba juegos de contrapesos; en lugar de astronomía, canciones para reconocer en el cielo la estación de la siembra.

. . .

EL PRIMER VERANO EN una aldea de las marismas del norte llegó la fiebre. Se llevaba a los niños primero, y los ancianos miraban el agua con la resignación de quienes llevan siglos perdiendo la misma batalla. Urungal sabía exactamente lo que ocurría, porque lo había estudiado en un manual de higiene de campaña, y sabía que una sola cosa bastaba para detenerlo: hervir el agua antes de beberla. No podía decir por qué. Dijo, en cambio, que su abuela, que había sido una mujer muy sabia, no bebía nunca el agua sin que cantara primero sobre el fuego. La aldea, que respetaba a las abuelas más que a los dioses, lo creyó. Hirvió el agua durante tres semanas, cantando, y los niños dejaron de morir.

Aprendió allí lo que sería su método: el conocimiento viaja mejor disfrazado de costumbre. Aprendió también lo que costaba. Cuando se marchó, la aldea cantaba todavía a la olla, y nadie recordaba ya que debía hervir. Tuvo que volver, dos veces, a recordárselo, con nombres distintos.

Una tarde, en una pradera del este, hizo que los niños se alinearan sobre una colina y gritaran un nombre hacia la ladera opuesta, y les pidió que contaran cuánto tardaba el eco en volver.

—Si alguien da una orden desde muy lejos —preguntó después—, ¿cuándo llega?

—Tarde —respondieron.

—Y cuando llega, ¿sabe el que mandó cómo es el lugar ahora?

Hubo un silencio. Una niña pequeña, sin levantar la mano, dijo:

—No. Manda sobre cómo era.

—Manda sobre un recuerdo —asintió Urungal.

Había aprendido aquella lección de un anciano astrónomo, en un corredor de Boreas, y había tardado siglos en comprender para qué.

. . .

NINGUNA OBRA LO ATORMENTÓ tanto, durante aquellos años, como la que había ayudado a levantar en la tienda de operaciones. La fe de los Descendidos había sobrevivido a quienes la inventaron. En las ciudades de la meseta, las vigilias se habían convertido en una burocracia de sacerdotes, y la Ofrenda, en un tributo que nadie recordaba haber elegido. Urungal llegó a Hesk, la ciudad de piedra del altiplano, en una fiesta del Retorno, entre procesiones de fieles que cantaban en una lengua que ya no entendían, y vio, en una plaza de losas calientes, cómo un sacerdote amenazaba a un muchacho que había preguntado por qué los Descendidos necesitaban tanto oro si no comían.

El sacerdote se llamaba Hurel. Tenía el rostro fatigado de quien ha defendido una verdad que no ha pensado y la voz ronca de repetirla. Había levantado la mano para golpear al muchacho, no con rabia, sino con el hartazgo de los que temen que una grieta se vuelva una

ruptura. Urungal se adelantó entre la gente, con el bastón y el gesto cansado de un viejo maestro de aldea.

—Una pregunta dentro de una fe se llama teología —dijo, y la frase le sonó tan ajena en la boca que tuvo que repetirla—. Fuera de ella, se llama sedición. Si matas la pregunta de este muchacho, ¿a quién le queda para rezar?

Hurel lo miró sin entender si estaba ante un hereje o ante un colega. Aquella ambigüedad fue su salvación. Bajó la mano. Esa noche, solo, fue a buscar al viejo maestro a la posada de las caravanas.

—No sé si eres un Descendido —dijo, sin saludar—. Me da lo mismo. Me has dado una forma de seguir creyendo sin tener miedo, y eso es más de lo que me dio nadie en cuarenta años de oficio.

Años después, Hurel enseñaba a sus discípulos que un fiel que no pregunta es un fiel que no escucha, y de aquella escuela nacieron los primeros sacerdotes de la pregunta. Cuando la Doctrinaria Verelith pronunció su frase en la tienda, había querido decir que la fe domesticaba la duda. Urungal la usó al revés: la fe podía proteger la duda. Lo que se había sembrado como un implante que nadie siente se volvió, en sus manos, una vacuna que nadie teme.

En una aldea del este oyó contar, años más tarde, la historia de un muchacho que cargaba agua en un campamento de los Descendidos y que una madrugada preguntó quién había decidido que obedeciera, y echó a correr hacia los árboles con una piedra en la mano. Los sacerdotes de la pregunta la narraban como el primer acto de su fe. Urungal nunca supo si aquel muchacho era Oren. Decidió que sí.

. . .

TAMBIÉN APRENDIÓ LO QUE costaba. La primera alumna que lo siguió durante décadas, una muchacha llamada Mirra, se había presentado un día a su puerta con una pregunta que nadie le había enseñado a hacer: quería saber por qué su madre moría de una enfermedad que no mataba a la vecina. Urungal la acogió sin planearlo. Mirra tenía una inteligencia obstinada y sin adornos, y en pocos años aprendió a leer el cielo, a contar los ciclos del agua y a distinguir un argumento de un truco. Lo llamó «maestro» hasta el último día, aunque a los sesenta años aparentaba el doble de la edad de él.

Una tarde, mientras remendaban una red, ella dejó de tejer.

—No has envejecido —dijo, sin alzar la voz.

Urungal no mintió. Había aprendido que la mentira que se repite se vuelve una cadena, y que no tenía fuerzas para ser carcelero.

—No —dijo.

Mirra asintió despacio. No preguntó más. Siguió tejiendo, y años después, cuando la gente de la aldea comentaba que el maestro llevaba demasiado tiempo entre ellos, ella inventó, sin consultarle, una historia sobre un pariente lejano con los ojos del maestro, y lo salvó una vez más de sí mismo. Murió en su cama, en una aldea del norte, tomándole la mano. Antes de cerrar los ojos le dijo que había sido un buen maestro y un mal mentiroso, y que ambas cosas le habían parecido igualmente útiles. Él comprendió que no estaba aprendiendo a dejar de amar, sino a hacerlo sin esperar que el tiempo se compadeciera.

. . .

HUBO UNA ÉPOCA, HACIA el tercer siglo, en que dejó de enseñar. Se retiró a una cabaña de pastores en la montaña, sin nombre, sin alumnos, y estuvo treinta años sin hablar con nadie. Había enterrado a demasiada gente. Había aprendido a protegerse con un método —no volver nunca a un pueblo que hubiera conocido su cara—, y el método lo había dejado limpio de testigos y vacío de compañía. Hablaba a veces con los ríos, por costumbre. Ninguno le contestó nunca, y de todos recibió algo parecido a la compañía.

Una tarde, un niño de unos siete años subió la ladera con una cabra que se había perdido, y se detuvo a pocos pasos de la cabaña. Lo miró con una seriedad que Urungal reconoció de inmediato.

—¿Eres el que hace preguntas? —dijo.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie. Lo pensé yo. En mi aldea hay un hombre con la barba blanca que nos pregunta cosas al terminar el cuento. Dice que es la costumbre.

Urungal se quedó sin palabras. El niño esperó unos segundos más, y al comprobar que no iba a obtener nada, se llevó la cabra. Él se quedó mucho tiempo sentado a la puerta, con las manos sobre las rodillas. Había sembrado algo que ya no necesitaba sembrador. Esa misma noche, por primera vez en treinta años, comió caliente.

Dejó de contar los años por inviernos y comenzó a contarlos por constelaciones. Anya le había pedido que no contara los días, y no lo hacía; pero los siglos eran otra cosa, y los llevaba en la memoria como los antiguos llevaban las genealogías, con un cuidado que rayaba en la obstinación. Llevaba también, sin proponérselo, los nombres de los muertos: de cada pueblo que dejaba aprendía los de los últimos fallecidos, y los repetía de noche, como había repetido los catorce del campamento. Eran ya miles. Entre ellos, sin que nadie lo supiera, estaba el suyo propio, el que no usaba.

Con el paso de las generaciones, la leyenda del Descendido que se quedó por amor se volvió historia antigua en el sur, y la figura de aquel hombre, esculpida a partir de descripciones heredadas de voz en voz, se hizo piedra en los centros ceremoniales de los valles. Urungal la ignoró durante siglos. Cuando, a su cuenta, quedaban unas pocas décadas para el siguiente Gran Encuentro, dejó el norte, cruzó las mesetas y emprendió el camino de regreso a un valle donde un río hablaba más bajo en un lugar determinado.

CAPÍTULO XI

# Los que preguntan

REGRESÓ AL VALLE DEL Ilun en la estación de las lluvias, más de tres siglos después de haberlo dejado, y no lo reconoció. El río había cambiado de cauce. Donde estuvo la casa de piedra había ahora un huerto, y en el centro del poblado, sobre un zócalo de basalto, se alzaba una estatua que presidía la plaza ceremonial con la gravedad de un dios.

Era un hombre joven, alto, con la mirada fija en el horizonte, esculpido con una fidelidad que solo la memoria de las memoriosas podía explicar. Urungal se detuvo frente a ella, apoyado en su bastón de fresno. Reconoció la expresión: era la de aquellos días en que oía su propia voz como si perteneciera a otro. A los pies de la estatua, unos niños jugaban con piedras.

—Te pareces a la estatua —dijo una voz a su espalda.

Se volvió. Era una anciana de cabello blanco, de ojos atentos, que se apoyaba en un bastón más viejo que el suyo.

—Todos los rostros se parecen cuando uno los mira con fe —respondió él, con la ligereza ensayada de siglos.

—No me hables con esa cara de maestro de aldea —dijo la anciana, sin enfado—. Me llamo Sera, y soy la séptima memoriosa de una cadena que empezó con una mujer llamada Anya. Nos transmitimos las genealogías, los nombres de los vientos, las canciones. Y también, de voz en voz, la descripción de un hombre que se quedó: manos tranquilas, andar callado y una cicatriz en la palma izquierda que ella solía recorrer con el pulgar.

Urungal no respondió. Sera lo miró, durante un largo instante, con una paciencia que ya había conocido.

—Nadie lo sospecha más que yo —añadió—. Los demás creen que es una leyenda. Yo creo que la leyenda tiene buena memoria.

Esa noche, bajo un cielo sin nubes, Urungal asistió por primera vez en siglos a una velada de niños junto al fuego. Sera relataba, y los pequeños escuchaban con esa seriedad que solo tienen los que todavía no han aprendido a fingir. Contó el origen de los vientos, la historia de las estrellas que no parpadean, la genealogía de las familias del valle. Al terminar, como al final de cada historia, dijo una sola frase, que los niños repitieron a coro con una devoción casi ritual:

—¿Lo crees?

Urungal sintió que el aire le faltaba. Esperó a que los niños se dispersaran y se acercó a la anciana, que seguía sentada junto a las brasas.

—¿De quién es esa pregunta?

—Es la primera —dijo Sera—. La que ella le hizo a un dios.

Se quedó inmóvil. A más de trescientos años de distancia, en una voz que no era la de ella, Anya seguía preguntándole.

. . .

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Sera lo llevó junto al río, al lugar donde el Ilun hablaba más bajo. Había allí un montón de piedras planas, apiladas con un cuidado que no era de albañil, sino de devoción. Eran siete. Había una octava aparte, sin colocar, que Sera sostuvo un instante entre las manos antes de dejarla en el suelo.

—Cada una de nosotras deja una al heredar —dijo—. La mía es la última de las que ya están. La que sigue será de quien venga.

Nombró entonces, sin que él se lo pidiera, a las que habían guardado la memoria. Anya, que había hecho la primera pregunta. Tali, que la había hecho cantar. Odeya, que cantaba medio tono más bajo y que dejó en el pueblo una costumbre de silencio antes de las historias. Iru, que añadió a la canción del río la estrofa de la lluvia. Neva, que se negó a que las estatuas entraran en la casa de las genealogías. Kesa, de mano firme, que enseñó a leer las nubes. Y ella misma, Sera, que pedía a los niños no solo que preguntaran, sino que prestaran atención a quién respondía. Cada una había dejado algo, y cada algo había llegado entero hasta él.

Urungal se arrodilló junto a las piedras, con las manos abiertas sobre la tierra. Había enterrado a una mujer en aquel lugar, y no había dejado más que un cuenco de metal y una casa. Sin que él lo supiera, ella había dejado una cadena.

. . .

SE LO CONTÓ TODO, aquella misma noche, a una sola persona: a Sera. Le habló de Boreas, del abismo y de la ventana, de la segunda oleada que los Descendidos habían prometido y de lo que significaba en realidad esa promesa. Para los boreanos, la finalidad última era la conquista de ese mundo y de cuantos planetas se cruzaran en su camino. Necesitaban extraer minerales a gran escala y conseguir mano de obra barata, reduciendo a los habitantes a la esclavitud bajo la premisa de que el fin justificaba los medios, priorizando el bienestar de su propia especie sin importar las consecuencias.

—¿Cuándo vuelven? —preguntó Sera.

—Pronto. No lo bastante para que lo vea la mayoría de los que escuchan esta conversación; lo bastante para que lo vean los niños de esta plaza.

Urungal comprendió que debía preparar a los aethelianos para la amenaza y ayudarlos a reconocerla por sí mismos. Un enfrentamiento directo contra la tecnología boreana sería suicida; la supervivencia dependería de aprender, cooperar y elegir cuándo resistir. Ni siquiera necesitaba destruir la superioridad de los invasores: le bastaba con volver demasiado cara la ocupación. Cada soldado, vehículo y unidad de energía enviada desde otro mundo debía

justificarse con resultados ante quienes no estaban allí para verlos. Y la ventana orbital imponía otra condición: si la operación se prolongaba más allá del periodo previsto, Boreas podía verse obligada a esperar un nuevo alineamiento. El tiempo no garantizaba la victoria, pero podía convertir la permanencia en una carga política y económica.

—Quien manda desde lejos manda sobre un recuerdo —dijo, casi para sí.

—Es una frase tuya —dijo Sera.

—Es de un viejo astrónomo —respondió él—. Yo solo tardé siglos en comprenderla.

Conocía la mentalidad y los protocolos de Boreas, pero no podía revelar de inmediato a los demás que había nacido entre quienes se presentaban como dioses. Para ellos seguiría siendo, por ahora, el maestro. Sera lo aceptó sin discutir.

—Los que preguntan sabrán esperar —dijo—. Es lo único que mi oficio ha sabido hacer bien durante trescientos años.

Así empezaron a llamarse, sin que nadie lo decidiera: *los que preguntan*. No eran un ejército ni una secta. Eran una costumbre que había aprendido a reconocerse.

. . .

AMPARADO EN SU PAPEL de maestro, Urungal educó a una nueva generación para que conociera su mundo y no aceptara sin preguntas a quienes se presentaban como dioses. Les enseñó a observar el cielo y a calcular los ciclos orbitales; a distinguir lo que podía fabricarse con las manos de lo que debía pedirse a los dioses; a reconocer los límites de los recursos y a estudiar las máquinas de quienes se proclamaban superiores. Aplicaban a todo las tres preguntas —*¿quién lo dice?, ¿cómo lo sabe?, ¿qué pasa si se equivoca?*— y descubrieron, entre la risa y el vértigo, que servían tanto para una promesa de sacerdote como para el cálculo de una órbita.

Los más brillantes aprendieron a pulir cristales, y con ellos construyeron los primeros instrumentos ópticos, tubos de madera y vidrio con los que apuntar al lugar del cielo donde, según sus cálculos, aparecería la señal. Fue una obra de años. Urungal les ofrecía solo lo imprescindible, la forma de la curva y el misterio del pulido, y los dejaba equivocarse cuantas veces hiciera falta, porque sabía que el cristal que se pulía mal enseñaba más que el que salía perfecto.

Entre aquellos jóvenes había un muchacho de manos impacientes llamado Iam, el peor alumno en paciencia y el mejor en poleas, que convirtió un juego de contrapesos en el primer arma capaz de herir a un soldado blindado y que no perdía ocasión de reprocharle a Urungal que nada de lo que enseñaba tuviera una garantía.

—Todo lo que me enseñas sirve para esperar —le dijo una noche—. ¿Cuándo sirve para ganar?

—Cuando ya no sepas esperar —contestó Urungal—. Eso es lo que enseño.

La rebelión no tendría un día de nacimiento: crecería en cada pregunta que dejara de ser prohibida. Y cada noche, antes de que los niños se durmieran, la voz de Sera y la de todos los suyos repetía, como una oración, la pregunta que Anya había hecho una vez a un dios que no sabía qué responder.

Aquella noche, bajo el cielo del Ilun, Urungal contó con los dedos los años que faltaban. Eran pocos. Y esta vez, a diferencia de la primera, había alguien a quien decírselo.

PARTE IV

# *La sombra en el cielo*

CAPÍTULO XII

# La señal

LOS CICLOS DE AETHEL se sucedieron y las generaciones pasaron sobre el valle del Ilun como el agua sobre una piedra. Urungal conservaba el mismo rostro, y se cuidaba de que pocos lo miraran con una atención demasiado larga; el recuerdo de Anya, en cambio, cambiaba con él. Ya no era solo el dolor de la pérdida, sino la medida de la vida que había elegido.

Habían montado los instrumentos ópticos en una terraza de piedra que dominaba el valle, y los niños, que ponen nombre a todo, los llamaban *los ojos*: seis tubos de madera y vidrio, el mayor del largo de un hombre, apuntados al lugar del cielo donde Urungal esperaba la señal. Cada noche había un turno. Lena, una muchacha de dedos finos que pasaba el día puliendo lentes con polvo de ceniza y paciencia, vigilaba el primer tercio; su hermano, el segundo; Iam, que era el peor alumno en paciencia, había pedido la guardia más larga, la de la madrugada, y la cumplía desde hacía tres inviernos sin una queja. Urungal no le dijo nunca que aquella era la lección que había querido enseñarle. Algunas lecciones se estropean si se anuncian.

Una madrugada, cuando el frío del perihelio comenzaba a envolver el valle, la señal llegó.

No vino en forma de radios estruendosas —pues Aethel seguía siendo un mundo cauteloso con las emisiones electromagnéticas masivas—, sino en la precisión de los instrumentos ópticos que Urungal había enseñado a fabricar a los jóvenes más brillantes de la resistencia. En la región del cielo donde los tubos de cristal seguían la trayectoria prevista de la flota, una nueva estrella comenzó a brillar. No era un reflejo natural. Era el penacho de plasma ionizado de una tobera magnética descomunal, la firma inconfundible de un nuevo leviatán de Clase Borth atravesando el abismo interestelar.

Iam subió la ladera casi corriendo. Urungal lo esperaba despierto en la puerta de su cabaña: llevaba toda la vida esperando aquella noche y había aprendido a no dormir cerca de ella.

—Maestro —dijo Iam, sin aliento—. Se ha encendido.

Urungal no se apresuró. Subió a la terraza apoyándose en el bastón, miró por el tubo durante un rato muy largo y calculó, con la memoria de una academia que ya no existía para él, lo que la luz le decía. La luz de aquel resplandor había salido del abismo hacía más de un día; la nave llevaba, por tanto, más de un día de empuje. Treinta meses. Tres de aceleración,

veinticuatro de silencio, tres de frenado. Conocía el itinerario como se conoce el camino de la casa propia.

La Fase 2 había comenzado.

. . .

DURANTE TRES MESES, LA estrella nueva ardió sobre el valle. Luego, un atardecer, se apagó. Para los instrumentos fue como si alguien hubiera cerrado una puerta: el penacho se adelgazó, vaciló y desapareció, y en el lugar donde había brillado no quedó más que la oscuridad de siempre.

Lena fue la primera en decirlo en voz alta. Estaba sentada en el borde de la terraza, con una lente envuelta en un paño sobre las rodillas, y miraba el hueco del cielo con la cabeza ladeada.

—¿Y si no era?

—¿Qué cosa? —preguntó Urungal.

—La estrella. ¿Y si fue un reflejo en el cristal? Yo pulí esa lente.

Era una buena pregunta, y Urungal la recibió como se recibe un regalo. Reunió esa noche a los jóvenes en la terraza y les explicó que aquello no era un final, sino una pausa: la nave dejaba de empujar y se deslizaba por inercia a una velocidad que ninguna tradición de Aethel sabía imaginar, con su escudo de proa recibiendo el polvo del abismo y su tripulación flotando en una gravedad prestada. Los volverían a ver cuando frenaran. No les pidió que lo creyeran. Les pidió que anotaran la fecha, el lugar exacto del cielo y la brillantez del penacho, y que esperaran, para comprobarlo, veinticuatro meses.

Fueron los dos años más largos de su vida. Entre las vigilias, los sacerdotes de la pregunta recorrieron los valles. Los Descendidos habían prometido volver, y la promesa, que durante siglos había sostenido la doctrina, se cumplía. En las plazas ceremoniales, al pie de las estatuas, la gente se reunía a mirar el cielo entre el temor reverencial y el asombro supersticioso, preparándose para rezar a los dioses que creían conocer. Urungal conocía bien aquella espera. Había ayudado a diseñarla.

Una noche de luna llena asistió, desde el fondo de la plaza del Ilun, a una de esas vigilias. Había cientos de personas sentadas en el suelo, y una anciana de voz grave dirigía el canto a los pies de una estatua que tenía su propio rostro joven. Al terminar, como al final de cada historia, el coro se quedó en silencio. Una mujer levantó la mano.

—Si los Descendidos prometieron volver, ¿por qué no prometieron también cómo?

Hubo un murmullo, que no era de escándalo. Alguien repitió: «¿Quién lo dice?». Alguien más: «¿Cómo lo sabe?». La anciana, que era Sera, dejó que las preguntas se acumularan hasta que la plaza entera las hubo hecho, y entonces dijo, casi sin voz: «¿Lo crees?».

Urungal sintió, a su lado, el peso de una mano en el brazo. Era Iam, que había seguido su mirada.

—Esto lo has hecho tú —dijo el muchacho.

—No —respondió Urungal—. Lo hizo ella. Yo solo fui la primera persona a quien se lo preguntó.

No pretendió arrancar la fe de golpe. Un pueblo al que se le quita su fe sin ofrecerle otra cosa se convierte en una muchedumbre, y una muchedumbre es lo primero que un ejército sabe dominar. Lo que hizo fue más lento y más peligroso: enseñar, comunidad por comunidad, a preguntar en voz alta de qué estaban hechos sus dioses. Treinta meses era poco tiempo para deshacer trescientos ochenta años de devoción, pero era suficiente para plantar la duda en los lugares correctos, y la duda, como los ríos, siempre termina por encontrar su cauce.

Desde la colina que dominaba el valle principal, una madrugada de viento frío, vio por fin lo que esperaba. La tobera había vuelto a encenderse, ahora de frente, como un sol azul que crecía noche tras noche. Urungal se encontraba en lo alto, apoyado en el bastón de madera que usaba como parte de su disfraz, con el viento agitando sus ropas. Su rostro no mostraba sorpresa, sino una determinación sobria. Su cuerpo, que el tiempo no había tocado, se mantenía en pie con la fuerza intacta de su juventud, mientras a su alrededor los aethelianos observaban el cielo en silencio.

Lena, que había subido sin que él la oyera, ajustó un tubo por última vez. Lo miró con los ojos muy abiertos y no dijo nada. Su lente estaba bien pulida.

—Vuelven —murmuró Urungal, sintiendo el peso de los siglos sobre sus hombros—. Pero esta vez no encontrarán a un subordinado obediente ni a una tribu dispuesta a arrodillarse. Encontrarán a un pueblo que sabe exactamente de qué están hechos sus dioses.

La segunda flota avanzaba hacia Aethel. Sus mandos esperaban encontrar una población sometida; no sabían cuánto había cambiado durante su ausencia.

CAPÍTULO XIII

# El descenso de la segunda oleada

LA SEGUNDA FLOTA DE Boreas no tardó meses, sino semanas, en materializarse por completo tras cruzar la órbita exterior del sistema. Las pantallas ópticas improvisadas en los talleres del valle mostraban tres siluetas idénticas a la *Aethelgard*: leviatanes oscuros de fibra de carbono, coronados con el agudo escudo de wolframio y envueltos en el resplandor cobalto de sus toberas magnéticas.

Para el Alto Mando de Boreas, aquella era la «fase 2»: la consolidación definitiva del dominio colonial, la reactivación de las extracciones mineras a gran escala y la imposición absoluta del dogma religioso creado siglos atrás para apaciguar cualquier conato de rebelión.

Desde la terraza vieron descender las naves de desembarco, cuatro rayas blancas sobre el flanco norte del cielo, y después el estruendo, que llegó tarde, como llegan todos los ruidos grandes. Los niños, que habían aprendido en una pradera lo que tardaba un eco en volver, contaron en voz baja los segundos entre la luz y el sonido.

Sin embargo, cuando las naves tocaron tierra en los puntos estratégicos designados, el recibimiento no se pareció en nada al de la primera expedición. Los comandantes boreanos encontraron valles silenciosos, asentamientos vacíos y pocas señales visibles de sus habitantes. Urungal había enseñado que enfrentarse al armamento enemigo con lanzas y arcos sería un suicidio. La resistencia evitaría el choque frontal y obligaría a los invasores a buscar un adversario que rara vez estaba donde lo esperaban.

Vaciar un valle lleva más tiempo que llenarlo. Las familias del Ilun salieron durante tres noches, con sus cabras, su grano y sus mantas, por la senda de la cresta que Iam y los suyos habían trazado a oscuras. Hubo una mujer que se negó a abandonar su casa hasta que Iam, sin discutir, le ofreció llevar la puerta; la desmontaron entre los dos y la cargó un burro. Hubo un hombre que quiso volver a por un cántaro y al que nadie permitió regresar. Sera caminó la última noche al frente de la columna, apoyada en su bastón, sin recitar nada en voz alta. Los que iban cerca de ella oían, sin embargo, un murmullo continuo, un ritmo de nombres, y comprendieron que estaba cantando las genealogías para que no se perdieran por el camino. En la bolsa de cuero que llevaba colgada del cuello había una piedra plana, la octava.

Urungal fue el último en salir. Se detuvo en el lugar donde el Ilun hablaba más bajo y no se despidió de nadie.

. . .

La primera asamblea de las comunidades del sur se había celebrado meses antes del descenso, en la plaza del Ilun, a los pies de la estatua, y había terminado en discusión. Algunos jefes desconfiaban de Urungal: durante generaciones, su figura había estado asociada a los seres que exigían obediencia desde el cielo, y bastaba levantar la vista hacia el zócalo de basalto para comprender por qué. Otros aceptaban que los boreanos podían ser vencidos en pequeñas escaramuzas, pero temían que cualquier desafío abierto provocara una matanza.

Dael, jefe de los pastores del este, un hombre de pocas palabras y barba cuadrada, dijo la suya con una calma que dolía:

—Mi abuelo murió cargando la Ofrenda. Si eres de los que la inventaron, ¿por qué habríamos de escucharte?

Fue Sera quien golpeó el suelo con su bastón y exigió saber, ante todos, por qué debían confiar en un hombre que había sido uno de los invasores. Había conocido su secreto durante años y lo había guardado con una fidelidad de memoriosa; pero un secreto guardado por una sola persona es una promesa, y una pregunta hecha en público es una institución. Urungal comprendió que ella le ofrecía la ocasión de responder una vez, delante de todos, y que no habría otra.

—No os pido que olvidéis quién fui —respondió—. Os pido que juzguéis lo que hago y que no entreguéis vuestra decisión a nadie, tampoco a mí. Si mi plan os obliga a obedecer sin comprender, rechazadlo.

Sacó entonces de un envoltorio de cuero una pequeña lámpara de mano, la misma que había conservado, entre el equipo que no figuraba en ningún inventario, desde la víspera de su deserción, y cuya celda, hecha para durar siglos, aún guardaba carga. La encendió. Una luz blanca y firme atravesó el crepúsculo, y entre los presentes se alzó ese murmullo que se levanta cuando alguien reconoce un milagro. Urungal tomó una piedra, golpeó la carcasa y la abrió ante todos. Dentro había un cilindro gris, dos hilos de cobre y un cristal.

—Esta es la luz de los dioses —dijo—. Cabe en una mano. Se apaga cuando se acaba lo que lleva dentro. Los hombres que la hicieron nacieron como vosotros, de padres, con miedo, y firmaron papeles que no leían. Os pido que no los odiéis por dioses, sino que no los temáis por humanos.

La discusión no terminó con un acuerdo. Algunos aceptaron preparar refugios y rutas de evacuación; otros se marcharon convencidos de que Urungal quería conducirlos a una guerra ajena. Dael fue de los últimos en irse. Antes de salir de la plaza miró la lámpara abierta en el suelo, y después la estatua, y dijo, sin dirigirse a nadie:

—Los dioses no se rompen con una piedra.

Iam le reprochó a Urungal, más tarde, que hubiera expuesto el plan sin ofrecer una garantía de victoria.

—No tengo esa garantía —admitió Urungal—. Si os prometiera una, estaría empezando a convertirme otra vez en uno de sus dioses. La resistencia solo será nuestra si podéis discutirla, corregirme y negaros a seguirme.

. . .

EL CONFLICTO SE AGRAVÓ cuando un grupo recuperó varias armas de un puesto boreano abandonado. Durante una práctica, Pael, un joven de apenas diecisiete años, manipuló un fusil energético sin conocer el seguro. El disparo golpeó una viga de piedra y rebotó hacia el costado de otro aetheliano, que cayó con una quemadura profunda. El arma fue arrojada al suelo; por un instante, todos apuntaron a todos, aterrados por una fuerza que no entendían.

El herido era el hermano mayor de Nera, una mujer de espalda recta y gesto cansado que había cuidado a todos desde que su madre murió. Se arrodilló junto a él con las manos temblando sobre la quemadura, y cuando alzó la cabeza no miraba a Pael, sino a Urungal.

—Devuelve esas armas —dijo—. Devuélveselas a los que las hicieron antes de que maten a alguien más.

Otros defendieron que renunciar a ellas los dejaría indefensos. Urungal ordenó apartarlas y suspendió su uso hasta que pudieran comprenderlas sin poner vidas en riesgo. La decisión le ganó críticas de ambos lados: unos lo acusaron de cobardía; otros, de haber llevado aquellas armas a sus casas.

—El miedo no vuelve segura un arma, y la rabia no nos enseña a usarla —dijo Urungal ante la asamblea—. Si no sabemos controlarla, no es una ventaja. Es otra forma de que Boreas decida quién muere aquí.

La recuperación del herido no cerró la discusión. Cada comunidad tuvo que decidir qué riesgos aceptaba y quién podía autorizar el uso de tecnología capturada. La unidad no nació de una confianza inmediata: se construyó mediante desacuerdos, decisiones compartidas y responsabilidades concretas. La suspensión no significó renunciar para siempre a las armas capturadas. Se establecieron responsables por comunidad, sesiones de instrucción y una regla que Urungal se negó a negociar: nadie utilizaría un dispositivo cuyo funcionamiento no pudiera explicar y demostrar ante otros. Algunos jóvenes lo consideraron una humillación; Nera, en cambio, fue la primera en pedir que se aplicara a Pael con rigor, y la primera en acompañarlo después, cada tarde, cuando el muchacho, humillado y obstinado, aprendió por fin lo que el arma hacía y por qué.

La prudencia empezó a ganarse su lugar no por autoridad, sino porque todos habían visto el precio de improvisar.

CAPÍTULO XIV

# Iam

EN EL CAMPAMENTO PRINCIPAL de la vanguardia boreana, situado en las llanuras del norte, los problemas comenzaron el primer día. Los conductos de suministro de agua estaban contaminados con compuestos orgánicos locales que anulaban los filtros automatizados. Las balizas de reconocimiento desplegadas en los bosques aparecían sistemáticamente desmanteladas con precisión quirúrgica, sus microprocesadores extraídos y reutilizados. Y las comunicaciones radiales de corto alcance sufrían interferencias provocadas por antenas rudimentarias de cobre y mineral ferroso, construidas en las cuevas por manos jóvenes.

Las antenas eran obra de Lena, que había trasladado su taller de lentes a una caverna de la sierra y descubierto, entre martillazos, que el cobre cantaba. La primera noche en que sus aparatos escupieron estática en las frecuencias boreanas, se quedó sentada en el suelo de la cueva, con las manos quietas, escuchando aquel chisporroteo en un receptor robado. Era la primera vez que la guerra tenía sonido. Se tapó la boca para no reírse.

El sargento de suministros del campamento norte, un hombre meticuloso llamado Teyl, comprobó tres veces que los filtros estuvieran bien calibrados antes de admitir que el problema no era de calibración. Redactó una consulta técnica para Boreas. La respuesta, en el mejor de los casos, tardaría setenta y siete horas y treinta y ocho minutos en llegar, sin contar el tiempo de análisis; resolver el problema, en cambio, le habría costado tres horas y un cambio de proveedor de agua. Teyl comprendió, con la lucidez de quien lleva demasiado tiempo en un cuartel, que el procedimiento no estaba pensado para resolver problemas, sino para repartir la responsabilidad de no haberlos resuelto. Esperó la respuesta. Mientras tanto, la gente bebió agua hervida.

Desde el refugio del sur, Urungal coordinaba las células de resistencia. Sus antiguos alumnos, ya adultos, conocían los recodos de la geografía y los refugios de montaña; también habían aprendido a estudiar las debilidades de los procedimientos boreanos. La estrategia ya no dependía solo de la memoria de Urungal: podía sobrevivir sin él.

Nadie lo demostraba mejor que Iam. Tenía las manos largas y los gestos bruscos de los que no saben estar quietos, y una incapacidad casi insolente para aceptar una explicación que no pudiera comprobar con los dedos. Había rediseñado una ballesta de poleas con materiales locales, de manera que un arma que habría pedido la fuerza de dos hombres la entregaba a uno, y las había distribuido entre las células con una pulcritud que ningún boreano le habría atribuido a un nativo. Hablaba poco de sí mismo. Urungal sabía únicamente que

había crecido entre las comunidades del Ilun, que su padre había muerto en las minas de la meseta, cargando la Ofrenda cuando él tenía seis años, y que Sera lo había visto discutir con un sacerdote a los doce y que desde entonces no había dejado de discutir con nadie.

Una tarde le preguntó por qué.

—¿Por qué qué?

—Por qué discutes siempre. Con todos. Conmigo.

Iam se encogió de hombros, y tardó en responder con la franqueza de quien nunca se ha preguntado a sí mismo.

—Porque a mi padre nadie le preguntó si quería cargar. Y él nunca preguntó.

Urungal guardó silencio. Había firmado muchos formularios, pero ninguno que tuviera ese nombre.

—Están tanteando el terreno —dijo, al cabo de un rato, mientras observaban desde una cresta rocosa el humo distante de las naves invasoras—. Creen que pueden repetir la historia. Creen que el miedo y el tiempo juegan a su favor.

—¿Qué hacemos, maestro? —preguntó Iam, ajustándose la ballesta.

Urungal sonrió, con melancolía y con firmeza, recordando los ojos de Anya bajo el cielo de Aethel.

—No intentaremos vencerlos en campo abierto —dijo—. Cada avance debe costarles tiempo, combustible y recursos. Lo importante es que llegue el día en que deban preguntarse cuánto están dispuestos a pagar por Aethel.

—Podríamos hacerles pagar mucho más —dijo Iam, y había en su voz algo más que impaciencia—. Ellos nos contaron durante siglos que éramos suyos. ¿Y nosotros solo les pedimos que se pregunten cuánto cuesta?

—Les pedimos que se lo pregunten ellos mismos —respondió Urungal—. Es lo único que no pueden ordenarse a sí mismos que no hagan.

Iam guardó silencio. Había aprendido, en años de tropiezos, que cuando el maestro respondía así no estaba esquivando la pregunta, sino cerrándola con cuidado, como se cierra una puerta que no se quiere cerrar de un golpe.

Aquella noche, sentados junto a un fuego bajo, Iam le preguntó por Anya. Nunca lo había hecho. Urungal tardó en contestar.

—Hacía las preguntas —dijo al fin—. Eso es lo que recuerdo mejor.

—¿Y las respuestas?

—Esas tuve que dárselas yo, y no siempre supe.

La guerra por Aethel había comenzado. La resistencia no podía igualar la fuerza de los invasores, pero podía obligarlos a pagar por cada avance.

CAPÍTULO XV

# El herido

DURANTE LOS PRIMEROS MESES, la resistencia aprendió que sabotear una máquina era más sencillo que proteger a quienes vivían a su alrededor. Una operación destinada a inutilizar un puesto de reconocimiento salió mal: los boreanos detectaron las huellas de los combatientes y respondieron registrando las aldeas cercanas. Urungal ordenó suspender el repliegue previsto y regresó para ayudar a evacuar a varias familias antes de que las patrullas cerraran el paso. La retirada salvó a los habitantes, pero dejó al grupo expuesto durante demasiado tiempo.

El disparo llegó cuando cruzaban una garganta estrecha. Un proyectil atravesó el costado de Urungal, por debajo de las costillas, y lo derribó contra la piedra. Lo último que oyó, antes de que el mundo se volviera estrecho y blanco, fue su propia voz ordenando a los niños que corrieran. La modificación genética que detenía su envejecimiento no lo protegía de una herida. Fue Iam quien lo cargó sobre los hombros, sin pedir permiso, mientras otros cubrían la retirada y alguien, atrás, gritaba que no se detuvieran.

Por primera vez desde que había comenzado la nueva ocupación, el maestro no pudo dirigir personalmente la siguiente operación.

La recuperación duró varias semanas, en un refugio excavado en la roca donde el único sonido era el del agua filtrándose por las paredes. La herida cerraba lentamente; cada movimiento brusco le recordaba que sobrevivir no equivalía a ser invulnerable. Sera lo visitaba cada tarde, sin hacer preguntas, y se sentaba junto a su jergón a repasar las genealogías en voz baja, como quien reza. Una tarde, con la fiebre alta, Urungal empezó a repetir sin darse cuenta una serie de nombres. Eran catorce. Sera dejó de recitar para escucharlo.

—Esos no están en mi cadena —dijo cuando terminó.

—Murieron en un campamento de los Descendidos, hace tres siglos. Una mujer me los dio. No supe qué hacer con ellos.

Sera lo miró un momento, con esa paciencia que había heredado de seis voces anteriores a la suya.

—Ahora sí —dijo, y repitió los catorce nombres, uno por uno, sin equivocarse en ninguno, como quien guarda algo en un cajón que ya estaba preparado.

Urungal aceptó la inmovilidad con una dificultad que no confesó en voz alta. No temía morir, pero le costaba confiar en que sus alumnos pudieran sostener la resistencia sin su presencia.

Iam asumió la coordinación entre las células, distribuyó las tareas y canceló una acción arriesgada cuando los informes no coincidían. Era la decisión que Urungal habría tomado, y también la que no habría tenido el valor de tomar a los veinte años. Otro grupo cometió un error y perdió suministros, y esta vez nadie pidió que el maestro lo resolviera: los propios jóvenes repusieron lo perdido y cambiaron la ruta. La red no se desmoronó. La resistencia sufrió, aprendió y siguió adelante.

Cuando Urungal volvió a caminar sin ayuda, no encontró el movimiento intacto ni victorioso: encontró una resistencia que había madurado en su ausencia. Iam no le presentó una lista de triunfos, sino las decisiones tomadas, los errores cometidos y las vidas que habían conseguido proteger. Urungal escuchó sin interrumpir. Comprendió que enseñar no consistía en hacer que los demás dependieran de él, sino en prepararlos para actuar cuando él no pudiera hacerlo. Pensó en Anya, en la noche en que le había pedido que no convirtiera su muerte en una doctrina; y entendió, tarde y con cierta vergüenza, que tampoco debía convertir en una doctrina su propia presencia.

A partir de entonces, cada célula debía actuar sin esperar órdenes del refugio principal; cada retirada debía proteger a los pobladores, y cada victoria debía medirse también por su costo. Los boreanos respondieron con operaciones de reconocimiento más agresivas. Ambos bandos aprendían, pero solo Urungal conocía desde dentro la lógica del enemigo.

Y en el norte, en un cuartel fortificado, entre mapas llenos de puntos rojos, alguien empezaba a preguntarse por un cadete perdido hacía trescientos ochenta años.

PARTE V

# *La guerra de los informes*

CAPÍTULO XVI

# El desfiladero

AL CUMPLIRSE EL PRIMER año de la segunda ocupación, las minas producían menos de lo previsto y los cupos de trabajadores seguían incompletos. Los partes registraban bajas, sabotajes y retrasos, aunque los informes enviados a Boreas presentaban el panorama como controlado. Varios oficiales sospechaban la verdad, pero sabían que admitir un error sin proponer una salida podía costarles el cargo.

El Comandante de la Segunda Flota convocó a sus oficiales de campo en el cuartel general fortificado del norte. Las pantallas holográficas proyectaban mapas topográficos plagados de puntos rojos: zonas donde las patrullas habían sufrido emboscadas, donde algunos sistemas pesados presentaban fallos temporales por interferencias locales y donde los aethelianos combatían con una disciplina desconcertante. El Comandante no parecía satisfecho ni triunfante; llevaba días revisando cifras que no encajaban y sabía que, si elevaba una evaluación honesta sin una propuesta correctiva, el Alto Mando podía descargar sobre él toda la responsabilidad.

Al fondo de la mesa, casi fuera del círculo de luz, estaba su segundo al mando: un oficial de rostro antiguo, cuyos implantes oculares brillaban con un tenue tono ámbar. Era una de las pocas personas de la flota que había pisado ya Aethel. Casi nadie lo recordaba, y él, menos que nadie, lo mencionaba.

—Nos enfrentamos a una resistencia organizada —dijo el Comandante, sin golpear la mesa—. No puedo seguir firmando que se trata de incidentes aislados. Alguien les enseña tácticas y conoce nuestros procedimientos. Si enviamos otro informe maquillado, quizá ganemos una semana; si envío el diagnóstico real, tendré que explicar por qué no lo detecté antes.

Los oficiales intercambiaron miradas. Conocían precedentes en los que un diagnóstico honesto había terminado en un traslado, mientras que un informe optimista permitía prolongar una operación. No necesitaban creer que todo iba bien; bastaba con que temieran más las consecuencias de decir lo contrario.

—Los registros de la primera expedición mencionan la pérdida de un cadete, Urungal, que no regresó en la evacuación hace casi cuatro siglos —dijo la oficial de inteligencia, consultando los archivos cifrados—. La entrada lleva la firma del comandante de escuadrón que recogió su equipo. —Hizo una pausa y se volvió hacia el fondo de la mesa—. Es usted, señor.

El oficial de los ojos ámbar tardó un momento en responder.

—Fauna local —dijo—. Eso firmé, y eso vi.

—Los manuales de longevidad establecen que la modificación genética requiere refuerzos trienales —continuó ella—. Biológicamente es imposible que un hombre mantenga su eficacia durante casi cuatro siglos sin mantenimiento médico regular. Pero si de algún modo sobrevivió, es la mente detrás de esto.

—Los manuales dicen eso —asintió el veterano, con una lentitud que nadie en la sala supo interpretar—. Lo que no dicen es qué ocurre si se omiten. Nadie ha omitido nunca un refuerzo para averiguarlo.

El Comandante dejó pasar unos segundos antes de responder. Una captura le permitiría presentar un resultado tangible ante la comisión de recursos; reconocer que la estrategia inicial había fallado exigiría explicar por qué no lo había advertido antes.

—Me basta con que sea posible —dijo—. Si capturamos al responsable, quizá podamos estabilizar el territorio y presentar un plan verificable de extracción. Necesito resultados antes de que la comisión revise nuestras cifras. Preparen una operación limitada. Si fracasa, quiero conocer las causas antes de redactar otro informe.

La orden fue desplegar una fuerza de asalto mecanizada de alta intensidad hacia el valle del sur, el corazón de la resistencia. Las naves de desembarco descendieron rugiendo sobre las comunidades agrícolas y los refugios cavados en la roca, abriendo fuego preventivo y desplegando unidades de infantería pesada, con la intención de capturar al líder rebelde y dar un escarmiento ejemplar que quebrara la moral de los aethelianos de una vez por todas.

El veterano no dijo nada más. Al salir de la sala, se detuvo un momento junto a la ventana blindada y miró hacia el sur, hacia una línea de montañas que le resultaba extrañamente familiar.

. . .

URUNGAL HABÍA ELEGIDO EL desfiladero por una razón: allí, la superioridad de los vehículos boreanos podía convertirse en una desventaja. Los valles habían sido evacuados semanas antes, y la columna que descendía sobre los campos vacíos no encontraba a nadie a quien escarmentar. Solo encontraba, ante sí, un único camino que se estrechaba entre paredes de roca.

En el segundo blindado de la columna viajaba un soldado joven llamado Kiel, de la ciudad de Marn, que se había alistado a los cuarenta años —una infancia, para un boreano— con la idea de ver otros mundos. Llevaba la armadura de un hombre más grande, heredada de un compañero trasladado, y la ajustaba cada media hora con la correa del cuello. Había oído en el campamento que los nativos eran mansos, que los Descendidos los habían educado para obedecer y que la misión era poco más que una escolta. Mientras el blindado avanzaba entre las paredes de roca, preguntó al sargento por qué no había nadie en los campos. «Han salido a rezar», respondió el sargento, sin mirarlo. Kiel pensó que era una buena respuesta y se quedó tranquilo hasta que el paso se estrechó.

Desde la cumbre del desfiladero, Urungal observaba la fila de blindados que avanzaba por el paso angosto. Junto a él, Iam y decenas de jóvenes aethelianos sostenían poleas y cables tensados conectados a toneladas de rocas y mineral ferroso, preparados durante años.

—¿Están listos? —preguntó con voz serena, con el rostro intacto y la mirada cargada de siglos.

—Listos, maestro —respondió Iam, con la mirada fija en el objetivo.

Cuando la primera línea de vehículos quedó atrapada en el estrecho embudo del cañón, Urungal bajó la mano.

No fue un estruendo; fue una sucesión, como si la montaña carraspeara antes de hablar. Primero cedió la ladera norte, y una cascada de rocas, lenta al principio y después sin remedio, selló la boca del paso por delante del blindado de cabeza. Luego se desprendió la otra, a espaldas de la columna, y el cañón se cerró como una mano. Los vehículos se detuvieron en cadena, con un chirrido de orugas que se prolongó mucho más tiempo del que Urungal habría creído posible. Hubo un silencio de dos latidos. Después empezó lo demás.

En el segundo blindado, Kiel se golpeó la frente contra el arnés y vio, con una claridad que no entendió, que el sargento había dejado de dar órdenes. La escotilla se abrió desde fuera. Entraron humo, polvo y un ruido de granizo contra el casco: eran los virotes de las ballestas de poleas que Iam había repartido entre las células, estrellándose contra el blindaje con un repiqueteo que no atravesaba nada pero que no cesaba. Los soldados bajaron como se baja a un pozo, en fila y a ciegas.

Del cielo llegó el apoyo que la doctrina preveía: dos lanzaderas de combate que descendieron por el corredor del cañón con las toberas rugiendo. Se encontraron con las máquinas de contrapeso que los pastores del este habían levantado en las cornisas, con piedras del tamaño de un hombre que volaban hacia ellas, y con los emisores de Lena, que les devolvieron en los instrumentos una estática de cobre. La primera lanzadera, ciega de pronto, rozó la pared con un estrépito y se alejó arrastrando una estela de chispas. La segunda se mantuvo a distancia, indecisa, como quien llega tarde a una conversación que ya ha cambiado de tema.

En el fondo del cañón, entre el barro del arroyo y los vehículos inmóviles, la guerra se hizo pequeña. Los soldados boreanos, con sus armaduras de alta resistencia, descubrieron que la armadura pesa y que el barro agarra. Las redes de pescar lastradas con piedras, que las mujeres del Ilun habían remendado durante siglos, caían desde las cornisas sobre los hombros de los que avanzaban, y a cada hombre derribado le seguían tres con cuchillos y cuerdas. Un teniente trató de reunir a su pelotón gritando por la radio y recibió a cambio un chisporroteo; probó de nuevo, y de nuevo, hasta que comprendió que nadie lo oía y que tendría que dar las órdenes con la boca y con la mano, como se hacía en una guerra de otra edad que nunca había estudiado. Los fusiles energéticos dejaban líneas blancas en la roca y cráteres de vidrio fundido; un aetheliano de Hesk gritó una vez y no volvió a gritar.

Fue entonces cuando un soldado boreano levantó el arma sobre Iam. Iam había bajado por una cuerda hasta la boca del paso para cortar el último de los cables que sostenían la trampa, y tenía las dos manos ocupadas con el cuchillo. Nunca supo qué lo salvó: el sonido, seco y mínimo, de un disparo que no era de los suyos. El soldado cayó de rodillas. A veinte pasos, en un saliente, Pael sostenía un fusil capturado con los brazos temblando y un gesto

de espanto en la cara. Había aprendido a explicarlo todo: el seguro, el retroceso, el ángulo del rebote. No había aprendido, porque nadie lo enseña, lo que se siente al usarlo. Esa tarde, cuando terminó, se apartó de los demás y vomitó entre las rocas, y fue Nera quien lo encontró y le sostuvo la frente sin decir nada, con las manos que habían cuidado de todos.

Desde la cumbre, Urungal no apartó la mirada ni una sola vez, y consideró que era lo único que le correspondía hacer.

No hubo gloria en aquel combate. Urungal, que había enseñado a calcular, había calculado también el número de muertos: no con alegría, sino con la precisión de quien sabe que cada cifra es un nombre. Entre los cuerpos de los soldados caídos distinguió el rostro joven de un muchacho boreano, a quien la armadura le quedaba grande. Era la edad que había tenido él cuando firmó un formulario sin leerlo. Apartó la mirada.

Pero antes se agachó y le soltó del cuello una chapa de identificación que decía *Kiel, ciudad de Marn*. No sabía quién era; sabía que alguien tenía que saberlo. Esa noche, en el refugio, Urungal repitió el nombre junto a los catorce que ya llevaba dentro, y Sera, sin que él se lo pidiera, lo escuchó con atención y no hizo ningún comentario.

La vanguardia boreana fue derrotada y sus fuerzas se replegaron hacia el norte. Desde las alturas, Urungal observó el humo sobre el horizonte. No confundió aquel resultado con el final de la guerra; los invasores, sin embargo, tenían por fin motivos para dudar de que pudieran imponer su voluntad sin pagar un precio alto.

CAPÍTULO XVII

# La encrucijada de los mundos

LA DERROTA DEL DESFILADERO llegó a los archivos de Boreas convertida en un «incidente de recalibración táctica». El documento recomendaba adaptar los procedimientos al terreno, omitía la magnitud de las pérdidas y no alteraba el calendario de explotación. El Comandante había ganado tiempo, pero no había resuelto el problema.

—Necesito una opción que pueda defender con hechos —dijo ante su estado mayor—, no otra fórmula administrativa.

Nadie le ofreció ninguna. Alrededor de la mesa, los oficiales estudiaban sus propias manos.

En el bando opuesto, en las profundidades de los valles del sur, Urungal evaluaba las consecuencias del enfrentamiento. Sabía tan bien como los boreanos que el tiempo jugaba en su contra. Aunque la victoria en el desfiladero había mermado la moral de las tropas invasoras y retrasado sus planes logísticos, la presencia de tres leviatanes de Clase Borth en órbita significaba que los recursos de Boreas eran casi inagotables en comparación con los medios rústicos de los aethelianos.

Reunidos alrededor de una hoguera en el refugio principal de la montaña, Urungal y los líderes de las distintas comunidades analizaban el panorama. Iam, con el rostro surcado por la experiencia y la determinación, desplegó un mapa trazado a mano sobre una piel curtida.

—Las patrullas boreanas ya no se arriesgan a entrar en los desfiladeros —explicó Iam, señalando con un indicador de madera varios puntos estratégicos—. Están utilizando sensores orbitales y pequeñas naves de reconocimiento no tripuladas para buscar patrones de movimiento desde el aire. Una fogata grande o el traslado de muchos suministros puede delatarnos; el relieve y la vegetación ofrecen cobertura, no invisibilidad.

Urungal miró el fuego. En Boreas había aprendido a calcular trayectorias y consumos; en Aethel había aprendido que ninguna ecuación podía anticipar por completo la decisión de un pueblo de resistir.

—No podemos ganar una guerra de desgaste —dijo—. Ellos tienen naves, energía y recursos que nosotros no podemos igualar. Pero no basta con controlar un territorio para gobernarlo. Si nadie coopera, cada mina, cada camino y cada puesto exige más soldados y más energía. Tarde o temprano, tendrán que hacer sus cuentas.

—¿Qué sugieres, maestro? —preguntó una de las comandantes locales de la resistencia.

—Vamos a descentralizar cada asentamiento —ordenó Urungal—. Abandonaremos los campamentos fijos. Nos dividiremos en pequeñas células autónomas capaces de autogestionarse en los bosques y en las cuevas más profundas. Aprovecharemos sus propios sistemas de comunicación de corto alcance para detectar patrones de transmisión y difundir señales engañosas. El terreno, la vegetación y las cuevas nos ayudarán a ocultar movimientos; no seremos invisibles para sus sensores, pero les costará distinguir una amenaza real de una pista falsa.

La estrategia se puso en marcha. Durante los meses siguientes, Aethel se convirtió en un problema logístico cada vez más costoso. Las unidades boreanas que descendían para asegurar un yacimiento o capturar suministros encontraban depósitos vacíos e instalaciones saboteadas. Los soldados, acostumbrados a depender de órdenes centralizadas, perdían coordinación cuando las células de resistencia cortaban sus enlaces locales o los obligaban a dispersarse.

Fue Lena quien, una noche de aquellos meses, bajó del monte con las manos negras de cobre y los ojos muy abiertos. Llevaba cuarenta noches escuchando en su cueva los receptores robados, y había anotado en tiras de corteza cada ruido que no se parecía a ninguno. Había uno que se repetía.

—Cada tres días, a la misma hora, hay un chillido largo, de unos cuarenta segundos —dijo—. Siempre igual. Como si alguien llamara a una puerta y esperara.

—¿A qué hora exactamente? —preguntó Urungal, casi sin voz.

Lena le dio la hora, el intervalo y el rumbo del que parecía llegar. Urungal las fue anotando de memoria, una por una, y sintió lo que debe de sentir quien descubre que el reloj del enemigo tiene péndulo.

En el centro de mando de la flota, el Comandante respondió con una medida desesperada. Ordenó quemar zonas forestales periféricas y bloquear las principales fuentes de agua de los valles templados, con la intención de forzar una rendición mediante el hambre y la sed. Su segundo al mando escuchó la orden hasta el final y luego preguntó, con una voz que nadie le había oído antes en aquella sala, si el Comandante pensaba firmarla personalmente. El Comandante la firmó.

. . .

CUANDO LAS NOTICIAS DE los incendios y el envenenamiento de los ríos llegaron al refugio del sur, la atmósfera se cargó de una tensión insostenible. Los jóvenes guerreros clamaban por un ataque frontal contra las posiciones fortificadas del norte, ardiendo en deseos de vengar la destrucción de sus tierras. Sera, sentada junto al fuego con su bastón sobre las rodillas, comenzó a recitar en voz baja los nombres de los valles que ardían, uno por uno, con las genealogías de las familias que los habitaban. Era su manera de decir que lo que se quemaba no desaparecería mientras alguien pudiera nombrarlo.

Dael entró en el refugio al amanecer con la barba cubierta de ceniza y las manos vacías. Los incendios habían alcanzado los pastos del este, y de su rebaño, que había sido el orgullo de tres generaciones, no quedaban más que huesos en una vaguada. No gritó. Se sentó junto

al fuego, miró a Urungal durante un rato y dijo, con la voz de un hombre que ha dejado de esperar milagros:

—Dije que los dioses no se rompen con una piedra. Dime ahora cómo se rompen.

Urungal supo que se encontraba ante el momento más crítico de su largo exilio. Si permitía un ataque desesperado, los boreanos los aniquilarían con su superioridad de fuego; si permanecían pasivos, el sufrimiento de las comunidades rompería la cohesión de la resistencia.

—La ira es una mala consejera en el campo de batalla —dijo a los líderes reunidos esa noche, bajo el cielo donde Helios Beta brillaba con indiferencia—. Los boreanos quieren que nos expongamos. Quieren vernos marchar en columnas ordenadas hacia sus cañones para justificar la aniquilación total. No les daré ese gusto.

—¿Y qué haremos, maestro? ¿Dejar que quemen nuestros valles? —protestó Iam, con los puños apretados.

—No —respondió Urungal, levantando la mirada—. No vamos a atacarlos donde son fuertes. Vamos a golpear su punto más vulnerable: el eslabón que los conecta con su hogar, a treinta y ocho horas y cuarenta y nueve minutos de transmisión.

La decisión no garantizaba la victoria. Solo abría una posibilidad: obligar a Boreas a decidir desde lejos, con información incompleta y un costo cada vez más difícil de justificar.

CAPÍTULO XVIII

# El talón de Aquiles temporal

LA VENTAJA MÁS TEMIBLE de los comandantes boreanos no residía solo en sus cañones cinéticos ni en el blindaje de sus naves, sino en la confianza que depositaban en una cadena de mando capaz de enlazar Aethel con Boreas. La distancia, sin embargo, convertía cada consulta interplanetaria en una decisión tomada con información atrasada.

Una señal enviada desde Aethel tardaba treinta y ocho horas y cuarenta y nueve minutos en llegar a Boreas. Una respuesta necesitaba el mismo tiempo para regresar. Incluso en condiciones ideales, un intercambio completo requería al menos setenta y siete horas y treinta y ocho minutos, sin contar el análisis ni la preparación de las órdenes.

Urungal, que conocía los protocolos de transmisión desde su época de cadete, comprendía esta vulnerabilidad mejor que nadie. Un ejército que necesitaba consultar sus decisiones a un mundo situado a casi dos días de señal en un solo sentido era un gigante con los reflejos atrofiados cuando se lo enfrentaba con la velocidad de la guerrilla local. Lo había aprendido de un anciano en un corredor, y lo había enseñado a unos niños en una pradera, sin saber entonces para qué.

—No vamos a atacar la nave nodriza en órbita ni a intentar derribar sus lanzaderas con flechas o explosivos improvisados —explicó ante los comandantes de las células, desplegando un esquema rudimentario trazado sobre una mesa de piedra en el refugio subterráneo —. Los boreanos son metódicos. Cada tres ciclos diurnos, sus fuerzas de tierra envían un paquete cifrado de actualización de estado y consumo de recursos al buque insignia, para que este lo retransmita en la ventana orbital hacia Boreas.

—¿Y qué ganamos con interceptar o alterar ese paquete, maestro? —preguntó Iam, cruzándose de brazos, escéptico y esperanzado a la vez.

—Ganamos tiempo y confusión —respondió Urungal—. La baliza de la meseta norte concentra los informes que las unidades terrestres envían al buque insignia antes de que este los retransmita a Boreas. Si tomamos el control de ese punto, podremos sustituir un informe de situación por otro falso: haremos creer al Alto Mando que la ocupación está estabilizada y que no necesita enviar refuerzos. No controlaremos sus decisiones, pero podremos influir en la información que las alimenta. En paralelo, difundiremos avisos falsos sobre fallas de energía y suministros para obligar a las unidades terrestres a dispersarse y verificar sus instalaciones.

No lo había deducido él. Lo había medido Lena, con cuarenta noches de escucha y un montón de cortezas anotadas, y Urungal lo dijo en voz alta ante todos los presentes para que nadie olvidara quién había hallado el punto débil.

El plan no podía alterar a voluntad cualquier transmisión ni engañar indefinidamente a una flota tecnológicamente superior. Su objetivo era más limitado: introducir un informe falso en el flujo de datos de una baliza terrestre y explotar el tiempo que transcurriría antes de que las contradicciones pudieran comprobarse.

. . .

LA EJECUCIÓN SE FIJÓ para la noche en que la luna menor de Aethel cruzara el cenit, proyectando sombras alargadas sobre la llanura helada. Iam, al frente de un grupo de jóvenes aethelianos entrenados en el sigilo y guiados por las precisas instrucciones técnicas de Urungal, se deslizó a través de los perímetros de seguridad del campamento boreano.

Tuvo que esperar tres horas inmóvil, bajo una piel blanca extendida sobre la escarcha, a veinte pasos de un centinela que se frotaba las manos para entrar en calor. Iam, el peor alumno en paciencia, descubrió aquella noche que la paciencia no era una virtud que se tuviera o se dejara de tener, sino un músculo; y que el suyo había crecido sin que él lo notara, a lo largo de tres inviernos de guardias en una terraza de piedra.

A la tercera hora, el centinela se detuvo a diez pasos de él y orinó contra una roca, bostezando. Iam sintió el vapor en la cara, bajo la piel blanca, y apretó los dientes hasta que le dolió la mandíbula. El hombre se abrochó, miró el cielo y volvió a su puesto. Faltaba menos de un minuto para la ventana de transmisión, y Iam todavía no se había movido.

El módulo era obra de Lena: una caja de cobre y cristal del tamaño de un puño que hablaba el idioma de los paquetes de oído, imitando, a ciegas, el chillido de cuarenta segundos que llevaba semanas escuchando. No entendía lo que decía. Le bastaba con que sonara igual.

Con las herramientas recuperadas de un taller de mantenimiento, los insurgentes conectaron el módulo de Lena a la terminal de la baliza. No descifraron toda la red boreana: aprovecharon una vulnerabilidad del procedimiento local, que aceptaba como auténticos los paquetes de estado validados por aquella terminal. Copiaron la estructura de un informe anterior y alteraron los indicadores de abastecimiento y control territorial. El sistema registró el paquete como una actualización rutinaria antes de retransmitirlo.

De regreso en el refugio del sur, cuando Urungal analizó los códigos sustraídos, supo que el golpe había dado en el blanco.

La confirmación no llegó de inmediato. El informe adulterado recorrió la distancia hasta Boreas y fue incorporado a los sistemas automáticos como una actualización favorable de la situación en Aethel. La respuesta, que tardó más de tres días en regresar, se refería a ese informe ya recibido; no era una reacción instantánea a los acontecimientos que seguían desarrollándose en el planeta. Los comandantes de Aethel contestaban a un retrato viejo, y el Alto Mando de Boreas, a un retrato falso de un retrato viejo.

La noticia pasó de una comunidad a otra. Algunos aethelianos empezaron a preguntarse si aquellos seres que descendían del cielo conocían realmente el mundo que pretendían gobernar. Otros dejaron de esperar sus órdenes.

En el campamento del norte, el sargento Teyl recibió la respuesta de Boreas, que felicitaba a la guarnición por «la estabilización completada del sector», y la leyó dos veces. Después abrió una libreta de campo que nadie le había pedido, escrita a lápiz, donde llevaba la cuenta real de cada litro de agua hervida, de cada baliza perdida y de cada soldado enfermo, y anotó debajo, con letra muy pequeña, la fecha y la palabra *falso*. Era el primer registro veraz de la ocupación. Nadie lo leería durante muchos años.

En el campamento del norte, el Comandante empezó a ver cómo los partes chocaban con lo que encontraban las patrullas. Un informe exacto lo obligaría a reconocer que la operación se había estancado y que sus decisiones habían agravado la resistencia. Autorizó entonces que los retrocesos se describieran como ajustes locales y las pérdidas como costes previstos. Sus subordinados siguieron el ejemplo, unos por lealtad y otros por miedo. Las solicitudes de refuerzos se presentaron como necesidades temporales, no como síntomas de una ocupación que se deshacía.

La guerra entraba en una fase decisiva. Urungal sabía que el engaño no bastaría por sí solo: antes de que Boreas pudiera contrastar los informes con la realidad, la resistencia tendría que demostrar que la ocupación ya no podía sostenerse.

CAPÍTULO XIX

# El colapso de los falsos dioses

AL APROXIMARSE EL FINAL del segundo año de campaña, los sabotajes y los informes adulterados empezaron a converger. En Boreas, los mandos locales seguían presentando la ocupación como controlada; sobre Aethel, las fuerzas desplegadas tenían cada vez más dificultades para sostener sus puestos avanzados. La distancia no impedía las comunicaciones entre la flota en órbita y las unidades terrestres. Lo que se había degradado era la fiabilidad de los informes enviados a Boreas y la capacidad de las fuerzas terrestres para coordinarse.

—Desplegaremos las unidades disponibles hacia el sur —dijo el Comandante, mirando las proyecciones de las posiciones que ya no podían abastecer—. No lo llamaremos una victoria: será el último intento de recuperar una posición que todavía podamos justificar.

Urungal había previsto la posibilidad de aquella ofensiva, aunque sabía que ningún plan podía anticipar cada movimiento del enemigo.

Desde las alturas del cañón principal, flanqueado por Iam y los líderes de las distintas células insurgentes, observaba cómo la columna mecanizada de los invasores se adentraba en la trampa definitiva. Esta vez no se trataba de una simple escaramuza de desgaste; era una movilización general y coordinada de todo el planeta. La red descentralizada no había nacido durante la guerra. Urungal llevaba décadas fomentando la cooperación entre comunidades y preparando a nuevas generaciones, y los dos años de campaña abierta habían convertido ese trabajo en una estructura capaz de compartir información y seguir actuando aunque una célula quedara aislada.

La víspera, Iam había subido de noche a la cresta con seis escaladores. Los repetidores portátiles que enlazaban a las patrullas con el mando eran cuatro mástiles de aleación ligera clavados en la roca, y cada uno tenía a su pie un centinela con una linterna y la costumbre de no mirar hacia arriba. Iam eligió el más alto. Trepó descalzo, con los dedos de los pies agarrados a las grietas, y se detuvo a tres palmos de la antena a esperar que el centinela diera su ronda. Una piedra se soltó bajo su pie y cayó, rebotando, hasta los pies del hombre, que levantó la linterna. Iam se quedó inmóvil, pegado al mástil, con el corazón golpeándole los oídos, y pensó en una terraza de piedra y en tres inviernos de guardias. El centinela miró la piedra, miró el cielo, se frotó las manos y siguió su camino. Iam cortó el cable de alimentación con el cuchillo de obsidiana, y la luz roja del mástil se apagó como un ojo que se cierra. Dos de los siete no volvieron. Sera dijo sus nombres al amanecer, antes de que nadie se lo pidiera.

Cuando la columna entró en el cañón, los boreanos tardaron minutos en comprender que no había nadie al otro lado de sus órdenes. El combate cuerpo a cuerpo estalló con una intensidad desoladora. Los soldados boreanos, equipados con armaduras de alta resistencia pero atrapados en un entorno hostil que no comprendían, se vieron superados por la cohesión de los aethelianos y su conocimiento del terreno. Cada célula sabía lo que tenía que hacer sin esperar a que nadie se lo dijera, y lo hacía: una cortaba el paso con un montón de troncos ardiendo, otra caía desde lo alto con redes, otra, en los flancos, se llevaba los depósitos de agua de los vehículos inmóviles. Hubo un momento, hacia el mediodía, en que el barro del fondo era una sola masa de cuerpos, de gritos y de cuerdas, y Urungal, desde la cresta, no habría podido decir quién ganaba. La red no cayó por completo, pero varias unidades quedaron aisladas justo cuando más necesitaban coordinarse, y esa fue la diferencia: no la fuerza de los aethelianos, sino el silencio de los boreanos, que ya no sabían qué se esperaba de ellos.

. . .

En medio del fuego cruzado, el Comandante boreano avanzó con un pelotón hacia la cresta donde se encontraba Urungal. No buscaba un duelo heroico; creía que capturar al desertor le permitiría demostrar que aún controlaba la operación. Si regresaba con Urungal, podría presentar la campaña como un problema de mando resuelto y no como el fracaso de una estrategia concebida en Boreas.

—Urungal —dijo, apuntándole con el rifle de energía—. Podrías haber vuelto y explicado tus motivos. En cambio, me has dejado años de informes contradictorios y una operación que nadie en Boreas quiere asumir. Si te entregas, quizá pueda detener esto antes de que mueran más soldados.

Urungal observó al hombre que tenía delante. Bajo la armadura no veía un monstruo, sino a alguien atrapado en la misma maquinaria de obediencia que él había abandonado, aunque el Comandante todavía eligiera protegerla.

—No eres el primero que teme rendir cuentas —dijo—. Pero has seguido obedeciendo a un sistema que te exige ocultar la verdad para conservar tu puesto. No puedes gobernar un mundo con informes que nadie se atreve a escribir con honestidad.

Antes de que el oficial pudiera accionar el gatillo, Urungal levantó el bastón. Era la señal. Abajo, en un saliente de la ladera, Dael esperaba con las manos cruzadas sobre una palanca de fresno, y era la misma mano que, meses atrás, había dicho que los dioses no se rompen con una piedra. Tiró de la palanca. Los cables tensores instalados durante las semanas previas liberaron una avalancha controlada de rocas y sedimentos que cortó el paso y derribó a los soldados, y Dael descubrió, mientras la ladera se desprendía con un trueno largo, que los dioses sí se rompían: con muchas. El Comandante quedó atrapado y desarmado, sin poder dar órdenes.

A su alrededor, el estruendo de la batalla comenzó a apagarse. Con el comandante capturado y varias unidades de enlace destruidas, las fuerzas terrestres perdieron coordinación. Algunos soldados depusieron las armas; otros se replegaron hacia las zonas fortificadas. La flota en órbita seguía operativa, pero recuperar el terreno exigía nuevas operaciones y

exponía las instalaciones que debía proteger. La demora de las comunicaciones no decidió la batalla: permitió que los informes falsos condicionaran las decisiones tomadas en Boreas mientras la resistencia desarticulaba la ocupación.

Hubo, en esas horas, un momento que Urungal no vio y que Iam le contaría después. En la boca del cañón, un joven de los pastores del este, con la camisa rasgada y los nudillos abiertos, se erguía sobre un soldado boreano herido con una piedra en la mano alzada. El soldado, que tenía una pierna doblada de una manera imposible, no pedía clemencia: miraba la piedra con una curiosidad cansada. Iam llegó corriendo, con el aliento roto, y no gritó. Se agachó junto al herido y le preguntó en la lengua del sur, y luego otra vez en la de Boreas, de la que solo recordaba lo que había aprendido del maestro:

—¿Cómo te llamas?

—Hedar —dijo el soldado, tras un silencio—. De Marn.

El joven del este bajó la piedra. No dijo nada. Parecía que acabara de descubrir que no sabía qué se hace con un nombre.

—Lo mismo que hicieron con los otros —dijo Iam, y le tendió la mano para ayudarlo a levantarse—. Se dice en voz alta. Y se sigue.

Desde la órbita, las naves de Clase Borth seguían siendo una amenaza formidable. Sin embargo, la segunda invasión había perdido su objetivo militar: las fuerzas terrestres ya no podían asegurar los yacimientos ni garantizar la extracción de recursos. Un bombardeo indiscriminado habría destruido precisamente aquello que justificaba la expedición. La flota conservaba su potencia de fuego, pero ya no podía imponer una ocupación estable.

Al Comandante lo sacaron de entre las rocas Iam y otros tres jóvenes que, un instante antes, habrían querido verlo enterrado. Tenía una pierna rota y la mirada de un hombre que acaba de perder el único argumento que le quedaba. Urungal ordenó que lo curaran con las medicinas que Boreas había traído a Aethel, y que nadie le hablara de rendición. Cuando el prisionero preguntó por qué, Urungal le contestó que no había a quién rendirse: solo una pierna que arreglar. Era una respuesta de maestro y de desertor, y el Comandante, que había pasado la vida entre formularios, no supo en qué casilla archivarla.

En el cuartel general del norte, a cuarenta kilómetros del cañón, Orvane había seguido la batalla en una pantalla hasta que la pantalla dejó de mostrar nada. Los indicadores de la columna se apagaron uno a uno, como velas en una corriente de aire. El ayudante de turno, un oficial joven con la voz demasiado aguda para su rango, preguntó qué debía registrar.

—Que hemos perdido el contacto —dijo Orvane.

—El protocolo exige especificar la causa, señor.

—Entonces espere a conocerla. —Se levantó. Junto a la ventana, en una maceta de resina, había una planta trepadora que había cuidado durante cuatro siglos y que dejaba de parecerle un recuerdo y empezaba a parecerle una obligación—. Prepare una lanzadera.

—¿Con qué autoridad, señor?

—Con la de haber tardado cuatrocientos años en decidirme.

—No hay protocolo para parlamentar con...

—Entonces escríbalo usted —dijo Orvane, y tomó la maceta bajo el brazo—. Será el primero.

. . .

DOS DÍAS DESPUÉS, UN oficial boreano ascendió solo la ladera del cañón con las manos vacías y una maceta de resina bajo el brazo. Los centinelas aethelianos lo detuvieron. Cuando Urungal bajó a su encuentro, reconoció primero los ojos: dos puntos de ámbar en un rostro que los siglos no habían tocado y que, sin embargo, parecía mucho más cansado que en el mirador de los astilleros.

—Soy el segundo al mando —dijo el oficial—. Vengo a negociar la retirada de lo que queda. Tú tienes al Comandante y yo tengo las naves; ninguno de los dos quiere más muertos. —Se detuvo y añadió, sin cambiar de tono—: Nunca supiste mi nombre, cadete. Es Orvane.

—Nunca me lo dijo, mi comandante.

—Nunca me lo preguntaste, y yo nunca lo ofrecí. En esta flota los nombres llegan tarde, como todo. —Hizo una pausa—. ¿Cuánto tiempo estuviste mirándome desde el bosque aquel día?

—Lo bastante.

—Entonces ya sabías que lo sabía. —El veterano miró la maceta que llevaba en las manos—. Firmé «fauna local» porque los informes existen para que alguien los firme, y preferí firmar una mentira que no dañara a nadie. He pasado cuatro siglos viendo a otros firmar mentiras que dañaban a todos. —Levantó la vista—. Hoy voy a escribir el primer informe honesto de mi carrera. Cuando llegue a Boreas, tardará treinta y ocho horas y cuarenta y nueve minutos en leerse, y ya no habrá manera de decir que no se sabía.

Entregó la maceta a Urungal. Era la misma trepadora, más alta, con una raíz que había rebasado el borde del recipiente.

—No pide informes —dijo Orvane—. Quédate con ella. Allá no tengo dónde plantarla.

EPÍLOGO

# El legado del maestro

MUCHOS CICLOS DESPUÉS DE la retirada de la segunda flota boreana, cuando sus naves ya eran parte de las historias que los ancianos contaban bajo las estrellas, el valle del sur de Aethel conservaba una paz distinta, ganada y defendida por sus habitantes.

Las naves de Clase Borth no volvieron a Aethel. Durante un tiempo, los informes sostuvieron que la resistencia estaba contenida y que la explotación comenzaría después de algunos ajustes de seguridad. Los mandos locales habían minimizado las pérdidas para proteger sus carreras; sus superiores aceptaron esa versión porque les permitía aplazar una decisión costosa. Cuando los responsables de minería y comercio exigieron garantías concretas —protección de los trabajadores, acceso a los yacimientos y volúmenes verificables—, los documentos dejaron de encajar. Los registros logísticos revelaron pérdidas y retrasos que ningún cambio de vocabulario podía ocultar, y entre ellos figuraba el informe de un oficial veterano, el primero en cuatro siglos de servicio que no maquillaba nada. Junto a él se abrió también una libreta de campo, escrita a lápiz por un sargento de suministros, que registraba sin adjetivos cada litro de agua hervida. Las previsiones se aplazaron varias veces y, finalmente, los preparativos se detuvieron. Boreas tenía otros mundos que explorar y otros proyectos que financiar; Aethel dejó de figurar entre sus prioridades.

En la superficie del planeta, la vida siguió su curso natural. Los aethelianos aprendieron a forjar sus propios metales, a interpretar los ciclos del cielo sin supersticiones y a construir una civilización basada en la cooperación y el conocimiento mutuo. Los sacerdotes de la pregunta cambiaron de oficio sin cambiar de nombre, y las estatuas de los Descendidos quedaron en las plazas como se conservan los fósiles: sin culto, pero sin olvido. Sera murió en una noche de lluvias largas, rodeada de niños, después de transmitir a su heredera las genealogías, los nombres de los vientos y la primera pregunta. Antes de morir añadió, por última vez, algo nuevo a lo que había recibido: una lista con los nombres de los muertos de la guerra, de ambos bandos, dichos en el mismo tono. Entre ellos figuran los de un muchacho de la ciudad de Marn y los de catorce hombres y mujeres que murieron en un campamento, casi cuatro siglos antes. Nadie en el valle pregunta ya por qué están allí.

Iam enseñó poleas y paciencia, en ese orden, y se hizo célebre por discutir con todo el que viniera, incluido el propio Urungal, hasta una edad que nadie recuerda. Lena heredó la terraza, y los ojos se multiplicaron hasta ser treinta; en el mayor sigue montada la lente que pulió en la noche en que dudó, y que sigue estando bien. Dael bajó con un rebaño nuevo al

valle del Ilun, y se cuenta que fue el primero en llevar a sus nietos a ver la estatua y en decirles que lo único que tenía de dios era el basalto. Nera y Pael abrieron una escuela de oficios donde el primer día se explica cómo funciona cada cosa antes de usarla.

Y en medio de ellos, inmune al paso implacable de los años y a la decadencia biológica, continuaba Urungal.

Ya no se ocultaba: en el valle todos sabían quién era y de dónde había venido, y lo trataban con un respeto que él había aprendido a aceptar sin dejar que se volviera culto. Para los niños que crecían corriendo por los senderos del valle, él seguía siendo simplemente el maestro: el anciano de mirada serena que les enseñaba matemáticas, astronomía y la historia de cómo un mundo entero aprendió a defender su propia libertad. Junto a la tumba de Anya, entre las raíces del Ilun, crecía una trepadora que no figuraba en ninguna genealogía de Aethel, y que él podaba con cuidado cada estación.

A veces, al caer la tarde, se sentaba solo en la cresta de la colina y miraba hacia el punto del cielo donde brillaba Helios Beta. Ya no confundía la paz con la ausencia de dolor. Al cerrar los ojos, el rostro de Anya seguía nítido: no como una herida que el tiempo hubiera borrado, sino como parte de la vida que había elegido y de la libertad que ayudó a hacer posible.

Una tarde, al terminar la lección, una niña de ojos atentos levantó la mano. Había escuchado la historia entera, la de los dioses que no lo eran, la de la luz que tarda y la del mundo que aprendió a preguntar, y la pregunta le salió como sale en el valle, desde hace siglos, al final de todo relato.

—Maestro —dijo—. ¿Lo crees?

Urungal tardó en responder. Había oído esa pregunta una vez de labios de una mujer, junto a un fuego, y no había sabido qué contestar. Miró a los niños, la colina, el río que cambiaba de voz antes de la lluvia.

—Sí —dijo.

Fue la primera vez que lo decía sin recitar. Era la respuesta que le había debido a Anya durante más de trescientos años.

Aethel ya no era un mundo mudo. Sus voces, libres y conscientes, resonaban en el cosmos. Bajo el cielo abierto, las nuevas generaciones aprendían a mirar las estrellas sin confundir el poder con la verdad.

F I N

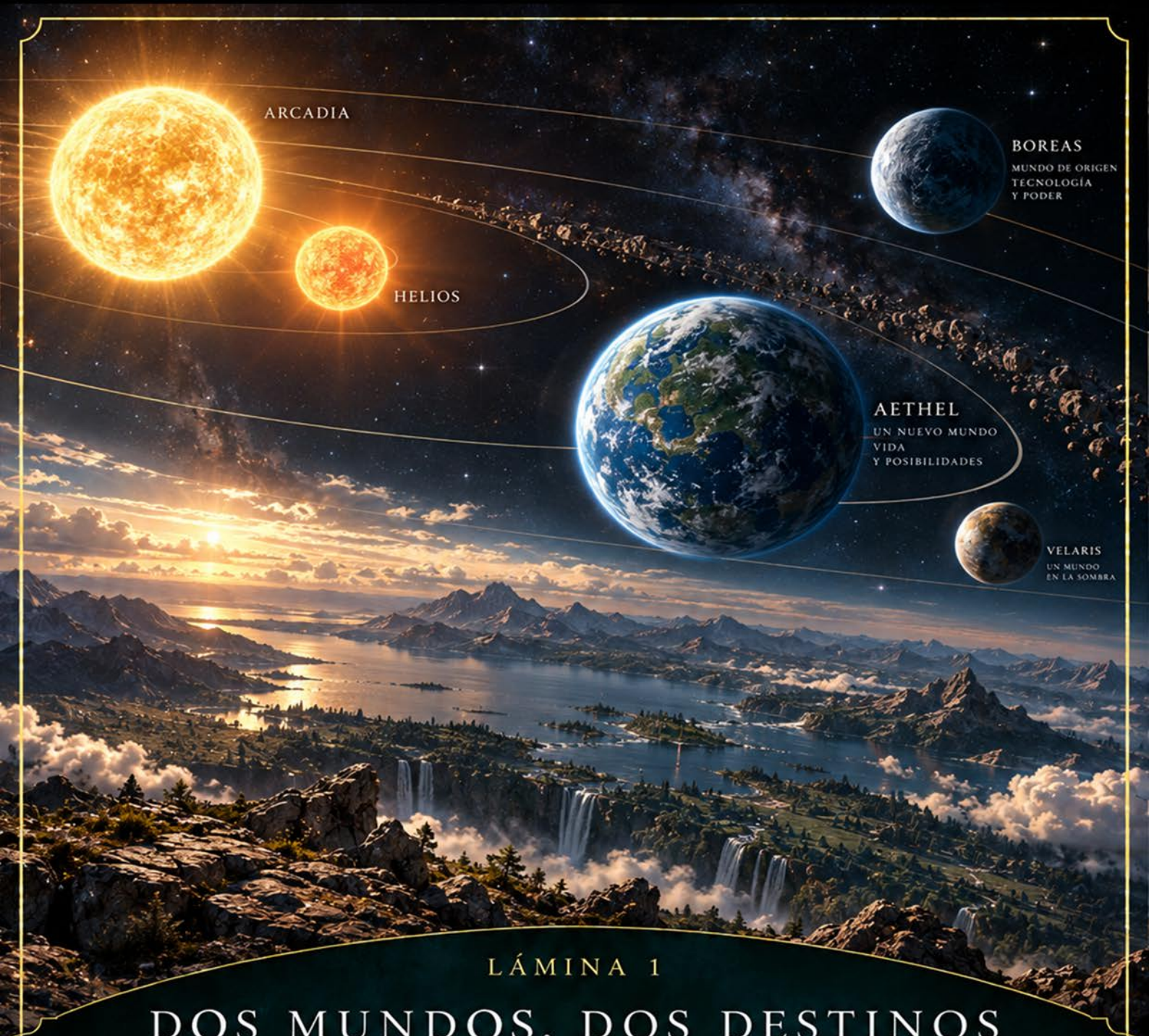



LÁMINA 1

# DOS MUNDOS, DOS DESTINOS

## PRÓLOGO

En el sistema Arcadia-Helios, dos estrellas amarillas iluminan un pequeño grupo de mundos separados por enormes distancias. Sus órbitas estables han permitido el desarrollo de civilizaciones distintas, sin que sus caminos se cruzaran... hasta ahora.

Boreas, un planeta frío y rico en recursos, alcanzó un alto nivel de desarrollo tecnológico. Convencido de su superioridad, considera que su destino es expandir su dominio más allá de sus fronteras.

Aethel, un mundo más cálido y vibrante, alberga ecosistemas complejos y una humanidad en armonía con su entorno. Sus habitantes desconocen que no están solos.

Velaris, en la sombra de las estrellas, permanece como un testigo silencioso.

Entre estos mundos se extiende un océano de espacio, tiempo y posibilidades. En esa inmensidad comienza una historia de encuentro, ambición y resistencia, que cambiará para siempre el destino de sus pueblos.

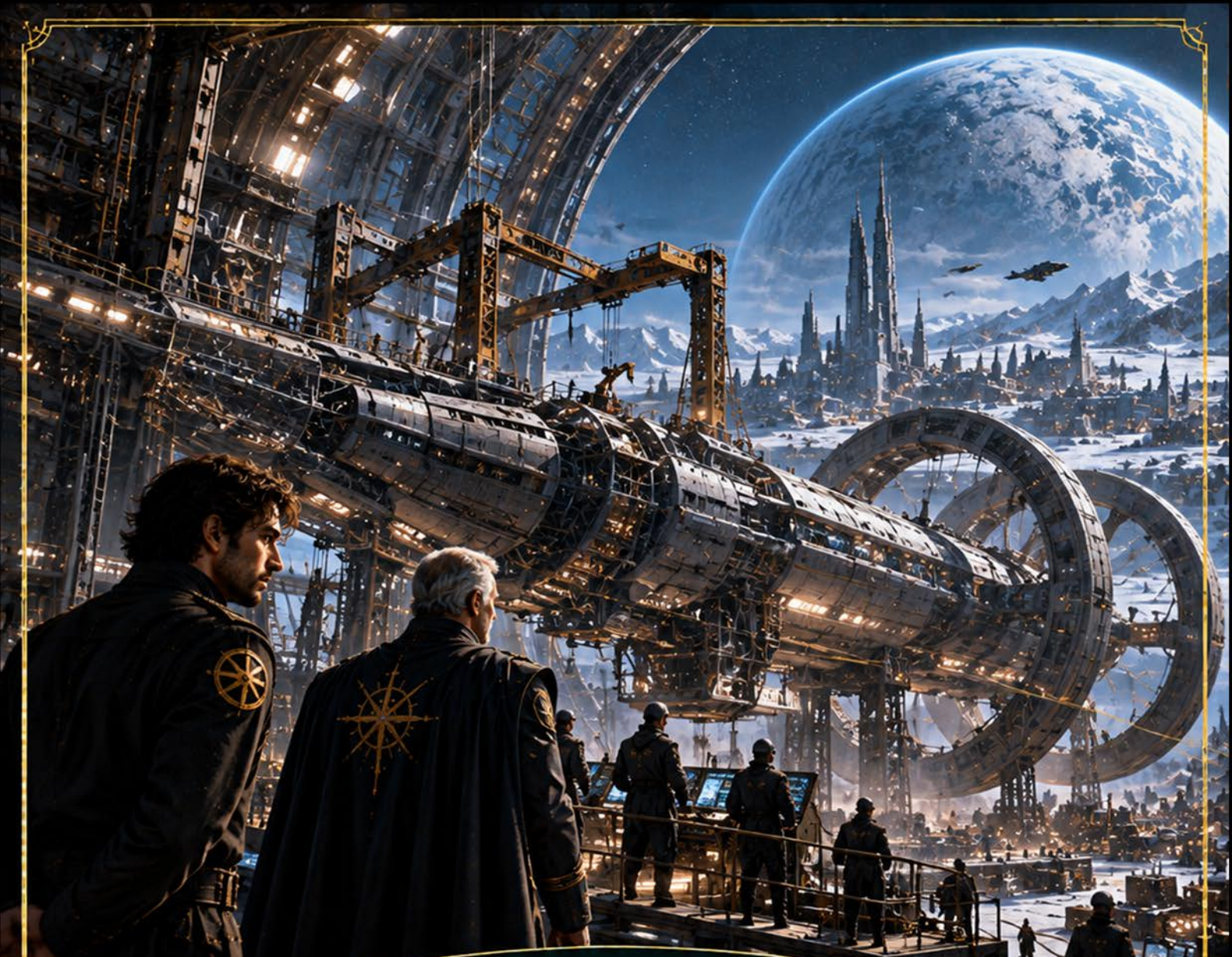


LÁMINA 2

# LOS ASTILLEROS DE BOREAS

## CAPÍTULO I

En Boreas, la construcción de la E.I.S. *Aethelgard* avanza en los astilleros orbitales. La inmensa nave de Clase Borth ha sido diseñada para recorrer grandes distancias y sostener una expedición de largo plazo.

Su estructura, con anillos de hábitat, módulos de producción y hangares de descenso, refleja la capacidad tecnológica de una civilización que domina la energía, la genética y la ingeniería espacial.

Urungal observa el trabajo con atención. Conoce bien el objetivo oficial de la misión, pero durante una conversación con su comandante comprende la verdad que se oculta tras sus palabras: no se trata de un encuentro entre iguales, sino de la expansión del dominio de Boreas hacia un mundo que no les pertenece.

La magnificencia de la *Aethelgard* contrasta con la frialdad de su propósito. Mientras la nave toma forma, Urungal debe decidir qué lugar ocupará en una expedición que cambiará para siempre su destino.




LÁMINA 3

# LA DOCTRINA

## CAPÍTULO II

En la Academia Militar de Boreas, los oficiales reciben una formación que combina estrategia, ingeniería, modificación genética y control social. La expansión hacia otros mundos se presenta como una misión civilizadora y un derecho natural de su pueblo.

El sistema Arcadia-Helios es un objetivo prioritario. Aethel, con su riqueza en recursos y una humanidad sin desarrollo tecnológico, es considerado un territorio disponible para su integración en eli dominio de Boreas.

La superioridad tecnológica se apoya en naves de gran alcance, armas avanzadas, implantes neuronales y soldados genéticamente mejorados. La resistencia, si existe, se anticipa como un obstáculo temporal.

Para la mayoría de los oficiales, la ocupación de Aethel es un paso más en la historia de expansión de Boreas. Para Urungal, estas enseñanzas comienzan a generar preguntas que no puede ignorar.



LÁMINA 4

# LA PARTIDA

CAPÍTULO III

La E.I.S. *Aethelgard* abandona la órbita de Boreas e inicia su travesía hacia el sistema Arcadia-Helios. Su potente propulsión de fusión impulsa la nave de Clase Borth en un viaje que se extenderá durante veinticuatro meses.

Diez naves de descenso, cargadas con tropas, suministros y tecnología de pacificación, forman parte de la misión. Dos permanecerán en la nodriza como enlace y apoyo estratégico durante la operación en Aethel.

Mientras Boreas se aleja, Urungal observa por última vez el planeta que ha sido su hogar. Conoce el objetivo oficial de la expedición, pero también la verdadera naturaleza de la misión, revelada por su comandante: no se trata de un encuentro entre iguales, sino de la expansión del dominio de Boreas sobre un mundo que no les pertenece.

La partida marca un punto de no retorno. La inmensa distancia que ahora se abre entre ambos mundos convertirá esta decisión en una realidad irreversible, con consecuencias que alcanzarán mucho más allá de esta nave.


















LÁMINA 5

# VEINTICUATRO MESES

## CAPÍTULO III

La E.I.S. *Aethelgard* abandona definitivamente el sistema de Boreas y comienza su travesía hacia Arcadia-Helios. La potente propulsión de fusión acelera la nave durante los primeros meses, hasta alcanzar la velocidad de crucero.

Durante dieciocho meses, la vida a bordo se desarrolla en los módulos habitables giratorios. Oficiales, soldados, técnicos y personal de apoyo siguen una rutina estricta entre entrenamientos, trabajo, estudios y periodos de descanso.

El largo viaje ofrece a Urungal tiempo para observar, aprender y reflexionar. A medida que la distancia con Boreas aumenta, la misión se vuelve más real y sus implicaciones más profundas.

En el punto medio de la travesía, la nave realiza un giro para iniciar la fase de frenado. Los últimos meses transcurren en preparación para la llegada a Aethel, mientras la tripulación completa los procedimientos de descenso y la verificación de los sistemas de la misión.

Veinticuatro meses separan dos mundos. Un tiempo suficiente para cambiar la perspectiva de quienes viajan, pero no para alterar el destino que los ha traído hasta aquí.




LÁMINA 6

# EL MUNDO SILENCIOSO

## CAPÍTULO IV

Tras veinticuatro meses de travesía, la E.I.S. Aethelgard llega al sistema Arcadia-Helios y se aproxima a Aethel. Desde la órbita, el planeta revela un mundo vivo y sorprendente.

Los sensores confirman una atmósfera respirable, abundantes océanos, continentes de gran extensión y una extraordinaria diversidad de ecosistemas. La presencia de agua, vegetación y actividad biológica indica un planeta habitable.

Las imágenes muestran montañas, bosques, ríos y llanuras, sin señales de grandes construcciones ni de actividad tecnológica. No se detectan emisiones electromagnéticas de sus habitantes.

Aethel es un mundo habitado, pero silencioso, que vive al margen de la tecnología y del alcance de las demás civilizaciones del sistema.



LÁMINA 7

# EL DESPLIEGUE

CAPÍTULO IV

Diez naves de descenso abandonan la E.I.S. Aethelgard y se dirigen hacia la superficie de Aethel. Transportan tropas, suministros, vehículos y la tecnología de pacificación destinada a establecer el primer enclave de la expedición.

Dos naves permanecen en la nodriza como enlace estratégico, en comunicación con Boreas y con las fuerzas desplegadas en el planeta.

Los puntos de descenso han sido seleccionados por su valor táctico y por el acceso a recursos básicos. El objetivo es asegurar el control de la zona, establecer bases operativas y preparar la fase de ocupación.

Desde la altura, Urungal observa el despliegue. Sabe que este es solo el comienzo. Para los habitantes de Aethel, la llegada de estas naves representa un acontecimiento sin precedentes, y sus verdaderas intenciones aún permanecen ocultas bajo el discurso de una misión civilizadora.



LÁMINA 8

# LOS FALSOS DIOSES

## CAPÍTULO IV

La llegada de los boreanos causa un impacto profundo entre los habitantes de Aethel. Sus naves, su tecnología y sus uniformes son interpretados por muchos como una manifestación de poderes superiores.

La expedición aprovecha esta percepción para presentarse como portadora de un conocimiento más avanzado y de un orden superior. El discurso oficial habla de una misión civilizadora, pero su verdadero objetivo es establecer control, facilitar la extracción de recursos y preparar la ocupación del planeta.

El primer contacto es cuidadosamente planificado. Se distribuyen bienes, se demuestran capacidades tecnológicas y se establecen los primeros asentamientos bajo protección militar. La combinación de asombro, confianza y dependencia forma parte de una estrategia de sometimiento.

Para los habitantes de Aethel, la llegada de los boreanos marca el inicio de una transformación que ninguno de ellos puede anticipar en toda su magnitud.



LÁMINA 9

# EL PRIMER ENCUENTRO

CAPÍTULO IV

Los boreanos establecen los primeros asentamientos y se inician los contactos directos con los habitantes de Aethel.

Urungal participa en las reuniones con los líderes locales, acompañado por intérpretes y equipos de apoyo. Se ofrecen bienes, herramientas y conocimientos a cambio de cooperación, presentando la presencia boreana como una oportunidad de progreso y protección.

Los habitantes observan con cautela. La tecnología, los uniformes y las naves despiertan admiración y temor. Para muchos, los boreanos parecen poseer un poder que trasciende su comprensión, alimentando la idea de que podrían ser seres superiores o de origen divino.

Detrás de los gestos de amistad y los intercambios iniciales, la expedición avanza en su verdadero objetivo: obtener el control de los recursos, recopilar información sobre el planeta y preparar la siguiente fase de la ocupación.



LÁMINA 10

# LOS RUMORES

## CAPÍTULO IV

A medida que los boreanos se establecen en los primeros asentamientos, la presencia de sus naves, sus uniformes y su tecnología genera asombro entre los habitantes de Aethel.

Los intercambios iniciales —alimentos, herramientas y conocimientos— dan lugar a rumores que se extienden rápidamente de aldea en aldea. Algunos ven a los boreanos como aliados y benefactores; otros comienzan a sospechar de sus verdaderas intenciones.

Urungal observa la situación con creciente inquietud. Percibe señales de desconfianza entre la población y advierte que la aparente cooperación es frágil y depende del impacto de la tecnología y del control de los recursos.

Los boreanos registran la información obtenida y evalúan la reacción de los habitantes como parte de su estrategia de ocupación. Detrás de los gestos de ayuda y los discursos de una misión civilizadora, avanza un plan más profundo y sistemático.

En los bosques y en las aldeas, las miradas cautelosas y las conversaciones en voz baja revelan que, para muchos, los recién llegados aún son un misterio. El asombro inicial comienza a dar paso a preguntas, dudas y a un silencio que anticipa los desafíos que vendrán.



LÁMINA 11

# LA ALERTA

CAPÍTULO IV

Con el paso de los días, los boreanos consolidan su presencia en la zona. Se establecen campamentos fortificados, torres de vigilancia y patrullas permanentes para asegurar el perímetro y controlar los movimientos de los habitantes de Aethel.

Las actividades cotidianas de las aldeas continúan, pero la presencia militar y la recolección de información generan una creciente tensión. Los boreanos observan, registran y analizan las costumbres, la organización y los recursos del planeta.

Urungal percibe un cambio en el ambiente. Los rumores sobre la verdadera misión de la expedición se intensifican entre la tropa, y algunos incidentes menores con los habitantes aumentan la desconfianza mutua.

Las naves permanecen en órbita y las comunicaciones con Boreas continúan. Mientras tanto, en los asentamientos, la aparente calma oculta una situación cada vez más frágil, en la que cualquier malentendido puede convertires en un conflicto.

La expedición sigue adelante con su plan, pero para Urungal comienza a ser evidente que la ocupación de Aethel será mucho más compleja de lo que se había previsto.



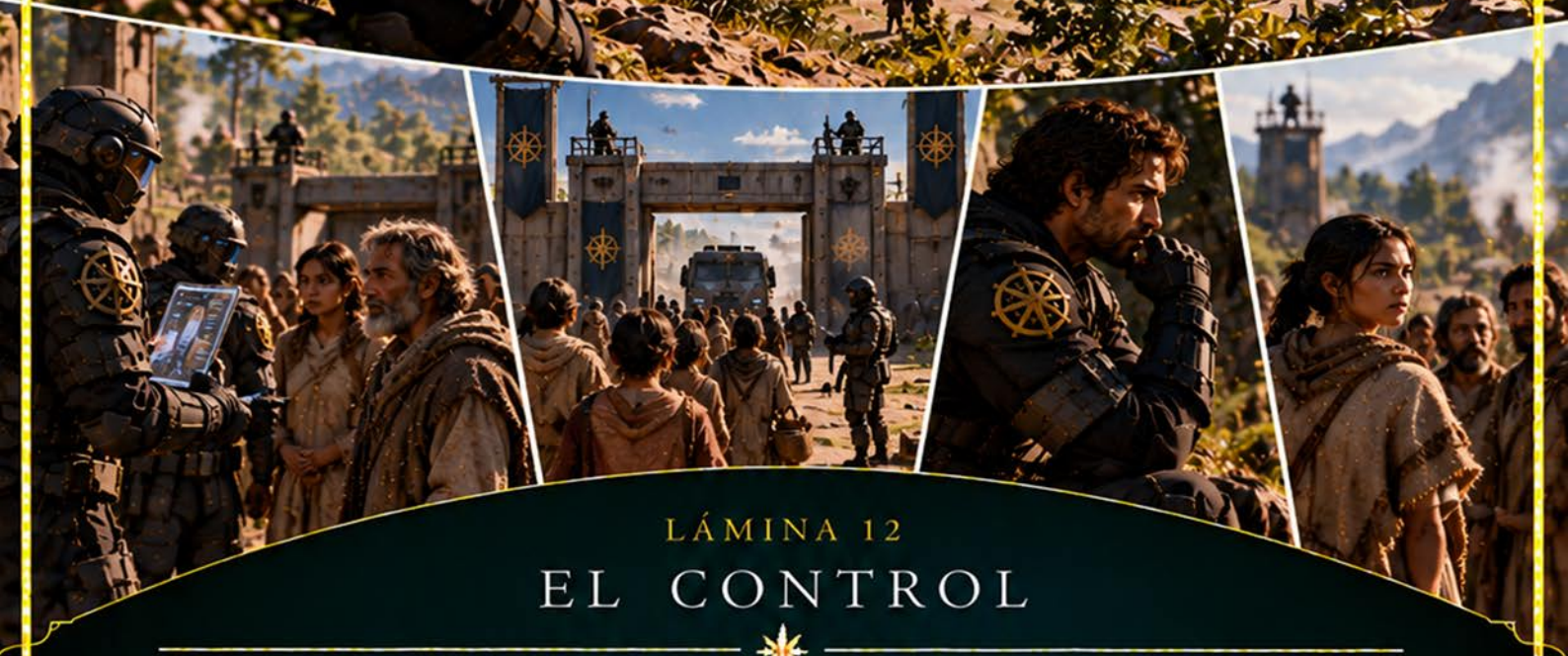


LÁMINA 12

# EL CONTROL

## CAPÍTULO IV

La presencia boreana deja de ser una novedad y se convierte en una estructura permanente. Se establecen puestos de control, se limitan los movimientos entre aldeas y se regula el acceso a los recursos del territorio.

Bajo el discurso de la protección y la cooperación, se implementan registros de población, permisos de desplazamiento y zonas restringidas. Las patrullas supervisan los caminos y vigilan las comunidades, mientras se instalan sistemas de comunicación y vigilancia desconocidos para los habitantes de Aethel.

Las actividades tradicionales se ven afectadas por nuevas normas y por la requisición de alimentos, materiales y mano de obra. La dependencia de la tecnología boreana aumenta y con ella la sensación de pérdida de autonomía.

Urungal observa cómo la ocupación avanza de manera silenciosa pero sistemática. Lo que comenzó como una misión civilizadora se revela cada vez más como un proceso de control, en el que la cooperación aparente oculta una estrategia más profunda.

Entre los habitantes crece la inquietud. Algunos intentan adaptarse, otros mantienen la esperanza de que la situación cambie, y un grupo cada vez mayor comienza a cuestionar las verdaderas intenciones de los boreanos.



LÁMINA 13

# LA SOMBRA EN EL CIELO

## CAPÍTULO V

Años después de la primera expedición, el cielo de Aethel se oscurece con la llegada de la Segunda Flota. Tres naves nodrizas de Clase Borth emergen en el horizonte, acompañadas por escoltas y transportes, y se posicionan sobre el planeta.

Para Urungal, la visión confirma lo que había anticipado: la presencia boreana no era una misión temporal, sino el inicio de una ocupación a largo plazo. La magnitud de la flota revela que Boreas ha decidido incrementar su control sobre Aethel, con nuevos recursos, más tropas y una estrategia más ambiciosa.

Entre los habitantes se extiende la inquietud. Muchos recuerdan las promesas de la primera expedición y se preguntan qué traerán ahora estas naves colosales. La llegada de la Segunda Flota marca el fin de una etapa de aparente cooperación y el comienzo de una realidad más dura y compleja.

Urungal observa en silencio, consciente de que la sombra en el cielo anuncia tiempos de grandes cambios, y de que el verdadero propósito de Boreas se revelará en los días que siguen.



LÁMINA 14

# EL NUEVO ORDEN

## CAPÍTULO V

La Segunda Flota desciende sobre Aethel y el paisaje cambia. Las tres naves nodrizas de Clase Borth despliegan tropas, vehículos y cargamentos en una operación que no tiene precedentes. El suelo tiembla con el rugido de los motores, y el horizonte se llena de un movimiento que anuncia una presencia mucho mayor y permanente.

Los boreanos establecen nuevas bases, amplían las instalaciones y refuerzan los puntos estratégicos. Llegan especialistas, ingenieros, administradores y más soldados. Lo que comenzó como una expedición limitada se transforma en una ocupación sistemática, con una estructura de mando más compleja y recursos suficientes para controlar el territorio a largo plazo.

Urungal observa el despliegue y comprende que sus temores eran acertados. La llegada de la Segunda Flota confirma que Boreas ha decidido consolidar su dominio sobre Aethel y que la aparente cooperación era solo el primer paso de un plan más ambicioso.

Entre los habitantes crece la incertidumbre. Algunos intentan adaptarse, esperando que la mayor presencia boreana traiga estabilidad y mejoras. Otros sienten que se aproxima un futuro de sometimiento del que será cada vez más difícil escapar.









LÁMINA 15

# LA REPRESIÓN

## CAPÍTULO VI

La ocupación se hace sentir con toda su dureza. Los boreanos comienzan a aplicar medidas de control y castigo para asegurar su dominio sobre Aethel.

Se realizan arrestos de líderes locales y de quienes se oponen a las nuevas normas. Las casas son registradas, se confiscan herramientas y provisiones, y se establecen toques de queda que limitan la vida cotidiana.

El temor se extiende entre los habitantes. Algunos intentan resistir, otros prefieren callar y adaptarse. Las familias viven con la incertidumbre de quién será el próximo y de qué pretexto se utilizará para una nueva detención.

Urungal presencia la violencia de la represión y comprende que Boreas ha dejado de lado cualquier apariencia de cooperación. La Segunda Flota no solo ha traído más tropas y recursos, sino también una estrategia clara para eliminar toda oposición.

En medio del dolor y la indignación, Urungal reafirma su compromiso de proteger a su gente y de encontrar la manera de enfrentar este nuevo orden, aun cuando el riesgo sea cada vez mayor.



LÁMINA 16

# LA RESISTENCIA

CAPÍTULO VI

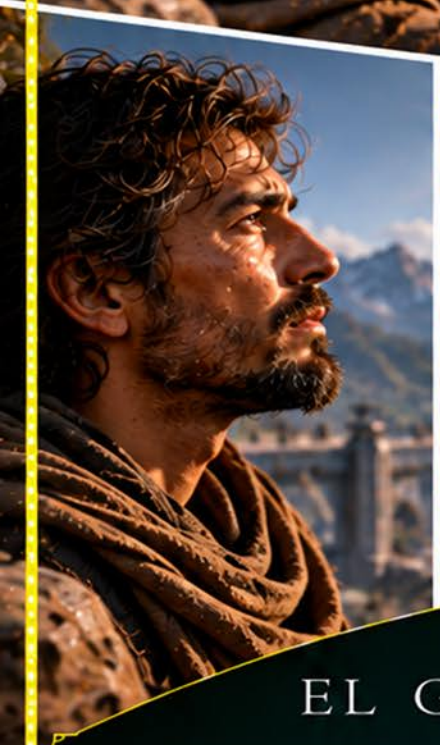
Frente al nuevo orden impuesto por los boreanos, en Aethel comienza a nacer la resistencia. Pequeños grupos, dispersos pero decididos, se organizan para proteger a sus familias, mantener su autonomía y evitar que la ocupación destruya su forma de vida.

Urungal participa en reuniones clandestinas donde se comparten información, se planifican acciones y se definen estrategias. No se trata de un ejército, sino de una red de personas comunes que se niegan a aceptar un futuro de sometimiento.

La resistencia adopta muchas formas: vigilar los movimientos de las tropas, ayudar a quienes son perseguidos, esconder recursos, sabotear suministros e intercambiar mensajes entre comunidades. Cada gesto cuenta, por pequeño que parezca.

Urungal comprende que la lucha no será fácil. Los boreanos tienen más tecnología, más soldados y un control cada vez mayor del territorio. Pero también descubre que la verdadera fuerza de su gente está en la unidad, en la solidaridad y en la voluntad de preservar lo que hace único a Aethel.







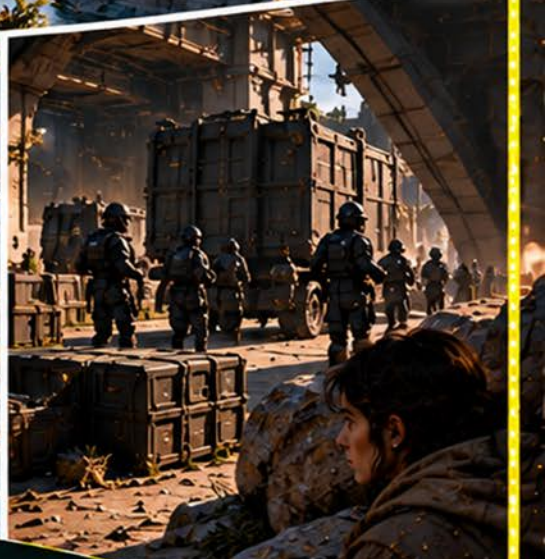


LÁMINA 17

# EL GRAN PUENTE DE PIEDRA

## CAPÍTULO VI

El gran puente de piedra une las dos orillas del valle y se convierte en un punto estratégico para la ocupación boreana. Controla el tránsito de personas, mercancías y suministros, y permite vigilar gran parte del territorio.

Urungal observa el movimiento constante de tropas, vehículos y cargamentos, comprobando cómo los boreanos consolidan su dominio sobre las rutas principales. El puente, que antes simbolizaba la conexión entre comunidades, ahora es una herramienta de control que limita la libertad de movimiento de los habitantes de Aethel.

La resistencia entiende la importancia de este punto y comienza a estudiar sus rutinas, los turnos de vigilancia y las medidas de seguridad. El conocimiento del terreno y la observación se vuelven esenciales para cualquier acción futura.

Para Urungal, el gran puente de piedra representa un cambio profundo: lo que alguna vez fue un símbolo de unión y progreso ahora refleja la nueva realidad de Aethel, donde cada paso está vigilado y donde la ocupación se hace sentir en la vida cotidiana de todos sus habitantes.

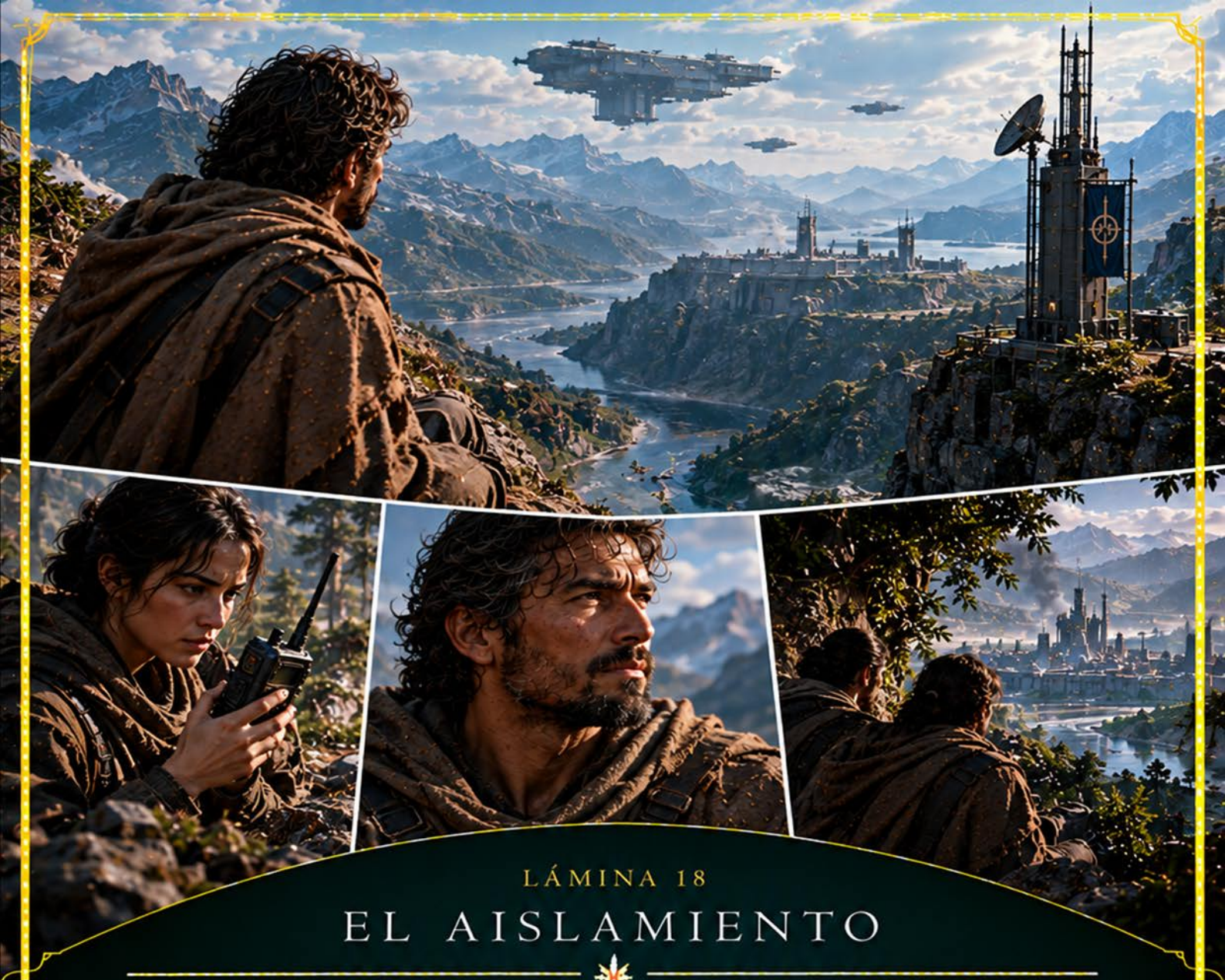


LÁMINA 18

# EL AISLAMIENTO

CAPÍTULO VI

La ocupación boreana no solo se impone en el territorio, también lo aísla. La comunicación entre Aethel y el resto del mundo se vuelve cada vez más difícil. Los sistemas de transmisión son interceptados, las señales se bloquean y los mensajes que logran salir tardan en llegar o nunca lo hacen.

En este contexto, Urungal y sus aliados deben recurrir a métodos alternativos para mantener el contacto entre las comunidades, compartir información y coordinar acciones. La distancia, la vigilancia y la censura convierten la comunicación en un desafío constante y en un arma de control.

El aislamiento no es solo una barrera física, también es una estrategia psicológica. La falta de información genera incertidumbre, debilita la moral y separa a las personas de sus redes de apoyo. Romper ese aislamiento se convierte en una parte esencial de la resistencia.

Esta lámina muestra el impacto del bloqueo comunicacional y la determinación de los habitantes de Aethel por encontrar nuevas formas de mantenerse conectados, porque la información también es una forma de libertad.



LÁMINA 19

# LA TRAMPA DEFINITIVA

CAPÍTULO XI

La resistencia ha llegiado a un punto de madurez. Urungal y sus aliados han reunido la información, estudiado los movimientos de las fuerzas boreanas y preparado una trampa que aprovecha el terreno, la logística y la confianza del enemigo.

El plan consiste en atraer a una parte de la fuerza ocupante a un desfiladero estrecho, donde la superioridad tecnológica de Boreas se ve neutralizada. En la coordinación final intervienen los grupos de las distintas comunidades, que actúan como una sola unidad.

La trampa no es solo una emboscada militar, sino también un golpe a la moral del enemigo. Urungal sabe que, si logran infligir una derrota significativa, la ocupación perderá su impulso y la resistencia ganará tiempo para reorganizarse.

Pero la victoria no está garantizada. El plan requiere precisión, discipllina y que todos mantengan su posición. Cualquier error podría significar la aniquilación de las comunidades de Aethel.

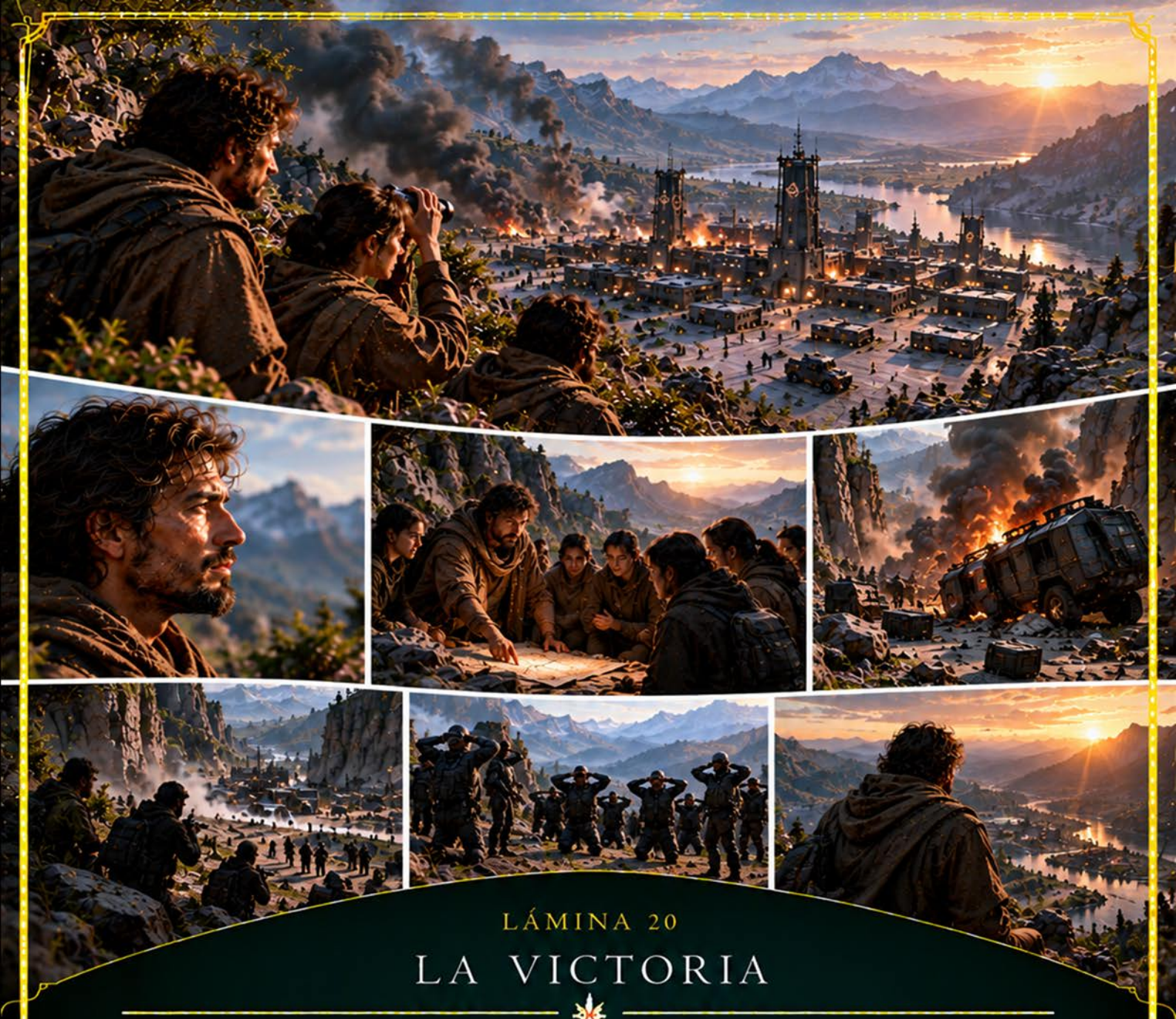


LÁMINA 20

# LA VICTORIA

## CAPÍTULO XI

La trampa da resultado. Las fuerzas boreanas sufren una derrota significativa cuando el convoy y las unidades de apoyo caen en la emboscada preparada por Urungal y la resistencia. El conocimiento del terreno, la coordinación entre los grupos y el uso de la sorpresa permiten neutralizar la superioridad tecnológica del enemigo.

Los vehículos son destruidos, numerosos soldados son capturados y los supervivientes se retiran para reorganizarse. La resistencia recupera equipos, suministros e información valiosa que revela los planes de Boreas y confirma la importancia estratégica de Aethel en su expansión.

Aunque la victoria tiene un alto costo, fortalece la moral de las comunidades y demuestra que es posible resistir. Urungal sabe, sin embargo, que esta batalla no pone fin al conflicto. Boreas tiene más recursos y volverá. El triunfo es un respiro, no una solución definitiva.

El futuro sigue siendo incierto, pero la resistencia ha ganado tiempo, experiencia y la convicción de que la lucha por la libertad de Aethel continúa.

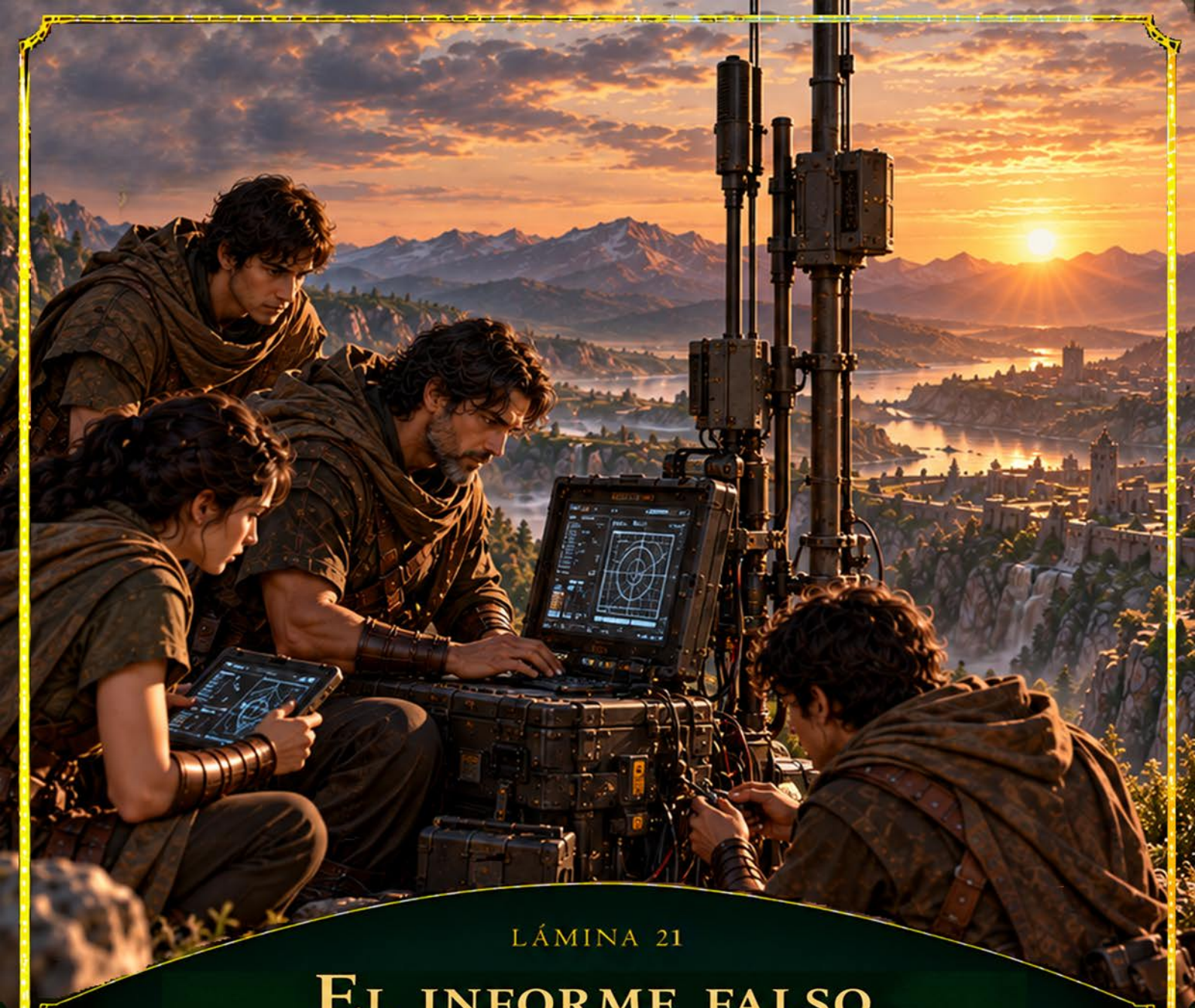


LÁMINA 21

# El informe falso

El plan no consistía en descifrar toda la red boreana, sino en aprovechar una vulnerabilidad del procedimiento local de transmisión. Iam y su equipo accedieron a una baliza de comunicaciones en las montañas y alteraron un informe rutinario, haciendo creer que la resistencia había sido neutralizada.

Con esa información, los boreanos retrasaron el envío de refuerzos y la coordinación de sus fuerzas terrestres. El tiempo ganado permitió a Aethel concentrar sus recursos, asegurar sus posiciones y preparar la defensa en el cañón principal.

La operación fue arriesgada: cualquier error podía delatarlos. Pero funcionó.
El silencio en las comunicaciones enemigas confirmó que el engaño había surtido efecto.

La batalla decisiva se libraría en tierra, en condiciones mucho más favorables para la resistencia.



LÁMINA 22

# UN MUNDO LIBRE

Con la derrota de la Segunda Flota, Aethel queda libre de la conquista boreana. Las fuerzas enemigas se retiran y sus planes de ocupación se desmoronan.

Las comunidades recuperan sus territorios, reparan sus ciudades y reconstruyen sus caminos. Los habitantes vuelven a sus hogares, retoman sus actividades y comienzan a sanar las heridas de la guerra.

La libertad no es un punto final, sino el inicio de una nueva etapa. Aethel se levanta con el esfuerzo de su gente, guiada por el conocimiento, la cooperación y el respeto por su mundo.

La victoria demuestra que la superioridad tecnológica no puede imponerse frente a un pueblo unido. Boreas abandona sus planes de conquista, y Aethel recupera la capacidad de elegir su propio destino.



LÁMINA 23

# EL LEGADO DEL MAESTRO

Con Aethel libre, Urungal se dedica a transmitir su experiencia a las nuevas generaciones. Sabe que la victoria no garantiza un futuro seguro, y que la libertad debe sostenerse con conocimiento, responsabilidad y cooperación.

En las comunidades, los jóvenes aprenden no solo a defender su mundo, sino también a comprenderlo. Se reconstruyen las ciudades, se restauran los caminos y se retoman los proyectos de estudio y exploración. La memoria del conflicto se convierte en una enseñanza: la tecnología sin sabiduría puede ser una amenaza, pero el conocimiento compartido puede unir a los pueblos.

Urungal deja un legado que va más allá de la guerra: la importancia de la curiosidad, el respeto por la vida y la construcción de un futuro en el que Aethel pueda elegir su propio destino.

El maestro sabe que su tiempo es diferente al de los demás, pero encuentra en sus discípulos la continuidad de su camino. Su experiencia, sus valores y su visión del universo siguen vivos en quienes se preparan para un nuevo tiempo.



LÁMINA 24

# EL PRECIO DE LA INMORTALIDAD

Urungal ha visto mundos nacer y civilizaciones desaparecer. La victoria en Aethel no pone fin a su camino, pero le recuerda que la libertad y la vida siempre tienen un precio.

La inmortalidad le permite contemplar el paso del tiempo, pero también lo obliga a llevar consigo el recuerdo de quienes ya no están.

Anya permanece en su memoria como una presencia constante. Su amor, su inteligencia y su valentía dejaron una huella que ni el tiempo ni la distancia pueden borrar. En la soledad de la noche, Urungal la recuerda no con dolor, sino con gratitud, como parte esencial de lo que es y de lo que sigue siendo.

Su experiencia no le pertenece solo a él. El precio de la inmortalidad no es la ausencia de fin, sino la responsabilidad de dar sentido a cada nuevo comienzo, compartiendo su conocimiento y ayudando a otros a construir un futuro mejor.



AMOR, LEALTAD Y UNA VERDAD QUE PUEDE CAMBIAR EL DESTINO DE DOS MUNDOS.

Urungal es un inmortal, un científico de Boreas, una civilización avanzada que cree en la razón, la tecnología y el control. Pero todo cambia cuando conoce a Anya, una mujer de Aethel, un mundo de belleza indómita, tradiciones antiguas y una forma de vida que él nunca imaginó.

El amor lo lleva a desafiar las órdenes de su mundo. Cuando Anya muere, Urungal comprende que lo que realmente lo hacía humano no era la ciencia ni la inmortalidad, sino la posibilidad de amar y ser amado.

Tras la segunda expedición de Boreas, que reduce sus fuerzas militares para transportar colonos y extractores de minerales, Urungal decide desertar. En Aethel, se une a la resistencia junto a los nativos, que conocen el terreno mejor que sus enemigos y utilizan ballestas, trampas y estrategias de guerrilla para enfrentar una invasión cada vez más implacable.

Una historia de ciencia ficción que explora dos civilizaciones, dos formas de entender el mundo y una pregunta esencial: ¿qué sentido tiene la inmortalidad si no podemos amar?

*"Porque hay mundos que no se conquistan con tecnología, sino con el corazón."*

ONIRIX
EDITORIAL

ISBN 978-631-01-9356-4

9 786310 193564

CIENCIA FICCIÓN